



## UN GRAN PELIGRO

---

**A**UNQUE afortunadamente no es, ni con mucho, en nuestro país tan grande la disminución de la natalidad como en la República francesa, bueno es prevenirse contra el peligro, ya que ciertas tendencias y aficiones de allende el Pirineo van infiltrándose en las costumbres españolas.

Extractaremos, por lo tanto, parte del contenido de una concienzuda Memoria (1) que acaba de dar á luz el diligente sabio Sr. Marqués de Nadaillac, persona de tanta laboriosidad y claro talento como singular modestia.

No cabe discutir la importancia de los asuntos que con la población se relacionan. Ya dijo Laplace que el estudio de ella es uno de los medios más seguros para juzgar de la prosperidad de un imperio, y en las guerras que hacen inevitables las pasiones de los hombres, casi siempre triunfará el ejército más numeroso.

En tiempo de César, dice el Sr. Levasseur que la Galia, reducida al territorio que forma la Francia actual, con una superficie de 528.400 kilómetros próximamente, tenía 6.700.000 habitantes, esto es, 12 solamente por kilómetro

---

(1) *Le Péril National*.—París, De Soye et Fils, impresores, 1890. En 4.º, 46 páginas.

cuadrado. Parece que bajo los Antoninos dicha población aumentóse en 2 millones. Á fines del reinado de Carlomagno (siglo IX), calcúlase que había de 8 á 9 millones de habitantes. Créese que á mediados del siglo XIV la población de Francia era de 20 á 22 millones. Pero la peste y la guerra de los Cien años causaron extraordinario número de víctimas.

En el siglo XVI se repone Francia, aumenta el comercio, reaparece la riqueza, y de nuevo surge la prosperidad general. Entonces llega á 400.000 almas la población de París. El siglo siguiente se distingue por varias alternativas. Aunque París en 1694 contaba ya 720.000 habitantes, no excedía de 20 millones la población total. Á fines del siglo XVIII era ésta de 26 millones, y el censo que se hizo en el año de 1801 arrojó una cifra de 27.445.297 habitantes.

—

La población de un país puede aumentar de tres maneras distintas: por la inmigración extranjera, porque se alargue la duración media de la vida, y por el excedente anual de los nacimientos sobre los fallecidos. La afluencia de inmigrantes extranjeros significa que el trabajo abunda y los jornales son crecidos.

El que se alargue la vida media es el testimonio mejor de las excelentes condiciones biológicas é higiénicas de un país. La vida media era en Francia de veintiocho años y nueve meses antes de la Revolución, de treinta y cuatro años y once meses en 1834, de treinta y ocho años y diez meses en 1865, y hoy, según los cálculos más fundados, pasa de cuarenta años. «Pero—observa el Sr. Marqués de Nadaillac—si el número de ancianos honra á un país y el de inmigrantes aumenta su fuerza productiva, y por lo tanto su riqueza, bueno es tener presente que en los días nefastos de la derrota y de las alteraciones del orden público, la presencia de extranjeros, á menudo hostiles, puede ser un peligro grave, y que á los ancianos les es imposible contribuir á la grandeza y al adelanto de la patria.

»La fuerza de un país está exclusivamente en una juventud

numerosa, decidida, á la que haya preparado una educación viril y—¿por qué no completar mi pensamiento?—una educación cristiana á los grandes deberes de la vida. Esa juventud hay que pedírsela, ante todo, á la fecundidad de los matrimonios, al número creciente de los nacimientos, que sobrepuje al de los fallecidos. Todo esto, triste es confesarlo, falta en Francia.»

Mientras que en el año de 1762 había 350 jóvenes de menos de quince años por cada 1.000 habitantes, en 1766 había 315; en 1786, 321; en 1789, 312; en 1866, 277; y, por último, en 1886, 269. Y al paso que actualmente los jóvenes de menos de quince años sólo componen en Francia un 27 por 100 de la población, en Alemania forman el 34 y en Inglaterra el 36.

En el año de 1887 hubo en Francia 13.505 nacimientos menos que en el año anterior; en 1888, 16.974 menos que en 1887, esto es, 30.299 menos que en 1886. Desde 1872 á 1886 no ha crecido la población más que en 2.125.000 habitantes, una tercera parte menos que en el período de 1821 á 1836. Durante igual tiempo, Alemania ganaba 6.157.000 almas, Inglaterra 5.247.000 é Italia 3.143.000.

También tiende á disminuir el número de matrimonios. Durante muchos años se mantuvo la cifra de 82 por cada 10.000 habitantes; ahora ha bajado á 72. En 1888 se celebraron en Francia 276.888 matrimonios, ó sea 6.360 menos que en 1886 y 12.707 menos que en 1884. La carestía creciente de la vida, que no compensa bastante lo elevado de los salarios, el servicio militar y el abandono del campo por las ciudades, son las causas principales de ese estado de cosas.

De las 10.425.321 familias que arroja el censo practicado en 1886, 2.073.205 no tenían hijos; 2.542.611 tenían uno solo; 2.265.317 tenían dos; 1.512.054 tres; finalmente, 148.808 tenían siete ó más hijos.

Como antes se indicó, en Francia, desde 1801 á 1886, ha crecido la población en 10 millones y medio. Pues bien: los diversos Estados que forman el imperio alemán tenían en 1830 35 millones de almas; en 1875, 43 millones; hoy exceden

de 48 millones. En 1884, el número de nacimientos fué de 1.793.942, y el de fallecidos de 1.271.859, ó sea un aumento de 522.083. Merced á esa vigorosa natalidad aumentan en una progresión notabilísima el poder comercial y el poder industrial de Alemania.

«Los alemanes progresan, escribía hace poco un periodista inglés, porque tienen las cualidades que nosotros tuvimos en otro tiempo. Nos hemos dormido sobre nuestros laureles, y hoy la lucha es más inquietante cada día. Para combatir con mayores probabilidades de buen éxito, sería preciso dar á nuestra juventud una educación tan fuerte é inteligente como la que los alemanes reciben desde la niñez.»

Rusia, Inglaterra, Alemania é Italia crecen con rapidez. Cierta es, añade el Sr. Marqués de Nadaillac, que una familia numerosa es pesada carga moral y económica, porque disminuye los goces egoístas del día, y en lo porvenir aminora la parte de herencia que á cada hijo ha de corresponder. Hé aquí las consideraciones que dominan á la sociedad francesa, la cual no se fija en el abismo á que conduce á las generaciones sucesivas. Dentro de un siglo habrá 112 millones de ingleses, 165 millones de alemanes, más de 200 millones de rusos y cerca de 100 millones de italianos. ¿Estará condenada Francia, si no se corrige, á ser en lo futuro lo que actualmente es Grecia, respecto á su glorioso pasado?

Hace cincuenta años que va disminuyendo la natalidad francesa, disminución debida á la voluntad del hombre, á su deseo de evitar una familia numerosa, que le crearía en la sociedad, tal como se halla constituída actualmente, cargas que teme. Maudsley puso el dedo en la llaga al decir que la exagerada afición á la riqueza absorbe todas las fuerzas de la vida y predispone á la decadencia moral é intelectual. Al lado de esa causa dominante hay otras que también influyen.

No son todas las razas igualmente fecundas. Pero los franceses, que viven en un clima templado y que, aun cuando de diversos orígenes, se han unificado ya, no hay motivo para que muestren menos fecundidad.

Algunos han achacado la disminución de la natalidad al abuso de las bebidas alcohólicas. Cierta que aumenta el al-

coholismo de un modo desconsolador. La embriaguez adquiere un carácter mucho más perjudicial, por haber sustituido los licores procedentes de la destilación de la remolacha, la melaza, el maíz y otras farináceas, á los productos de la vid, tan deteriorada por la filoxera. En Francia se consumieron en el año de 1874 970.599 hectolitros de alcohol, y diez años más tarde, en 1884, 1.934.465 hectolitros. Igual aumento se advierte en aquellos países en los que la natalidad se muestra más vigorosa, como verbigracia, en Inglaterra y los Estados Unidos, República en la cual, según el Duque de Noailles, el presupuesto anual de la intemperancia sube á 4.000 millones de pesetas, y la producción de whisky en 1886 excedió en 1.600.000 galones á la de 1885. Tales hechos son muy tristes, exclama el Sr. Marqués de Nadaillac, sobre todo para los que sueñan con el perfeccionamiento indefinido de la humanidad; pero no se les debe atribuir la disminución de nacimientos.

El crecimiento de la población de las ciudades á expensas de la de los campos es uno de los problemas más temerosos de nuestro tiempo. Esta misma fué la causa de la decadencia del Imperio romano. En 1836 la población de las ciudades de 10.000 ó más almas llegaba en Francia á 3.764.000; cuarenta años después, en 1876, subía á 7.890.000, y de entonces acá ha aumentado la población urbana hasta constituir el 35 por 100 de la total.

En 1857 el Sr. Raudot lanzaba este grito de alarma: «La población de las grandes ciudades aumenta, con detrimento de la de los campos. Comparando el censo de 1856 con el de 1851, se ve que el departamento del Sena ganó 305.000 almas. Lo mismo acontece, en menores proporciones, con todas las ciudades.» Y añadía: «Cuando el labrador ha gustado la existencia de las ciudades, no quiere volver á su aldea; le parece sobrado penoso y tonto el trabajo de la tierra, y demasiado pobre y molesta la vida.» «Y sin embargo, dice á su vez el Sr. Baudrillart, sin los campos, ¿qué sería de la raza francesa y de sus fuerzas física y moral?»

Oberva además el Sr. Marqués de Nadaillac que en todos los grandes centros de población, principalmente donde abun-

dan las fábricas, la estatura de los quintos es muy inferior al promedio general de Francia.

«Ese abandono de los campos—prosigue el Sr. de Nadailac—hace indudablemente en Francia que se debilite la natalidad general, crezca la ilegítima, disminuya el número de matrimonios y aumente la cifra de fallecidos. He comprobado para las capitales de nuestros departamentos la mortalidad y la natalidad correspondientes al año de 1884: en 66 de aquéllos la cifra de los muertos sobrepaja á la de los nacidos. Las diferencias son frecuentemente considerables.

»Las causas de la mortalidad de París, que es la mayor de todas, se explican. Las conmociones morales, políticas y económicas, que se desconocen en nuestros campos, afectan por modo singular á las clases acomodadas. Los hombres confinados en las grandes ciudades, absorbidos por sus especulaciones ó deberes profesionales, enlazados con mujeres que sacrifican á las exigencias de la moda su descanso y su salud, procrean hijos atacados de decadencia física y moral, que aumenta en sus descendientes y produce esos tipos degenerados tan numerosos ¡ay! hoy día.

»La gran aglomeración en que viven las clases obreras es sumamente nociva, desde el punto de vista higiénico. Los que han recorrido los barrios pobres, sus calles oscuras y callejuelas malsanas; los que han visto los cuartuchos infectos, en los que padres, hijos y huéspedes viven en triste promiscuidad, no me contradecirán. En 1881, 243.564 parisien- ses se alojaban en míseras habitaciones, lo que da un aumento de más de 100.000 almas sobre el censo anterior. Esos asilos de la noche, receptáculos de todas las vergüenzas y de todos los crímenes, alejados del centro por orden de la municipalidad, pululan en las afueras y forman un verdadero cinturón á la gran ciudad. ¿Quién extrañará que en semejantes condiciones se haya triplicado el número de enfermos de fiebres tifoideas desde 1865?

»La teoría, actualmente tan á la moda, de los microbios no me desmentirá. Según las observaciones practicadas por el Sr. Miquel en el Observatorio de Montsouris, un gramo de polvo procedente de los hospitales de París contie-

ne 1.300.000 microbios; la misma cantidad tomada del suelo de la ciudad, 800.000. Todavía es más concluyente el análisis bacteriológico del agua del Sena: un centímetro cúbico de agua del Vanne contiene solamente 194 microbios; la misma cantidad, cogida en el canal del Ourcq, en Villette, 4.480; en el Sena, puente de Austerlitz, 10.150; en el Sena, aguas abajo de Chaillot, después de haber atravesado la ciudad, 34.400.»

Pero cuida de hacer notar el docto Sr. Marqués de Nadaillac que no es posible atribuir á las malas condiciones higiénicas de los grandes centros urbanos la disminución de la natalidad, toda vez que Londres, por ejemplo, con doble número de almas que París, ve aumentarse su población todos los años.

«Me inclino—añade—á conceder gran importancia á los excesos del militarismo, y á los exagerados gastos que ocasiona. Europa tenía en 1886 2.892.197 hombres sobre las armas, sin incluir Turquía, y los gastos de sus presupuestos de guerra elevábanse á 4.500 millones de pesetas. Ya en 1886 exclamaba el Conde de Maistre: «El número de soldados aumenta hasta pasar de los límites que la razón y la política marcan; abruma á todos los Gobiernos, los arruina y conduce á la miseria, que causa necesariamente las alteraciones del orden público.....» El Sr. Bright, pocos años antes de morir, se expresaba de la siguiente enérgica manera: «Me es imposible no creer que Europa camina á una gran catástrofe; el peso abrumador de las cargas militares no ha de soportarse siempre con paciencia, y los pueblos, llevados á la desesperación, acabarán un día por barrer á los Emperadores, á los Reyes y á los pretensos hombres de Estado que gobiernan en su nombre.»

Hay que fijarse también en las consecuencias que traerá para lo futuro el crecido y constante aumento de las cargas militares. En Francia, los presupuestos de guerra y marina, que en el año de 1877 sumaban 732.942.000 pesetas, subían en 1887 á 1.037.615.000 pesetas.

«Quiero creer—dice el Sr. Marqués de Nadaillac,—quiero esperar, sobre todo, que tenemos el mejor ejército del mun-

do; pero me cuesta mucho trabajo persuadirme de que al aumento de los gastos militares corresponda un aumento equivalente en las fuerzas de la nación. Tan sólo hay una cosa indudable: que en ningún otro país cuesta tan caro el ejército como en Francia. Á esos gastos tan improductivos hay que añadir las numerosas creaciones de funciones inútiles, destinadas á una muchedumbre de famélicos, á los que es preciso dar colocación y retribuir con esplendidez á costa de los contribuyentes; las fastuosas escuelas, los palacios escolares que se construyen hasta en los pueblos más humildes, sin que por eso mejore la enseñanza, los ferrocarriles electorales sin viajeros ni mercancías, y otros muchos gastos que sería prolijo enumerar.»

Asombra la rapidez con que aumentan los presupuestos franceses. Es curioso seguir su marcha ascendente:

	<u>PESETAS</u>
1815 .....	870 millones.
1848 .....	1.450    »
1851 .....	1.850    »
1869 .....	2.180    »
1875 con los conservadores.	2.588    »
1889 con los republicanos..	3.503    »

Á pesar de lo subido de tales cifras, los presupuestos se saldan constantemente con déficit, que en menos de veinte años ha sumado más de 8.000 millones de pesetas. La deuda pública, que engruesan los continuados empréstitos, excede hoy de 30.000 millones; en 1848 era de 7.000 millones.

Á fines del segundo Imperio cada francés pagaba al fisco 59 pesetas; en 1872 la cifra se elevó á 85 pesetas por persona; hoy, después de veinte años de paz y de tranquilidad que convidaban á las economías, cada individuo contribuye con 104 pesetas. El célebre hacendista Sr. Leroy-Beaulieu dice que en 1883 una familia de obreros parisiense contribuía ya con cerca del 11 por 100 de su salario, un propietario de fincas urbanas con el 17 por 100 de su renta, y

con el 20 por 100 el propietario de fincas rústicas. «Tan enorme es la masa de impuestos, continúa, que Francia se doblega bajo esa carga, y gran parte de los capitales antiguamente acumulados se destruye poco á poco. Las producciones agrícola, comercial é industrial del país son menores que hace diez años.»

Las fortunas medias están muy amenazadas, y los jefes de familia temen aumentar la estrechez de su vida si tienen numerosos hijos, porque cada día es más difícil atender á las necesidades de aquélla. Hé aquí una de las principales causas de la disminución de la natalidad, y lo peor es que las condiciones sociales de que dimana son permanentes. Las guerras, el hambre y las epidemias que varias veces han azotado á la nación francesa, no tenían tanta gravedad porque al cabo de algún tiempo concluían, y el país recobraba su fuerza.

Pero, como afirma el Sr. Marqués de Nadaillac, la causa que más poderosamente influye en la disminución de la natalidad es la desmoralización, que sube y sube como ola que amenaza invadirlo todo. El ansia de goces materiales, el afán desenfrenado por el lujo y las excitaciones malsanas que por donde quiera se hallan proceden de esa causa única y contribuyen á agravarla. Glorificanse en el teatro las pasiones culpables; se venden las novelas de asuntos más escabrosos por centenares de miles de ejemplares. No ha muchos días que un periodista republicano se expresaba así: «La depravación mata á los pueblos, y hace quince años que nos revolcamos en la depravación vergonzosa y miserable de una literatura de éxito ruidoso, como si no hubiera en Francia más que una pasión y una ambición, la pasión de los sentidos y la ambición de la decadencia.» Y un crítico alemán decía recientemente que la literatura pornográfica de Francia es el terrible signo de la gangrena senil.

Estas tristes condiciones sociales determinan un aumento constante en la criminalidad. También crecen los suicidios y los casos de enajenación mental. En el período de 1826 á 1830 hubo 54 suicidios por cada millón de habitantes; en el de 1878 á 1882 su número se ha elevado á 180. No cesa

de aumentar, y el año pasado, en París tan sólo, fueron más los suicidas que los que murieron de fiebres tifoideas. En el transcurso de 1872 á 1880 los casos de trastorno mental han subido en un 30 por 100. En 1871 había en los establecimientos públicos y particulares de Francia 37.594 dementes; ahora hay 53.914. La exageración de la vida cerebral y el abuso de las sensaciones y del alcohol son las causas indudables de ese incremento.

El Sr. Marqués de Nadaillac resume su notable trabajo en los siguientes términos, tan sentidos como llenos de elocuencia:

«Hace años que se va acentuando la disminución de los nacimientos. En 1888 no sobrepujaron á los fallecidos más que en 15.667, y eso no porque fuera excesiva la mortalidad, sino por lo débil de la natalidad. Fueron en menor número que los fallecidos en 42 de nuestros departamentos, en 66 de sus capitales y en muchas de sus poblaciones menos importantes.

»Las provincias más ricas son las de natalidad menor. Comparando esos hechos anormales con lo que acontece en otras naciones, nos formaremos idea del peligro que nos amenaza. En Inglaterra los nacimientos presentan un excedente de 450.000; en Alemania, de 520.000; en Austria-Hungría, de más de 400.000; en Italia, á pesar de su considerable mortalidad infantil, de más de 300.000; en Rusia, de más de 1.200.000..... Pocas personas se preocupan del mal que nos mina, y menos aún son las que tratan de inquirir sus causas. Ciertamente que el alcoholismo, las aglomeraciones urbanas, el militarismo, lo exagerado de las cargas fiscales y la desmoralización que producen el teatro y la literatura actuales contribuyen en parte. Pero la causa predominante se ha de buscar en el conjunto de nuestras instituciones económicas, políticas y sociales, que concurren al nefasto resultado de que los hijos, lejos de ser la honra y fuerza de la familia, se convierten en carga de peso abrumador. Á la reforma de esas instituciones debería atenderse. Mas ¡ay! que la muchedumbre, lo mismo la instruída que la que no lo es, cegada por las revoluciones incesantes, uno de

los azotes, ó más bien de las vergüenzas de Francia, cegada principalmente por incurable vanidad, pervertida por sofismas que se han convertido en axiomas, no sabe más que negar el mal, ó en su loco egoísmo arrojar sus consecuencias sobre las generaciones futuras.

»El despertar pudiera ser terrible, y la nacionalidad francesa, tan gloriosa en otro tiempo, desaparecer bajo las apretadas olas de los teutones, eslavos y anglosajones. Esos pueblos, rivales nuestros hoy, y quizás enemigos nuestros mañana, crecen á nuestro alrededor con una rapidez que contrasta por modo singular con nuestra decadencia. Tal estado de cosas es sin duda muy alarmante para todos los que no se pongan una venda en los ojos á fin de no ver lo que pudiera alterarles en sus goces de hoy y en sus especulaciones de mañana. Téngase en cuenta, sin embargo, que el tiempo apremia, y si no sabemos aprovecharlo, la historia inexorable acaso haga datar la decadencia de la patria del famoso año cuyo centenario hemos celebrado con tan fastuosa serenidad, de aquel año en que se destruyó todo sin poder edificar nada. «La revolución atacando á Dios—ha dicho con mucho acierto el Sr. Hyde de Neuville—lanzó al entendimiento humano por una pendiente de la que sólo saldrán el error y la aminoración de los sentimientos elevados del alma.» Estas proféticas palabras señalan la causa del mal é indican el remedio que aún podría curarlo, á todos aquellos que únicamente ambicionan mantener á Francia á la altura á que la elevaron nuestros padres.»

De esperar es que se evite la ruina de Francia por los hombres de buena voluntad, de fe y de talento, que allí no escasean, hombres tan dignos de aplauso por sus constantes esfuerzos en pro de la patria querida, como el honrado y laborioso Sr. Marqués de Nadaillac.

RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX.



## MONTSERRAT

---

### *Conclusión* (I)

### II

La misa del alba.—La imagen de la Virgen.—Ruinas del antiguo Monasterio.—La cascada dels degotalls.—Impresiones de revolución.—Las ermitas.—Huída del Monasterio.—En plena sublevación.—Regreso á Barcelona por Esparraguera y Martos.

**V**A á aparecer el día: hace rato que oigo cantar por los alrededores de mi alojamiento un concertado coro con suma afinación y gusto. He dirigido mi vista á la ventana, y la oscuridad reinaba aún en estas alturas.

Momentos después una campana ha sonado, y á poco de dar el toque de *Angelus*, ha comenzado á tocar pausadamente á misa. Su claro sonido, repercutido por el eco de estos montes, formaba un armónico concierto que alegraba el alma, llenándola de dulce placidez y encanto. No sé por qué el sonido de la campana, que apenas nos llama la atención en las ciudades, tiene tal atractivo y melancólica poesía en medio del campo; tan gratas y simpáticas son sus notas. Su

---

(I) Véase la pág. 354 de este tomo.

vibrante son parecía llamar á los mortales, diciéndoles con suave y persuasivo acento: «¡Despertad, despertad!»

Atraído por el cristiano bronce, levantéme y abrí la ventana; allá, por Oriente, la blanquecina y transparente luz del amanecer recortaba las cumbres de los montes de Olesa, que aparecían así como fantásticas masas de vapores de oscuras tintas. En el límpido cielo aún brillaban temblorosas algunas estrellas, como temiendo las ráfagas del ardiente sol que dentro de poco había de envolverlas en cálido y ardiente abrazo. Allá, por el ángulo, oscurecido aún con la penumbra de tan débil luz, en que se abre la cueva de Garín, lanzan trémulos cantos algunos pajarillos, y por ante mi vista se dirigen á los antros de la montaña dos negras aves nocturnas que vuelan con callado y silencioso batir de sus largas alas. Y en tanto aquella cinta blanca va tornándose rosada, va tomando color y ensanchando esa zona de luz que asciende lentamente. Ya los contornos de las peñas que sobre el edificio que me sirve de alojamiento se alzan, como queriendo registrar el fondo de estos patios, se van señalando más determinadamente y el cárdeno color con que hace poco los teñía la luna, va tornándose rosado, y cual si se animaran sus insensibles cuerpos.

La campana sigue convocando al templo, á la oración, y sus argentinos timbres parecen llamar, al propio tiempo que á los romeros, á la luz del sol, que caliente sus pechos con el fuego de la fe para venir á rendir la primera oración de la mañana á los pies de la Madre del Salvador. Vamos al templo; sea para la madre de los desterrados nuestro primer pensamiento en esta mañana. En el templo se hallaban muchos romeros, casi me atrevo á decir que todos cuantos habíamos pasado la noche en aquellas alturas. Reinaba silencio, una calma dulcísima, y sólo se oía el chascarar de las velas, el silbeado rezo de alguna anciana, y suspiros de anhelo á la protección en el pecho de algunas señoras y jóvenes. ¡Qué pedirían aquellas hermosas mujeres, tanto más hermosas que de rostro de corazón, á la Reina de los Ángeles! ¡Insondables misterios de los humanos, dable sólo conocer á la Divinidad!

En aquellos ojos, en aquellos tranquilos rostros, se veía la fe, la tranquilidad del espíritu; algunas lágrimas que veía brillar en sus mejillas eran de esperanza, no de arrepentimiento; la serenidad de su aspecto no indicaban remordimiento, no eran lágrimas ni suspiros de dolor, eran peticiones á la Reina de las bondades para con sus desgraciados hijos. No lejos de mí hallé nuevamente á la madre y la hija de la tarde anterior. Fijos sus ojos en la Señora, y entreabiertas sus bocas por la oración, parecían transfiguradas, y que en común sentimiento pedían en concertado deseo una misma plegaria.

Pero la misa va á comenzar, el sacerdote llega á la sagrada mesa y se santigua para la confesión. Doblemos la rodilla y elevemos nuestro espíritu.

En tanto el día iba llegando rápidamente, y por las ventanas del ábside y laterales entraba una luz tan pura cual pintan algunos artistas la de la gloria. Al sonar la campanilla para la elevación de la Sagrada Hostia, cuando blanca, pura, nítida y transparente, cual la pureza del alma del inocente, se levantaba, un torrente de fuego, de dorada luz inundó el templo, envolviéndonos en ese dorado polvo que flota y se agita en el seno de la luz del sol. Parecía que el astro del día había esperado el momento en que el Hijo de Dios, levantado sobre el árbol de la cruz, iluminó al mundo con la luz de la verdad y del sacrificio, para bañar el templo con sus primeros rayos en el sacrificio de la mañana.

Inundado el templo con la ardiente luz y reflejados sus rayos por los dorados, mármoles y estucos cual brillantes espejos, sacerdote, altar y romeros parecían regenerados por aquel benéfico calor y la vida pura, mística y amorosa del sacrificio que nos regeneraba.

La Virgen, que hasta entonces sólo habíamos podido ver débilmente á la luz de los cirios, aparecía sobre un dorado fondo, transparente, impalpable, aéreo, sobre el que se destacaba su reposada y tranquila figura. Desde aquí sólo percibo un sereno y tranquilo rostro que con dulce sonrisa nos atrae, eleva nuestro ser y nos envuelve alejándonos de la tierra en el océano de amor de su dulce y tranquila mirada.

En sus brazos veo al niño Dios, que parece enseñar á los humanos como diciendo: «Éste es mi hijo, el unigénito del Padre, que ha de sufrir el martirio por vuestra redención, y no obstante el dolor que herirá mi pecho con el sufrimiento, yo os amo, yo os llamo; venid á mí, pecadores, que yo os consolaré y pediré á mi hijo perdón y bálsamo para vuestras penas.»

La misa había terminado, y gran número de gentes se dirigía á la sacristía; iban á besar la mano de la Reina de los cielos, y atraído por aquel deseo, por aquella ansia, me incorporé á los que me precedían. Subimos una ancha escalera iluminada por la luz que penetra por las pintadas vidrieras y llegamos al camarín de la Santa Señora. Allí fuimos silenciosamente colocándonos en fila y pasando para llegar á la madre de Cataluña y besar su mano hincados de rodillas ante la Emperatriz de los cielos.

Emocionado llegué hasta ella y besé su mano repetidas veces; aquel ósculo parecía llenar de una vida nueva mi espíritu, con el calor de la fe con que llevaba mis trémulos labios á la mano del sagrado simulacro. Incorporéme y pasé; entonces pedí permiso al sacerdote que al lado de la Virgen cuidaba de ordenar la aproximación á la imagen, y lo cual no era necesario, pues que todos con el mayor orden, más sepulcral silencio y respetuosa veneración se iban colocando sin prisas ni apreturas; pedí permiso para poder contemplar más detenidamente á la Reina de los cielos, y arrodillado en un ángulo junto al cristal del nicho del altar que la deja ver desde el templo, pude apreciar más detenidamente aquella veneranda imagen. El temor, el respeto, la veneración con que me había acercado á humillarme ante la Reina de los cielos me impidió fijarme en aquel hermoso rostro, en que resplandece la serena calma de la mansión de los bienaventurados.

La imagen es de tamaño natural, de una muy perfecta escultura, su materia la madera, pintadas sus ropas y negra la color de su hermoso rostro. Su nariz de una corrección intachable y su boca sonriente dan tal encanto y vida á su rostro, que á cada momento creéis escuchar el grato timbre

de su voz llamándoos, ó que aquella amorosa mirada se fija en vuestra persona para inquirir la verdad de vuestro corazón.

El Padre Yepes, al tratar en el tomo IV de su obra, impresa en Valladolid en 1613, acerca de la santa imagen, la describe en la página 223 de la siguiente manera: «Tiene figura de una noble señora de más que mediana edad; pero la hermosura de su rostro es admirable y llena de consuelo. Su gravedad inclina á reverencia; el color es moreno: tiene una autoridad celestial y mueve á veneración tan grande, que los monjes á cuyo cargo está el vestirla apenas osan levantar la vista para mirarla.»

Sobre sus rodillas, pues aparece sentada en un trono de buena labor, asienta el niño Dios, puro, angelical y sonriente en su inocencia, y como llamando al pecador para que venga á adorar á su Santa Madre. La impresión que este tierno grupo produce en el ánimo es de esas que no se olvidan, de aquellas que, grabadas por el amor y la fe, no se borran jamás de nuestra mente ni del corazón.

Largo espacio de tiempo continué contemplando la santa imagen, obra de las manos de San Lucas en Jerusalén, y que trajo á España el apóstol San Pedro; esto dice el Padre Argáiz, mas creemos sería San Pablo, pues que ignoramos que San Pedro hubiese estado en España. Entrególa á San Etereo, primer Obispo de Barcelona, en el año 50 de Jesucristo; fué venerada en la iglesia de Ludovico Pío, bajo la advocación de Santos Justo y Pástor. Después, en 28 de Abril de 78, fué escondida entre las breñas, cual otras muchas imágenes, al derramarse por la Península los invasores de Tarik y de Muza, después de la sangrienta derrota del Guadalete, siendo ocultada en una cueva de estas montañas por San Pedro Obispo y Erigonio, jefe de los godos al ser asaltada Barcelona.

Sea ello lo que fuere, la escultura acusa remota antigüedad, y dejemos á la crítica, fría y analizadora, por la fe y el amor en esta respetable cuestión. Entre la verdad y la poética tradición, opto por la última, que embelle la leyenda de Montserrat, y aquélla la despoja de su encanto.

Ya había terminado aquel ardiente acto de amor y de ve-

neración á la Reina de los cielos, y envuelto en la rosada luz que inundaba el camarín á causa de los rojos vidrios de las ventanas, levánteme, y después de besar de nuevo aquella mano que ha de salvarme con su caridad, salí del camarín y lentamente descendí por aquella acaracolada escalera, lleno de mayor fe, entusiasmo y respeto.

Una vez en la sacristía, halléme con un padre del Monasterio para quien llevaba una carta recomendándome por un su amigo y muy mío, y después de la presentación procedió á enseñarme las riquísimas ropas del culto, las alhajas de la Virgen; y en verdad que entre tantas no vi la principal presea, la de más estima para la Virgen, la incorpórea alhaja de la fe de Cataluña entera á su Reina y Señora, que se guarda en todos los corazones catalanes.

Las necesidades del culto le obligaban á permanecer en la iglesia, y después de quedar citados para más tarde, salí al templo. Hora era ya de que, cumplida la parte que la fe y la devoción reclamaban, demos entrada en nuestro pecho á la religión del arte, á la estética, y examinemos la obra del hombre para honrar á la Madre del Redentor al lado de aquella maravilla de la creación. Mucho me temía que aquella no correspondiera al escenario de incomparable majestad en que se levanta el templo. No sé por qué cuando el hombre concibe y ejecuta al lado de maravillas de la naturaleza, parece que la inspiración falta, que el arte se empequeñece y ejecuta con temor y pobreza. Y este temor vióse plenamente confirmado cuando á la luz de aquél examinamos la obra. Allí mismo la naturaleza parecía dar los elementos primordiales de un estilo majestuoso é inspirado, y no obstante, no fueron aprovechados aquéllos. Ignoro cuál fuese el estilo del antiguo templo, pero sí veo que en el nuevo, en que tantos miles y real protección ayudó, no buscaron la inspiración, sino una matemática construcción que aparece fría en medio de su grandiosidad. Ancho, despejado, el templo resulta, como he dicho, de majestuosas proporciones; pero un orden frío y calculador preside más en la ciencia que en la poética y pura concepción de cuanto inspiró aquellas obras de otras edades.

Setenta y seis pies son el ancho de la única nave, por doscientos ochenta y seis de longitud; en el primero no incluimos las desnudas capillas, cuya profundidad será de dos terceras partes del de la nave, y las cuales se comunican, pudiendo hacerse claustral aquélla. Sostienen la bóveda columnas ó pilastras de medio resalte de estilo corintio en número de seis por lado, correspondiendo á otras tantas capillas. Sobre las dos primeras, en la entrada, se levanta el coro, y las dos últimas, junto al altar, quedan separadas del resto por una verja de hierro que, según creo, es debida al Rey Fernando VII; no es el mejor gusto el que domina en esta obra. Es pesada la bóveda de medio punto, y lo que se halla de mejor efecto es el ábside ochavado con aristones que parten de los ángulos, recordando, aunque levemente, las construcciones ojivales. Sobre la mesa del altar y sobre el plano ábrese á modo de ventana, con mezquino adorno, el nicho en que aparece la Virgen, y el cual se manifiesta pobre y nada simpático en su misma sencillez.

El guía, á quien hallé esta mañana al bajar del camarín, me dice que su padre recordaba haber visto toda la iglesia charolada y reverberando el oro en sus adornos, lo propio que los platerescos altares de las capillas, á las que cerraban hermosas verjas de madera. Hoy la más clara sencillez reina por doquiera, y como ocultando la pobreza en que vino á parar la joya de la devoción de tantos y tan ilustres Monarcas.

Salimos del templo, y ya en el patio, contemplé la fachada, que nada de particular encierra más que una composición algún tanto pretenciosa. La portada, resguardada por un rebajado arco de cascarón con reminiscencias de pechinas y dos cuerpos salientes tenidos por columnas de estilo corintio con casetones en que se ven los Apóstoles tallados en mármol, de buenas líneas, pero de lamida ejecución: bajo del cascarón y sobre la puerta de arco de medio punto que se corta en su diámetro, vese en blanco mármol un bajo relieve, cuyo asunto es la pura Señora y Reina. En el patio, que como dije antecede á la entrada del templo, veíanse algunos borriquillos con sus jamugas, esperando á expedicionarios por

las capillas y las alturas. También iremos nosotros, pero antes quiero conocer, visitar cuanto encierra esta meseta, y al efecto, encaminamos nuestros pasos á las ruinas del antiguo Monasterio.

Salimos á la explanada, y el sol inundaba de dorada luz todo el valle, que aparecía límpido y fresco con la humedad de la tormenta de ayer tarde. Tanta luz, tanto ambiente, ensanchaban nuestros pechos y aspirábamos con fuerza aquellos gratos perfumes de que estaba saturado un aire tan ligero como templado, y que tan gratamente oreaba nuestros sentidos, convidándonos á gozar con los tranquilos placeres de la naturaleza.

Sentados en aquel barandal, que ya se nos había hecho familiar, cual un antiguo punto de descanso que nos recordara pasadas épocas de nuestra juventud, que tuviera la historia de los recuerdos de alegrías y pesares, permanecimos por algún tiempo. Y desde allí contemplábamos el ancho camino que suavemente descendía al fondo del valle del Llobregat, y considerábamos pasadas épocas, veíamos en nuestra imaginación subir por la falda de la montaña diferentes grupos de romeros, devotos, ansiosos de postrarse á los pies de la Virgen, y ora los veíamos envueltos en las gruesas camisetas de malla y cubiertas sus cabezas con el férreo casquete, pendiente la ancha tizona de combate y aprestados siempre á luchar con el mahometano que se había retirado ante el poder de los Condes catalanes, que subieron incontables veces á dar gracias á la Reina de los cielos por sus terribles victorias en épocas en que se combatía con fe y por la fe, y tras ellos nuevos grupos con nuevos trajes en que el armazón de hierro iba disminuyendo, y adelgazándose la ceñida espada, y con ellos Reyes y Reinas que descalzos subían la entonces penosa senda que guiaba al santuario, cual lo hizo la Reina D.<sup>a</sup> Violante, esposa del Rey D. Juan I. Ya antes, en el año 1201, subió como primera Reina que hizo esta peregrinación D.<sup>a</sup> Leonor de Aragón, y lo cual se dice la inspiró la idea de establecer una cofradía con el nombre de la Señora.

La invasión francesa que amenazaba á los estados catala-

nes por el año 1279, hizo que el Rey D. Pedro III el Grande subiera á impetrar la protección de la Reina de los cielos para sus armas en aquella campaña. Sin fausto ni ostentación, como vulgares peregrinos, el sencillo y piadoso Jorge II el Justo y su tierna esposa D. Blanca, subieron al santuario. Y al llegar á este punto, recuerdo que también subió por dos veces el poco juzgado y menos comprendido Pedro IV el Ceremonioso, figura aún hoy algún tanto enigmática; pero bastante bien juzgado y mejor delineado por D. Emilio Castelar en sus *Estudios históricos de la Edad Media*.

Pero pasaron aquellos Reyes, aquellas edades, y nuevos tiempos se anuncian para la historia y nuevos grupos de romeros, con más ligeros trajes, menos armas y más ramas de olivo, signo fecundo de la paz y del bienestar, preceden á D. Fernando de Antequera, y á cuyo nombre viene asociado el del ilustre político y diplomático Vicente Ferrer, y tras Alfonso IV y el conocido Juan II y su esposa, aparecen otros Reyes esposos que, al par que unen sus manos, unidas llevan las coronas de Aragón y de Castilla: son los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, que al unir sus corazones unieron el sentimiento de la patria, grande, inmenso para llevar ambos, llenos de fe, la fe á desconocidas regiones en que imperase el dulce nombre de María.

Y pasaron aquellos augustos romeros, y nuevos conjuntos de cortesanos en quienes brilla el terciopelo y la seda, y lengua extranjera hablan, llegan acompañando al César Carlos V de Alemania y primero de España, que viene á humillar su imperial corona ante la Emperatriz de cielo y tierra.

Encantado estaba el César de este maravilloso trono que la naturaleza había elegante y caprichosamente elevado á la Santa Madre de Dios, pues que nueve veces subió á visitarla y repetía continuamente: *Hay en estos lugares un especial encanto, algo de celestial que apesar mío me enajena y transforma.*

Y aquella incesante procesión de pueblos, edades, trajes, idiomas y testas coronadas sigue y sigue hasta lo infinito; adonde los Felipes todos, los Carlos y Fernandos borbóni-

cos, D.<sup>a</sup> Isabel, y quién sabe cuántos y cuántos de los sucesores en el trono de España, continuarán subiendo á rendir tributo de fe, amor y adoración á la Reina de las montañas (1). Y en esta interminable serie de ilustres peregrinos, vemos con la aureola de la santidad y cual mística procesión que baja de los cielos á visitar nuevamente á la Virgen pura y sin mancha á santos como Vicente Ferrer, San Juan de Mata, San Ignacio de Loyola, convertido en santo á los pies de la Virgen para retirarse á la inmediata Manresa, cuya cueva visitaremos si Dios quiere; San Luis Gonzaga, San Francisco de Borja y otros muchos ilustres, como la hija de Maximiliano II, que hiriéndose en su seno delante de la imagen de la Señora, hizo voto de perpetuo encierro, siendo conocida después por Sor Margarita de la Cruz. Muchos, cual Raimundo Lulio y Salvador de Itorta, y sabios políticos y guerreros sin cuento que aquí vinieron, aquella inmensa falange de seres que miles de años está ascendiendo á este extraño monte, parecíame la humanidad caminando por el de la vida para venir á hundirse en el seno de lo eterno después de purificar su alma bebiendo el agua de la salvación en las fuentes de salud y gracia de la pura é inmaculada mujer cuya efigie veneramos en esta elevada montaña, entre las emanaciones de una naturaleza selvática y los acordes de los elementos que cantan himnos de amor entre estas arpas de piedra que continuamente señalan al cielo, á lo infinito.

Pero el tiempo pasa, y si nuestra imaginación vuela rápida por los espacios del recuerdo, las horas corren aún con mayor rapidez en la montaña. Late nuestro corazón con mayor fuerza, con más calor en nuestra vida, y si dejamos espacio á que el alma se sacie de tanta belleza, breve será la vida humana para poder satisfacer aquel apetito insaciable de nuestro espíritu.

Todavía me resta mucho que ver, todavía me resta que admirar innarrables obras de la mano de Dios, que esculpió

---

(1) Posteriormente han subido D. Amadeo de Saboya, D. Alfonso XII y la virtuosa Reina Regente D.<sup>a</sup> María Cristina de Hapsburg y de Lorena.

estos montes para desesperación de los sabios, para encanto del artista, y veneración para el creyente. Con pena nos levantamos y nos dirigimos á visitar las ruinas del antiguo Monasterio: á contemplar la obra de los hombres destruída por su misma ingénita barbarie, como protesta que Dios puso ante su orgullo para que no se crea perfecto y señor del mundo.

Ya esta mañana había vislumbrado unas ruinas, una de esas tristes páginas que tanto hablan, para quienes quieran entenderlas. Nada conozco más mudamente elocuente que unas agrietadas paredes, destrozados arcos ó hundidos ábsides. Aquella tristeza, aquella melancolía, me recuerdan siempre al inválido que muestra con fúnebre sonrisa sus mutilados miembros, y que parece decir: también un día tuvieron vida estos rotos brazos y tullidas piernas, y hoy para nada sirven; pero me recuerdan tiempos en que la salud y la vida rebosaban en mi cuerpo.

Una severa, elegante y majestuosa portada bizantina, en su misma sencillez, se presentó á nuestro estudio y admiración. No tiene pretensiones, y el artista que la construyó no tenía más que sentimiento y fe, importantes factores en toda obra de arte. Su arco, de triple archivolta y ligeramente abocinado, no campea por los graciosos adornos de la última época. Rodeada de escombros del antiguo Monasterio, aquel abandono en que yace, silenciosa y creciendo los parásitos en su dintel, le dan un tan suave tinte de melancólica tristeza que atrae con su aspecto y compadece por la soledad y muerte que la circunda. No lejos de ella vese un roto lienzo de la gótica arquería del antiguo claustro, y aun cuando un sol espléndido le baña, sus ojivas parecen las juntas manos de aquella antigua vivienda que elevándose al cielo piden amparo y consideración por el recuerdo de pasadas épocas. Aquellos mudos sillares nos hablaban con tan elocuente silencio que no podía menos de recordar días de gala para el Monasterio con la llegada de Reyes y Príncipes de la tierra, y comparar con otros de tristeza cuando el cañón resonaba con las gargantas del Bruch y los fusiles montañeses de un puñado de paisanos hacían morder el polvo á las in-

vencibles huestes de Napoleón, y hacer salir de su trono secular á la Virgen para esconderla y evitar una profanación, á las que tan abonados eran los soldados del progreso. Y al recordar estas nuevas ocultaciones de la Señora, diré de pasada lo que me ha contado el cariñoso monje á quien venía recomendado.

Varias han sido las veces que durante este siglo hubo necesidad de ocultar ó sacar de su templo á la venerada imagen. En 1811 las correrías de los franceses hicieron temer por la milagrosa escultura, y sacándola del templo la escondieron en la ermita de San Dimas, en cuyo punto la hallaron; pero como se la había despojado de sus galas y pedrerías, la escultura no tentó su rapacidad, y creyéndola sin duda propia de la capilla, la dejaron. Poco tiempo después volvió á su camarín, habiéndola conducido el padre Fray Mariano Baltá. No permaneció tranquila por mucho tiempo, puesto que á principios del año 1812, otra nueva alarma con la llegada de tropas francesas determinó que el Padre Blanch, Padre Mulet, Brell y el citado Baltá y varios criados llevaran la imagen á una casa de campo llamada de *Marquet de Mata-dás*, no lejana del puente de Vilomara y á pocos kilómetros de Manresa, y dependiente dicha cortijada del Monasterio. Allí vivieron escondidos los monjes, y aun en el mismo año nuevamente la devolvieron al Monasterio.

Ya no fueron luego los franceses quienes obligaron á trasladar á la Virgen á Barcelona en el año 1822, sino la guerra civil en que ardía el Principado, y así el padre Fray D. Benito de Porcebal creyó prudente retirarla á Barcelona, como así se hizo; y en 12 de Junio de 1824 fué devuelta á estas montañas con inusitada pompa y solemnidad. Pero todavía restaba un nuevo viaje que hacer á la venerada efigie, y la supresión de los conventos hizo que en 1835, al abandonar los monjes el convento, escondieran la santa escultura en una casa no muy distante de la montaña, siendo el Padre Blanch y muy contadas personas las concedoras del provisional asilo de la imagen, de donde volvió á ocupar su secular morada en el año 1844, y desde cuya fecha permanece en el Monasterio, y del que Dios quiera que en los revueltos tiem-

pos que alcanzamos (1) no tenga que dejar nuevamente su templo para alguna nueva ocultación.

Y hecha esta especie de paréntesis, durante el cual he estado examinando aquellas tristes ruinas que nos hablan de devastación é incendio y de profanaciones como las llevadas á cabo por los franceses con los sepulcros y cenizas de los vencedores de sus antepasados en Nápoles, Cerinola, Pavía y otros gloriosos campos, dejemos á la historia aquella triste página, y examinemos á la luz del arte estas tristes y hermosas ruinas, cuya contemplación hace que el alma se duela de tamaña destrucción, de tanto decaimiento en aquellas obras llevadas á cabo por la fe y exornadas por el arte. Todavía su esmerado recinto empedrado diseña el ámbito del antiguo claustro, y en el centro destácase un gótico brocal. En el lado del Norte es donde únicamente se conserva el lienzo de arquería de que he hecho mención; seis arcos ojivos le forman; sus columnitas son esbeltas y delineadas con gusto y delicadeza, siendo sus capiteles hermosamente labrados, aun cuando sin abundosa exornación. Sobre ellos se abre una galería alta, conservando sus arcadas el propio estilo, aun cuando rebajadas, y los antepechos de ella se ven cubiertos por labrados rosetones; en el alero consérvanse algunos de los antiguos canalones. No lejos de este hermoso recuerdo de un arte que ya pasó y que halla su primordial concepto en las mismas obras de la naturaleza, vese una fachada estilo bastante puro todavía del Renacimiento, con ventanas treboladas y columnitas funiculares que arrolladas graciosamente suben en demanda de la cornisa y se corren por el alero; todo esto es lo único que resta de la antigua obra hija de Julián de la Rivera, como nos lo dicen los escudos que vemos entallados en las columnas, y cuyo edificio fué labrado por los maestros Jaime Alfón y Pedro Baret.

En la parte oriental vemos un desnudo paredón, y en él hallaremos lo que yo estimo como la principal joya arquitectónica de esta antesala de los cielos: una preciosa é inestimable portada del primitivo arte monumental. Sus molduras

---

(1) Téngase en cuenta que estos artículos se escribieron en 1869.

se hallan ya casi borradas; la incuria de los hombres, su salvajismo y las durezas de las fuerzas meteóricas la han herido cruelmente. Muchos capiteles han desaparecido y tan sólo alguno resta como muestra del ingenuo cincel. En las mutiladas impostas distínguese aún el bocelado con centros únicos y estriados que alternan con aquéllas, con ricos adornos de follajería y grecas. Vense allí los siete gozos, combinados con el característico adorno de clavos prismáticos. Otro rico adorno también propio de la época admiramos, el cilindro con sortijas, alternado con uno muy poco común en estas construcciones de la época, la flor de la violeta. Para apear la imposta vemos modillones cubiertos con hojas de acanto, lo propio que el friso, que guarda el mismo adorno y que conserva en el plinto. Como sucede en los monumentos del estilo romano-bizantino, y más en esta comarca como en toda la monarquía aragonesa, nótase desde el primer momento la mayor fantasía y elegancia que predominó en el estilo, debido á la influencia y á la merced, á la corte de Carlomagno, y el cual se influyó más del espíritu bizantino que en la región Norte, en donde el carácter sajón propendió de una manera más absoluta hasta la toma de Toledo por Alfonso VI, que hizo gracias al espíritu franco á que tan afecto era el monarca, y determinándose desde entonces el cambio radical en las construcciones, los capiteles son los elementos más ricos en sus detalles y hermosura. En aquellos prismas truncados refúgiase el cincel, y allí labra calenturientemente aquellos caprichos tan llenos de fantasía como de ingenuidad. Llenos, pues, se hallan de monstruos, genios, quimeras, sátiros y flores; en la parte exterior de la archivolta del arco destácanse dos grupos que merecen fijar preferentemente la atención por su hermosura primitiva. Uno de ellos le forma un león en el momento en que quiere arrojarse sobre una serpiente enroscada y cuya cabeza es de mujer. ¿Se aludiría con ello al pecado original? El otro grupo le componen otro león y sobre él un joven á caballo. ¿Sería esto el Sansón ó el León de las Escrituras?

No es necesario decir el encanto, placer y gozo con que largo rato permanecí estudiando y encantado ante una obra á

la que no creo sea atrevencia grande el darle una antigüedad, para mí cuando menos, del siglo XII en sus postrimerías. En mi concepto, esta portada debió formar parte del primitivo Monasterio en que vivió la degollada hija de Vifredo. ¡Qué página más bella, más elocuente y muda al propio tiempo, en el insondable libro de las edades y de la historia!

El interior de la iglesia le forma una bóveda de cañón apoyada sobre macetones, terminando con ábside curvilíneo. Un arco gótico abría vista y luz al coro, el cual se hallaba situado sobre la portada de que nos hemos ocupado. Veinticinco pasos podría tener el templo, y allí se ve una inscripción que dice que en aquel lugar permaneció setecientos once años la imagen de Nuestra Señora, y desde allí fué trasladada á la nueva iglesia en 11 de Julio de 1599, estando presente el Rey católico de España D. Felipe III. Los sepulcros antiguos de guerreros y abades que dormían el sueño de la muerte en la iglesia antigua fueron trasladados al pasillo que guía al claustro, y cuando menos, en lugar más seguro, permanecen al abrigo de los elementos destructores, si otros elementos, que no por ser humanos son menos destructores, no les hacen desaparecer.

Salgamos de las ruinas, que con sus desmochados muros, sus desencajadas ojivas y mutilados adornos son representación de una vejez horrorosa, y heridas por la traicionera mano de quien, en nombre del progreso y de la civilización, aparecen como más dignas, más ilustres por la villana destrucción que las hirió. Dejamos aquellos tristes recuerdos y encaminamos nuestros pasos en demanda de la cueva del penitente Juan Garín, héroe de la leyenda de Montserrat, del pobre ermitaño víctima de las tentaciones del demonio, que le lleva hasta el asesinato, para levantarse después por la penitencia á conseguir el perdón de sus culpas y la gracia de la Reina de las montañas, en cuyo seno permanecía oculta.

.....

El camino no puede ser más hermoso, poéticamente hablando, que lo que es pedestremente, no hay, como se dice, por donde cogerlo. Peligrosa senda conduce á aquel antro, que un día resonaría con cánticos de alabanza, con los ayes

de la víctima y las carcajadas del demonio al ver la caída del débil Juan. Una cueva como todas, hermoso conjunto de peñas, festones de guirnaldas y majestuosa combinación de colores y accidentes de la naturaleza. Embelleced todo esto con el recuerdo de la tradición, y tendréis un lugar tan poético como apropiado para elevar el espíritu á Dios, como tan propio para pedir perdón por las culpas y llorarlas bajo el solo testigo de las águilas y la inmensidad de los cielos.

En este recinto tuvo lugar la caída del eremita; aquí sucumbió á los ardides del demonio, que desde aquella cueva que allá arriba vemos sopló el viento de la tentación en el infeliz Garín, poniendo á su lado á la hermosa Rignilda, nueva Margarita, para condenar á Garín, aun cuando su fe le salvó con la cruel penitencia que todos conocemos. ¡Cuán distintas aparecerían estas tranquilas y hermosas quebradas, en que el perfume del monte se eleva como ofrenda de la naturaleza á Dios, después de su horrendo crimen! ¡Con qué horror contemplaría la fatídica cueva del espíritu malo que tan arteramente le había conducido á su perdición, y con qué espanto no miraría la revuelta tierra que ocultaba el cuerpo de su víctima, y qué no haría por acallar los gritos de su conciencia, que se rebelaba contra su criminal proceder, empujándole con silenciosas voces á confesar su delito y pedir justicia contra su horrendo pecado! Débil naturaleza humana, expuesta siempre á las sugerencias del mal, ¡cuán poco necesita el demonio para que, halagando las pasiones, exponga al más fuerte corazón al peligro de una caída! Necesarias son una fe y voluntad supremas, y si el mismo Hombre-Dios sudó sangre ante el aspecto de su pasión, del cáliz de la amargura, ¿qué podemos esperar nosotros, débiles cañas, como dice Pascal, expuestas á doblarse con el viento de las pasiones?

Pobre Garín, si pecaste y grande fué tu delito, Dios te perdonó cuando purificaste tu alma con el atroz sufrimiento de convertirte en bestia humana, como símbolo de tu caída ante el dominio de las pasiones que te impulsaron; te compadezco, y te hallo después grande por tu noble regeneración al bien con la expiación, que con tus lágrimas borraste

un pasado de culpas para abrirte una eternidad de dichas con el perdón del Dios siempre justo y misericordioso.

Bajemos, y puesto que el día está hermoso y fresco con el puro ambiente que dejó la tormenta, lleguémonos á un punto hermoso, según nos dice el guía, la cascada *dels degotalls*. Un paseo nos separa de ella, y con esto daremos cima á nuestra excursión por estas mesetas. Trepemos por otro camino cubierto de frondosa vegetación verdaderamente alpina; brezos, jarales y otras adustas y fuertes plantas, hijas de la peña y del crudo ambiente de las alturas, bordan el camino. Demos la vuelta y hénos en una plazoleta en uno de cuyos lados y por las grietas de las rocas escapan mil hilos de cristalina agua que brilla y fulgura en cambiantes de mil colores á la luz del sol. Aquellos hilos y trenzados cordones de líquido cristal caen, chocan, se deshacen en blanco polvo que irisa en la atmósfera, bañando guirnaldas inmensas de verdes plantas de la humedad, como el picante heno y el espléndido culantrillo con sus hermosas tintas que varían desde el verde esmeralda al rojo púrpura, pero siempre feraces con el grato rocío de aquellas goteras de la misteriosa montaña. Hermoso espectáculo, comparable tan sólo á esos caprichosos juegos de aguas en jardines franceses, pero en los que siempre adivinamos más la mano del arte que el majestuoso capricho de la naturaleza que crece allí; la tierra con el festón, el límpido espejo con el penacho de bullidora espuma que cae cual torrente de perlas en la taza que la misma naturaleza creó para recibir sus caprichosos juegos que embalsan penetrando en oscura excavación, en la que de nuevo acumula su genio en el confuso y ordenado conjunto de caprichosas estalactitas que se reflejan con inusitado encanto en lo suave de las coloreadas aguas con los reflejos de la turquesa y la esmeralda. Cuanto la imaginación puede soñar de más bello, más grande, sublime y sencillo al par, queda frío y sin color ni encanto ante un conjunto tan artístico como inocente en sus detalles. Embelleced el graderío natural que rodea á esta obra de la obra de Dios y que sólo se mira en el azul del cielo; cubrid de verde césped estas laderas, perfumad el puro y fresco ambiente de este rin-

cón del paraíso, y tendréis por qué con pena, dolor y sentimiento se abandona tan bello panorama, tan hermoso sitio, para gozar en los silenciosos placeres de la contemplación, y el goce del oído con el concertado resonar de las aguas al repercutirse sus ecos en la concavidad de la montaña. ¡Cascada *dels degotalls*, no te he olvidado después de algunos años, fresco como tus aguas conservo tu recuerdo, y aun en el interno visual de mi imaginación te represento y gozo con tu encanto en mi memoria! En los momentos en que la tristeza invade mi ánimo, la imagen de tus sencilla hermosura refresca mi espíritu con dulces emociones, convidándome á gozar una vez más y más con tus ignotas armonías!

Con pena, con dolor y sentimiento dejamos aquel hermoso panorama, y el no menos bello y encantador que descubríamos desde aquella altura en que gran parte de Cataluña aparecía á nuestros pies en hermosa y encantada extensión, en que vemos serpear al Llobregat y al Noya en plateadas cintas que se despliegan en graciosas inflexiones por el pie de estas montañas y entre la verdura de feraces campos que alimentan con sus claras aguas. Espectáculo inmenso, grandioso, en el que campo, aguas, montes, llanuras, nubes, cielo y transparente atmósfera, parecen unirse en armónico conjunto elevando un himno de gracias al Dios de las bondades, que creó tan sencillo y sublime conjunto para que el humano aprenda á bendecirle y admirar su poder en tan peregrinas obras.

Con dolor, repito, abandonamos aquel hermoso balcón sin rival en España, más que la ermita de San Miguel en Granada, para dirigirnos al Monasterio; ya eran cerca de las dos, y el sol, con sus intensos rayos, se dejaba sentir de una manera algún tanto incómoda á pesar de las alturas en que nos hallábamos. Brevemente recorrimos el camino, no sin contemplar más arriba, algo más arriba en el monte, las ermitas que visitaremos mañana. Así llegamos á la explanada del Monasterio; en aquel momento entraban los ómnibus de la estación, de la misma suerte que habíamos llegado nosotros hacía veinticuatro horas. Tan sólo dos viajeros llegaban, y al acercarnos los vimos rodeados de muchos de

los romeros que allí estaban y que escuchaban lo que ellos decían con profunda atención y silencio.

Aquella especie de conjura nos atrajo, y entonces supimos que en Barcelona habían andado á tiros en el día anterior, con motivo del desarme de los voluntarios de Targarona, que la ciudad estaba ocupada militarmente, y que algunas desgracias había que registrar en la tan abundante historia de nuestras discordias civiles. Los dos viajeros habían salido la noche anterior, con objeto de reunirse con sus familias que se encontraban aquí en el Monasterio. Que por algunos viajeros que con ellos venían en el tren habían sabido que todo estaba terminado, cuando menos sofocado el movimiento en la capital, pero que se temía respondieran los pueblos con algún levantamiento, pues que excitados estaban los ánimos. Todos reunidos nos encaminamos á la fonda, y excuso decir lo animada que estuvo la comida. Estábamos tan acostumbrados ya, desde que teníamos *honra en España*, á salir á motín y algarada por semana, y á matanza de Gobernadores, como había sucedido el 20 de Septiembre en Tarragona, y anteriormente el de Burgos, que aquello, que en otro país hubiera producido un pánico y espanto terrible, entre nosotros producía ya el mismo efecto que si nos contaran la cogida ó cualquier otro lance de una corrida de novillos.

Comimos tranquilamente, y la salsa política la hizo graciosa, pues que ya todos nos reíamos por aquel entonces del sainete septembrino, que iba tomando carácter de drama cursi.

No obstante, la conclusión de aquel rato de buen humor en aquellas alturas terminó por ponernos algo serios. ¿Y qué hacemos, dijimos todos? ¿Será prudente el estar aquí, solos y abandonados, sin más defensa que nuestras manos, y habiendo gran número de señoras y señoritas? ¿Quedar aquí á merced de cualquier clase de gente armada, con ó sin uniforme, no sería peligroso?

La libertad autoriza para cualquier cosa, y á los que gritaron viva España con honra, tirando por el aire la disciplina y la ordenanza, no habría que exigirles tampoco mu-

chos perfiles. Así es que, quedándonos solos los hombres en deliberación, creímos más prudente el largarnos á la mañana siguiente, no fuese que por aquello de que los males de la libertad se curan con la libertad misma, nos arrimaron algún pie de paliza ó secuestraran á las señoras á título de los derechos inalienables ó imprescriptibles, anteriores, posteriores y colaterales á todo derecho ó torcido. Quedóse en mandar un emisario á Monistrol para que se enterase de lo que ocurriera, y subiese á la noche á darnos parte de las noticias que llegaran. Así convenido, llamóse al elemento femenino y se le comunicó la orden; pero aquella tarde se aprovecharía en visitar las ermitas que se pudiese, y á la mañana siguiente partiríamos los que decidimos hacerlo.

Organizóse la expedición, y pocos minutos después nos encaminábamos á la ermita de Santa Ana, ermita en la cual se reunían las monjas para oír el sacrificio de la misa. Es la más inmediata al Monasterio y se halla oculta en una misteriosa garganta, lo más apropósito para elevar el espíritu ante aquella severa naturaleza, á la que sirve de techumbre un cielo diáfano y tan transparente cual debe ser la conciencia del justo. Pocos momentos nos detuvimos en ella; no había tiempo que perder y aprovechar la tarde. Las señoras nos daban el ejemplo, y animosas emprendían aquella penosa ascensión y trepaban resueltas por aquellas sendas y peligrosas escaleras.

Siempre subiendo, llegamos á la capilla de los Apóstoles, con un aspecto más semejante á la entrada de un subterráneo que á un templo: afecta la forma de las primitivas iglesias cristianas en su fachada, rematando con una espadaña que tuvo en otro tiempo campana; un arco en plena cimbra le sirve de entrada, que cierra pesada puerta con un ventanillo enrejado. Sobre tres bastos escalones de piedra formando redonda base se eleva una sencilla cruz de piedra, y ya en este punto el horizonte es amplio y despejado, ya la vista goza con inmensa extensión de tierra.

Mayores pretensiones afecta la de San Miguel, toda ella de hermoso sillarejo, con su portada bizantina formada por tres archivoltas en arco con moldura de bordón que se corre

horizontalmente por la fachada; la puerta es cuadrada, pues cierra el tímpano una pesada solera de piedra que se apoya en dos sencillas ménsulas. Una galería de cinco arquitos relevados en ángulo para buscar la espadaña que remata el ángulo de los tejados cubre un nicho que encierra la imagen del titular bajo un arco bizantino peraltado. Es tal vez la capilla de mayor gusto, y tiene un sabor que recuerda á Santa María del Naranco ó San Lino en Asturias.

Por fin, tras penosa ascensión llegamos al belvedere de la montaña, á la ermita de San Jerónimo, la más elevada de todas. Aquí no hay más que admirar la naturaleza y asomarse á la ventana para que el vértigo se apodere de vosotros al contemplar desde aquel punto el inmenso derrumbadero que verticalmente se abre á vuestros pies. Asomaros y horrorizaros de aquella inmensa profundidad es instantáneo. Allá, allá, en lo profundo, vese la tierra, la naturaleza que parece llamaros para que os precipitéis desde aquel punto perdido en el espacio; el Llobregat, un hilo plateado; Monistrol, un pueblo de muñecas, un palillero ó fosforera de esas talladas que nos envía la Suiza; los árboles, hojas clavadas en el suelo; los montes de Olesa y el valle del Noya, detalles esbozados con pálidas tintas, y los cerros por los que ayer atravesábamos impulsados por la locomotora, pequeños repliegues de la tela de aquel inmenso, inconmensurable cuadro.

—Vamos más arriba.

—¿Más aún?

—Á la cima más alta—dijeron las señoras emprendiendo la subida.

¿Quién retrocede ante el ejemplo de la mujer? El sexo débil nos da la lección; hay que tomarla.

Hétenos ya en la cima de Montserrat: el mismo paisaje, más pequeño todo, más inmenso el horizonte; desde aquí vemos Cataluña, Aragón y una cordillera rosada con la luz de la tarde, el Pirineo: la barrera que Dios puso para impedir el paso de la Península. Allá una sábana de inmenso azul brillante, puro y trasparente, el lago latino, el vehículo de todas las civilizaciones. En sus claras aguas duermen todas

las razas y en su seno guarda los peces que habían de llevar sobre su lomo las barras catalanas, como quería el valiente marino de estas tierras en lejanas épocas, cuando este mar no era un lago latino, sino un mar catalán. En lontananza vemos como inmensos cetáceos que duermen tranquilos en tan encantado seno: unas islas.

—Las Baleares, dice el guía, y todos los anteojos se dirigen á las perlas del Mediterráneo. Nuestra vista toca sus montes; ya hemos estado en ellas, ya las Baleares no son un mito, son una realidad que hemos visto y besado con nuestra mirada, por más que nuestra planta no haya hollado su suelo. Pero ¿qué es el cuerpo cuando el alma se ha posado en sus montañas y su imagen la llevamos impresa en nuestro cerebro? Nada; desde aquí descubrimos la esplendidez de la naturaleza; pero ¿no vemos al domador de sus asperezas, al hombre? Ser pequeño, miserable, no se te descubre desde esta altura, pero sí veo tu genio, tu atrevimiento, tu audacia en el humo de aquel vapor que surca aquel lago de turquesa, confiado á cuatro tablas y un poco de carbón. No veo la mano, veo la inteligencia; no veo al autor, pero veo sus obras; así como desde aquí contemplo la inmensidad de Dios en ese armónico caos de su inconmensurable poder y majestad. Allá bajo vemos un puñado de casas que blanquean; es Barcelona; sobre un repliegue de tierra, Monjuich: el tirano y la víctima.

¿Qué sucederá allí á estas horas? nos preguntamos todos, y los gemelos pretenden resolver aquella duda. Nada vemos ni oímos. ¿Qué es el cañón bestial, expresión de la ferocidad y cobardía humana, que quiere herir desde una legua? Nada; su potente ronquido sería aquí, en medio de esta inmensidad, lo que el grito de la pulga.

—¡Señores, que se va á hacer de noche en estas alturas!

Dejamos con pena aquella cima, y en verdad que era prudente. El sol ya declinaba y el Monasterio quedaba en la sombra. Descendimos cuan rápidamente lo permitían los caminos, y ya cerraba la noche cuando llegamos á la explanada del Monasterio, rendidos y fatigados, y esperando con ansia la llegada del emisario para salir de dudas.—Todavía

tardará, nos dijeron, y como era la hora del rosario y de la salve, penetramos en el templo para gozar por última vez el sencillo ruego de aquellos infantes y pedir á la Reina de los cielos nos sacara con bien de aquella angustiosa situación, confiados en que nos ampararía.

Por fin, á las nueve y media llegó el mensajero, y en su agitado semblante conocimos que no eran buenas las noticias.

Lo de Barcelona había terminado; pero la gente de Monistrol estaba soliviantada, y decididas las milicias republicanas á lanzarse al campo: que terminaba en la ciudad y comenzaba en la campiña; la situación era peor. ¿Y si se suben aquí y se fortifican? Nada, lo mejor era emprender la retirada á la mañana y tomar el tren para Barcelona. Dejemos el campo libre, y busquemos refugio en donde ya la tormenta haya pasado.

Cenamos sin apetito, pues á cada momento creíamos ver á los sublevados, y dispusimos acostarnos vestidos, para en caso de alarma, y en cuanto amaneciera, pedir los coches y correr en demanda de la estación. Algunos más se nos agregaron, otros dijeron que no se movían hasta saber de cierto lo que pudiera ocurrir, y con intranquilidad pasamos la noche sin que nada ocurriera.

Amaneció, oímos la misa primera, despedímonos de la Virgen besando nuevamente su mano, y después de tomar de prisa un chocolate, nos embanastamos en los coches y emprendimos el descenso, que se efectuó sin novedad; pero al llegar á la entrada de Monistrol, aquí fué Troya: el puente estaba ocupado por los insurrectos, y dudamos si tendríamos que volvernos al Monasterio; no fué así, nadie nos molestó, atravesamos el puente, y llegamos á la estación. ¡Cruel desencanto, triste cuadro! Los revolucionarios habían cortado la vía é incomunicado la estación. El aparato telegráfico yacía en el suelo hecho pedazos, y los rails arrancados. No había medio de escapar. ¿Qué hacer? El jefe nos ofreció que llegaría el tren, pues antes de que subieran los sublevados había teleografiado expresando sus temores, y aguardaba auxilio y la llegada del tren. Decidimos aquellas

cincuenta personas aguardar allí lo que con tanta seguridad nos ofrecían, y así lo hicimos.

No obstante, el día se pasó, y tuvimos que refugiarnos en una especie de merendero allí inmediato, en el que su dueño nos trató espléndidamente y sin abusar de nuestra situación. Nos dió buenas y limpias habitaciones, y nuestros temores se aumentaron con la llegada de la noche. Ésta cerró oscura, la luna no salía hasta la madrugada y ¿quién se acostaba en aquella situación? La pasamos en vela junto á la ventana, oyendo el toque de somatén de las campanas de Monistrol y Castellvell, viendo el resplandor de las hogueras que habían hecho en la plaza, y oyendo los vivas, toques de corneta y alguno que otro tiro. La situación se complicaba y había que escapar de aquel foco antes que hubiera un choque aun allí mismo en la estación, que ocuparon durante la noche. ¡Cuán larga se nos hizo! Por fin amaneció y pedimos al hostelero medios para salir de allí. Nos ofreció un carruaje, y media hora después corríamos á galope por el camino de Esparraguera, para llegar á Martorell y tomar el tren de Barcelona, si llegaba desde Valencia. Así lo hicimos: llegamos á Esparraguera, de la que no recuerdo más que el hambre que llevamos y la riquísima *butifarra* que comimos, y después de tomar café tranquilamente, pues que ya nos habíamos alejado del peligro, á las doce salíamos en demanda de Martorell. Aquí no ocurría novedad; llegó el tren, le asaltamos, y aun aquella noche comíamos en la fonda y dormíamos tranquilos; pero aún sonándonos en los oídos las fatídicas campanas de la noche anterior.

Para concluir, después supimos que en el día de nuestra salida ocurrieron conflictos en la estación, que quisieron fusilar al jefe porque había mandado recomponer la vía, y que hubo tiros, sustos y corridas, dándonos por satisfechos con aquel principio de drama patriótico, que de buena gana renunciábamos á presenciar.

J. CASAÑ.

30 de Septiembre de 1869.



## ¿Á QUIÉN PERTENECERÁ MARRUECOS? <sup>(1)</sup>

### I

**L**A ilustrada revista periódica *Le Correspondant*, cuyo examen me tiene encargado la Academia, publicó, entre sus excelentes escritos, que más parecen ecos de la antigua Francia que reflejo de su situación presente, uno de verdadera actualidad y que interesa muy particularmente á España. Es el que lleva el título con que encabezo esta noticia, y se halla dividido en dos artículos insertos en las entregas del 25 de Diciembre y 10 de Enero próximo pasados.

Su autor, Arturo de Ganniers, empieza sentando que la raza europea, que hace seis mil años vino á establecerse desde las regiones asiáticas, siente, desde el siglo XV, el deseo de extenderse á su vez por otros países; deseo que se señala más vivo en la época presente, aunque no esté explotada todavía la parte principal de nuestra Europa, dado que Francia, que es uno de los países mejor cultivados, cuenta ocho millones de hectáreas compuestas de arenales, lagunas, rocas y matorrales; de lo que deduce que el suelo europeo pudiera aún ser para nosotros el *alma parens* de Virgilio, si

---

(1) Apuntes leídos en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el día 28 de Febrero de 1888.

su población, menos inquieta, no se entregase á novedades y descubrimientos con la misma inestabilidad que la condujo hace sesenta centurias desde las orillas del Ganges á las del Danubio y el Rhin.

No cree este instinto, sin embargo, propio sólo de esta parte del globo, ya que considera que la historia de la humanidad es la historia de las emigraciones; porque cree, con buen criterio, que para los pueblos, como para los individuos, el movimiento es la vida y el progreso.

Pasa después á indicar el sistema de colonización de cada país, asegurando que el de Francia se ha inspirado siempre en la propaganda de ideas de igualdad y de justicia; y poniendo como ejemplo la conquista de Argelia, manifiesta las excelencias de la colonización cuando tiene por objeto la educación moral de razas atrasadas, salvajes ó medio civilizadas, presentando las ventajas de la Argelia actual sobre los dominios de los antiguos Deys.

Sin tomarse el trabajo de probarlo asegura que la anexión de Túnez dió á Francia el límite natural por el Este de su territorio africano; y que debe ahora preocuparse del otro lado de su gran colonia para que esté por el Oeste igualmente segura de lo que está por el lado opuesto. Expone después la opinión histórica, de dudosa exactitud, de que todo el espacio comprendido entre Trípoli y el cabo Nun, nosotros decimos Non, viene conservando cierta unidad desde el tiempo de los romanos; y que el nombre de Maghreb, dado á las diversas partes de que se compone, puesto que el territorio tunecino se llama *Maghreb el Aula*, la Argelia *Maghreb el Auçah*t y Marruecos *Maghreb el Aksa*, confirma la pretendida unidad; lo cual, así como la preponderancia de la nación francesa en el Mediterráneo, le da derecho á considerar el territorio marroquí como formando parte de sus actuales dominios.

Sin embargo de lo cual; atendidos los principios que rigen hoy acerca de las colonias, á saber: que pertenecen á quien primero las ocupa de una manera efectiva, concede que hay otro país que tiene también sobre Marruecos legítimo derecho, y que ese país es España.

No es un trabajo vano, según el escrito que estoy examinando, el averiguar á quién pertenecerá Marruecos, aunque constituya hoy un pueblo independiente, con su Soberano y su respectiva autonomía; porque todo el mundo reconoce que se halla en estado de disolución cuyos síntomas aparecieron al solo anuncio de la enfermedad misteriosa de Muley-Hasan, y bueno es examinar una cuestión más europea que africana, y que puede en un momento dado ser origen de querellas entre diferentes países, aun por parte de aquellos que en ella tengan más pretensiones que derechos.

Dedica después el autor algunas páginas á la descripción geográfica, social y política de Marruecos, así como á la de su pretendido ejército y á sus medios de defensa: todo ello con gran minuciosidad. Recorreré brevemente algunos de estos datos.

Pretendiendo tener soberanía sobre todos los creyentes africanos, sostiene el Sultán (á quien los españoles llamamos Rey, y así se expresa en los tratados), que es ilimitada la extensión de su territorio por la parte del Sahara; pero Europa no se la reconoce más allá del río Nun ó Non, como dicen también antiguos tratados en el texto español; y hasta unos 900 kilómetros en dirección al centro africano; como son 700 los que forman su frontera marroquí.

En esta vastísima extensión hay terrenos completamente desconocidos y ríos muy poco estudiados, por más que algunos tengan celebridad en las descripciones de Plinio; habiéndolos tales como el Sebú, que constituye con el Muluya un canal que une al Mediterráneo con el Océano.

Aunque Tánger no se considere una residencia muy sana, los territorios situados en el Atlántico son de una regularidad tal de temperatura, que constituyen una de las regiones más sanas del mundo; puesto que en Mogador, por ejemplo, que está á los 32° latitud, la temperatura sólo desciende hasta 10° y sólo se eleva hasta 31°; de modo que son allí casi desconocidas las enfermedades que tienen por causa los cambios de estación.

Sin expresar el origen de sus noticias, fija Mr. de Ganniers la población de Marruecos en siete millones de habitantes,

indicando sólo que Kloden, uno de los exploradores de aquella región, la calcula en 2.750.000, y que otro, Jackson, la eleva hasta 15 millones; y cree que la raza árabe dominante está con la indígena en la relación de uno á seis; sin que la raza indígena puede decirse de una sola familia (como la raza árabe conquistadora que habita los grandes centros de población), sino que es un compuesto de diferentes razas, incluso la ibera, formando tres grandes grupos, dos de los cuales, los Kábylas y los Chellahas, son blancos, y los Aratines de raza negra.

Lo mismo los árabes que los bereberes viven en tribus ó kebilas agrupadas entre sí, muchas de las cuales se consideran independientes. Las que no lo son reciben un Gobernador, representante del Sultán, que se llama Caid.

El verdadero imperio se compone de los reinos de Marruecos, Fez y Taflete; los demás territorios son más ó menos autónomos. El primero se llama país del *Maghzen* ó del Gobierno; los segundos país independiente, *Bled es Siba*.

El Ministro encargado de tratar con los representantes extranjeros no se llama de *relaciones*, sino de *reclamaciones*; nombre que explica, en mi concepto, la idea que tienen de su contacto con el resto del mundo.

La tributación está reducida, además de las Aduanas, al diezmo en la territorial, y 2 por 100 en la pecuaria; pero se cobra á capricho del recaudador.

Entrando después en el minucioso estudio ya indicado acerca del ejército, plazas, y hasta la artillería pieza por pieza, con que cuenta Marruecos, estudio que se recomienda por sí mismo á nuestros militares, dice que las kebilas guerreras suministran un soldado por familia; que los dan de toda clase de edades y condiciones, y que continúan sirviendo hasta que los reemplaza otro de la misma familia. Las demás envían los que determina el Caid.

Así forman los cuatro ó cinco mil jinetes que constituyen su fuerza principal con el nombre de *guich*. El *arkar* (infantería) se compone de 30 batallones, y son unos 10.000 hombres, mal armados y peor vestidos. La artillería consiste en dos batallones de 100 hombres cada uno, que sirven dos ba-

terías montadas y dos de campaña. Los puntos más fortificados son Tánger y Rabat.

Todas estas circunstancias harían fácil, según el autor, la conquista de Marruecos por los franceses.

## II

Arturo de Ganniers pregunta si Francia tiene verdadero interés en llevarla á cabo; pero en vez de contestar, empieza su segundo artículo presentando como títulos á la posesión de un país antiguos derechos de conquista y de ocupación, soberanía adquirida por tratados, relaciones comerciales más ó menos importantes y situaciones geográficas especiales; y manifiesta que el *summum jus* sería la reunión de todos estos títulos, y que á falta de nación que los reuna, el derecho será de la que reuna la mayor parte de ellos, para deducir que sólo España y Francia tienen derechos formales á la adquisición de Marruecos.

Alemania sólo podía decir: *Quia nominor leo*; pero de sus empresas en Camarones, de las intrigas que le supone en España y en Argelia y del destierro de Marruecos de Saturnino Jiménez, en quien quiere ver un agente de Bismarck, deduce que piensa establecerse allí.

Los ingleses, en buenas relaciones con Marruecos desde el siglo XVI, y que en 1660 recibieron á Tánger de mano de los portugueses, aunque lo abandonaron á Muley-Ismael veinticuatro años después, no descuidan, sin embargo, su influencia comercial y política; y continúan, según el autor, su sistema de *ó nosotros ó nadie*. Últimamente, dice que manifiestan la intención generosa de ceder á Gibraltar por Ceuta; pero felicita á los españoles porque no caen en el lazo que se les tiende.

Á los holandeses y los italianos no los juzga temibles allí; los portugueses, que en 1415 se hicieron dueños de Ceuta, de Melilla y de toda la costa occidental, en donde conserva-

ron plazas hasta 1769, en que evacuaron á Mazagán, son citados por el articulista como los primeros ocupantes, olvidándose de que menciona nuestras posesiones en tiempos de los últimos Reyes Godos, y nuestra expedición contra Salé en 1263, y nuestra toma y destrucción de Tetuán en 1400, corroborando estos y otros muchos hechos con la autoridad del Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo en sus excelentes *Apuntes para la historia de Marruecos*.

Continuando Mr. de Ganniers la enumeración de nuestras posteriores conquistas en Marruecos, evoca el recuerdo del sitio de Ceuta por los marroquíes desde 1694 á 1720; el singular manifiesto de Sidi Mohamet á Carlos III mandándole desalojar sus plazas, y su sumisión cuando vió que era vencido; y con otros interesantes detalles llega hasta la batalla de Tetuán de nuestros días, de la que dice que todo es de alabar: las disposiciones tomadas por el General en jefe, la ejecución de sus órdenes, y, sobre todo, el ardor y la energía de las tropas, que cuarenta minutos después de dada la voz de *marchen*, plantaban su bandera dentro del recinto del campamento enemigo; con lo cual y con el combate de Wad-Ras, que hizo someterse al Sultán, quedamos dueños de imponer condiciones. Laméntase, en este sentido, de que hayamos tenido en cuenta las observaciones de Inglaterra, cuando las demás naciones nada nos decían, y de que en vez de cumplir el General O'Donnell lo que había dicho á las Cortes, «no vamos á civilizar á los moros, ni siquiera á asimilárnoslos; vamos á reparar sólo agravios recibidos,» no hubiera hecho lo uno y lo otro; y con este motivo exclama:

«Desgraciadamente España, como Francia, conservan un espíritu caballeresco, cada vez más raro en los tiempos que alcanzamos. No hubieran seguramente obrado como ella la taimada Albión ni la usurpadora Prusia; pero cada raza tiene sus procedimientos, y ha de pasar mucho tiempo antes de que los pueblos latinos acepten la tendencia á la rapiña que caracteriza la sangre prusiana y la sangre británica.» Mejor haría en decir que ese tiempo no llegará nunca.

Entra después á considerar nuestra fuerza de expansión

colonizadora; añade que no podemos vivir en el aislamiento, y que la opinión está aquí unánime en reclamar del Gobierno una intervención eficaz en los negocios de aquel país, en el cual los misioneros vienen desde antiguos tiempos estableciendo lazos y ejerciendo una influencia benéfica y civilizadora. De todo lo que deduce que ninguna nación europea tiene como la nuestra el derecho y los medios de pasar el Estrecho en la hora solemne de la disolución de aquel imperio; porque bajo el punto de vista político y militar posee en el continente africano diversos puertos que constituyen puntos de apoyo de primer orden; como base de operaciones, Cádiz y Algeciras, muy próximos á la costa marroquí; y bajo el aspecto moral, las relaciones anteriores y las actuales, así como los misioneros y los comerciantes, han creado en el centro del Moghreb un manantial precioso de auxiliares, á los que hay que añadir la casi identidad de clima, de costumbres y de lenguaje.

Después de esta exposición en favor nuestro, pasa á exponer el derecho de Francia, por ser dueña de Argelia, por sus antiguas relaciones en Marruecos y por su influencia en el Mediterráneo. Á pesar de lo cual, cree que no debe declararse heredera legítima de aquel país, bastándole con impedir que se apodere de él una potencia que le sea hostil, con lo cual adquiriría además nuestras simpatías. Pero esto lo hace al mismo tiempo que expone la opinión del *Diario de un viaje á Marruecos y al grande Atlas*, escrita por Dallon, Hosker y Ball, que recomienda á Francia la conquista de Marruecos; y añade Mr. de Ganniers que le correspondería dicha misión en el caso de que España declarase que renuncia á ella, ó que se mostrase incapaz de realizarla.

Y tal declaración no la hace, sin embargo, el autor á título gratuito; porque para el caso de nuestra intervención en Marruecos exige una rectificación de las fronteras argelinas (marcadas en el tratado de 1845), que, arrancando de la boca del Muluya, siga su curso, entrando por el territorio marroquí, y continúe hacia el Sur por el río Ghir, con lo cual adquiriría Francia, sin disparar un tiro, el codiciado Figuig, paraíso de vegetación y uno de los territorios más fér-

tiles de África, que el autor estudia y describe con verdadero *amore*, empleando sendas páginas en esta descripción.

Expuestas las ideas de Mr. Ganniers, y adelantadas algunas apreciaciones acerca de ellas, es ya tiempo de presentar mi propio pensamiento, pidiendo perdón de antemano á los que lo encuentren atrevido; porque es atrevimiento que creo propio de esta clase de corporaciones que no tienen, como los cuerpos activos de la política, la misión de recoger las corrientes de la opinión para darles forma práctica, sino más bien la de estudiar las cuestiones en las leyes que rigen su naturaleza, para contribuir á que la opinión se forme y para imprimir racional dirección á sus corrientes.

Creo firmemente que España no debe renunciar en absoluto á su misión en Marruecos; pero creo también que ha de pasar mucho tiempo antes de que deba pensar en realizarla.

Esta pobre Península se ha extenuado por haber dado vida y aliento á muchos hijos ingratos; y hoy se halla en el caso del convaleciente, que debe recobrar toda su fuerza vital antes de ocuparse en dar vida á nuevos seres.

Doloroso es confesarlo, pero España se encuentra muy debilitada por las locuras de sus colonias; y como madre apasionada, se ha desposeído de sus mejores galas y hasta de los objetos más indispensables y queridos para satisfacer los caprichos de sus mimados hijos. Buen testimonio tenemos de ello en la Isla de Cuba, en la que hemos perdido una gran parte de la juventud contemporánea peninsular, y por la que hemos agotado nuestro Tesoro, sin que nos hayamos aprovechado de la victoria más que para rebajar sus gastos en perjuicio de la metrópoli.

Sus productos, exentos ó casi exentos allí de contribución directa, ya lo están también de la indirecta que satisfacían, como escasa compensación, á su salida, y se reciben en España sin pago arancelario, abriendo ancha brecha en nuestra recaudación. Cincuenta y cuatro millones de kilogramos de azúcar hemos importado en 1886 de nuestras posesiones de Ultramar; y ateniéndonos tan sólo á los 50 importados de Cuba y Puerto Rico, sin pago de derechos arancelarios, resultan 16 millones de pesetas de pérdida anual en este con-

cepto, y cuatro y medio por lo que pagan de menos de lo que habrían pagado los extranjeros por el impuesto transitorio y municipal; es decir, que perdemos más de 20 millones y perjudicamos á nuestra agricultura; mientras Francia, con más cordura y menos sensiblería colonial, cobra iguales derechos á los azúcares de sus posesiones ultramarinas que á los extranjeros. En el café perdemos más de dos millones de pesetas, porque importamos más de cuatro millones y medio de kilogramos de nuestras Antillas; medio millón de pesetas perdemos en el cacao, y más de uno en los aguardientes, cuya importancia antillana aumenta considerablemente.

No hemos desprendido—y para siempre, porque en estos casos no cabe retroceso—del derecho diferencial de bandera en el comercio de aquellas islas con otros países, al conceder recientemente á los Estados Unidos más de lo que empezaron por pedirnos; y sólo conservamos una pequeña ventaja en la navegación procedente de la Península, reducida al flete de unas 150.000 toneladas anuales, con la circunstancia de que algunos de nuestros economistas creen que debemos renunciar á ella.

Agréguese á esto las agencias consulares que pagamos en aquellos mares; nuestra parte de subvención de vapores-correos y los 25 ó 30 millones de pesetas con que anualmente saldamos el déficit de los presupuestos de Cuba, y no extrañemos la crisis económica de la Península, y que la nueva táctica de los separatistas sea hacernos cada día más cara la posesión de aquella tierra, cuando además se pretende, y lo que es peor, se consigue, que de las obligaciones del Tesoro de aquellas islas se haga responsable el Tesoro de la Península.

Porque en realidad, en estos tiempos en que se quiere desterrar la poesía de la literatura; y en que toda idea que no sea práctica, prosaica y utilitaria se tacha de quijotismo; y en que la mujer oculta el rubor como una debilidad; y los sentimientos honrosos son puestos cuando menos en tela de juicio; y al patriotismo se le llama superstición; y se pretende reducir á sumas y restas las relaciones individuales é in-

ternacionales, parece probable que brote una generación que diga que es demasiado caro lo que tanto cuesta, y deduzca de este cálculo las últimas consecuencias. Yo me limito á deducir la de que no debemos ocupar á Marruecos, si bien—con permiso de Mr. de Ganniers—debemos evitar que cualquiera otra nación lo ocupe: en una palabra, que nuestra misión en aquel reino se reduce á la que, lleno de abnegación, desempeña el *perro del hortelano*, conservando los frutos para su dueño sin pretender participación en ellos.

### EL VIZCONDE DE CAMPO GRANDE.

*Madrid 1.º de Febrero de 1888.*





# CAMPAÑAS DEL PRIMER IMPERIO

POR

MR. PAUL GAFFAREL

PROFESOR DE LA FACULTAD DE LETRAS DE DIJON

---



ON este título se ha publicado en París, por el editor Hachette, un libro notable, en el que su ilustre autor se ocupa con gran detenimiento y rara imparcialidad de la guerra con que el primer Napoleón afligió á la península ibérica en los comienzos del presente siglo. Poco acostumbrados á que los historiadores y la generalidad de los escritores franceses depongan sus preocupaciones y sacrifiquen su excesivo amor patrio en aras de la verdad y de la justicia cuando se trata de otros países, y más particularmente de esta España, que á pesar de su proximidad tan mal suelen conocer, no es extraño que los españoles creamos en esta ocasión muy digno de alabanza el recto criterio y la serenidad de juicio con que el Sr. Gaffarel aprecia en su obra la deslealtad inaudita del gran Emperador francés, al par que la energía con que nuestro abatido pueblo supo oponerse á los planes del funesto conquistador durante esa epopeya sublime que conocemos con el nombre de guerra de la Independencia, y que tan magistralmente nos ha de-

jado descrita el Conde de Toreno en su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*.

En vez de un artículo crítico sobre el interesante trabajo del Sr. Gaffarel, hemos creído más conveniente la traducción de algunos párrafos de la obra, entresacados de las pruebas de imprenta recibidas directamente del autor, y así podrán los lectores formar juicio exacto de cuán digna es de ser conocida y apreciada en España.

Haciendo, pues, caso omiso de la relación de las marchas y contramarchas de los ejércitos, de la descripción de las batallas, de varios errores geográficos y de algunas alteraciones en los nombres de las localidades, que no son de extrañar en quien no conoce *de visu* la topografía del país, oigamos al autor:

«Desde fines del siglo XVIII había permanecido España fiel á la alianza francesa: el pueblo español había llegado á sentir verdadera admiración por el Emperador Napoleón I; el Rey Carlos IV consideraba á éste como su amigo particular, y el ministro gobernante, Manuel Godoy, á pesar de sus aires de independencia, no podía menos de inclinarse ante la voluntad de su imperioso aliado. Napoleón se hallaba, pues, respecto á España en una situación excepcional y oportuna, siendo á la vez un aliado simpático y un aliado necesario. No cabe duda de que si hubiera sabido acomodarle á las susceptibilidades legítimas de un gran pueblo, si se hubiera asociado lealmente á su política, si hubiera contribuído á su reanimación y á su prosperidad, España le habría sido fiel hasta lo último; pero sólo se cuidó de herir su amor propio, explotar sus recursos, que todavía eran grandes, y abrumarla á fuerza de humillaciones, no conservando por su parte ni aun el respeto á las conveniencias internacionales. Aun en el caso de que España hubiera sido ya conquistada por los ejércitos franceses, no habría sido tratada con más desprecio y menos miramientos. Esta impolítica conducta con un noble pueblo, que podría haber sido para nosotros el más firme apoyo, fué la falta capital del Emperador y el origen de muchas desventuras y no pocas

desgracias, de que sólo él es responsable, porque fué el único autor de lo que podría llamarse la gran traición á España.»

.....

«Estando Napoleón al corriente de las intrigas del Príncipe de Asturias y de los proyectos de Godoy, dominaba á ambos á causa de que no había dejado entender por cuál de los dos se decidiría. Al recurrir la Familia Real á sus buenos oficios le había, por decirlo así, entregado todos los poderes. Esperando el pueblo español recobrar su pasado esplendor bajo la dirección del hombre que había sabido librar á Francia de la anarquía, que había regenerado á Italia y á Holanda, batido á las potencias continentales y puesto en jaque á Inglaterra, estaba dispuesto á acudir á su intervención. En estas circunstancias es claro que Napoleón quedaba dueño de la situación; pero no comprendió la grandeza de la misión que estaba llamado á desempeñar, y en vez de aparecer como bienhechor de España, dándola un gobierno honrado é instituciones modernas, se presentó en son de conquista, sin haber tenido, al menos, el mérito de manifestar á la luz del día sus siniestros designios, y se dispuso al avasallamiento de España, valiéndose de la traición y de la alevosía.

»En efecto, bajo pretexto de enviar refuerzos á Junot, preparaba cautelosamente la invasión de la Península. Un ejército de 24.000 hombres mandado por Dupont ocupaba ya el valle del Duero y penetraba en Valladolid; después de Dupont llegaba Moncey con 30.000 hombres avanzando desde Vitoria hasta Burgos; luego Duhesme caía sobre Barcelona y Darmagnac se apoderaba de Pamplona, mientras que algunos regimientos de la Guardia mandados por Bessières se dirigían hacia España. Sorprendido el Gobierno español por esta demostración militar, se apresuró á encargarse á las autoridades de las provincias que hiciesen la más amistosa acogida á las tropas francesas. Nuestros generales, que habían recibido previamente instrucciones secretas, se aprovecharon de semejante condescendencia para apoderarse de las plazas fuertes y de las ciudadelas que iban encontrando á su paso. De este modo cayeron en sus manos Pamplona, Fi-

gueras, Monjuich y San Sebastián. Para explicar ante Europa tan singulares maniobras, el Emperador hizo correr el rumor de que sus soldados no iban á socorrer al ejército de Portugal, sino á Cádiz y Gibraltar para oponerse á un pretendido desembarco de los ingleses; pero no se tardó en saber que Murat era nombrado General jefe del ejército de España, y que á favor de un movimiento de concentración sobre Madrid, Junot, Dupont y Moncey iban muy pronto á reunirse en la capital.

» Los españoles quedaron asombrados y estupefactos al ver esta manera de tomar posesión de un país amigo. El descontento público permanecía contenido por la incertidumbre y más todavía por la ignorancia en que se hallaban de los acontecimientos. Se indignaban ciertamente al contemplar á los extranjeros que ocupaban militarmente su territorio so pretexto de protegerle, pero como no sospechaban el verdadero objeto de tales maniobras, se exasperaba su odio hacia Godoy, indigno favorito que atraía á los franceses hacia España para convertirlos en instrumento de su ambición personal. La corte de Madrid, por el contrario, se llenaba de inquietud ante este inesperado aparato de fuerzas. La ambigüedad de los despachos del Emperador; la contradicción de las órdenes que transmitía Beauharnais, su embajador en Madrid; las idas y venidas de nuestros agentes, sus entrevistas secretas, ya con los amigos del Príncipe Fernando, ya con los que eran hechuras de Godoy, todo esto reunido conspiraba á producir una turbación en los espíritus que pronto se fué convirtiendo en sobresalto; no parecía haber duda de que Napoleón se mostraba pródigo de protestas de amistad ni de que nuestros soldados se conducían como fieles aliados y no como enemigos; pero entonces, ¿por qué un silencio tan obstinado acerca de sus ulteriores designios? ¿Por qué esta continua invasión y esta mal disfrazada conquista? Entonces fué cuando Godoy tomó una resolución desesperada que, dadas las circunstancias, no dejaba de ser hábil para sustraerse á la terrible responsabilidad que cada vez pesaba más sobre sus hombros, y fué la de evitarse los peligros de la intervención francesa y perpetuar al propio tiempo su poder, arras-

trando tras sí á la Familia Real en dirección á las colonias americanas.»

Después de referir el autor el motín de Aranjuez, la caída de Godoy y la borrascosa escena que tuvo lugar entre Carlos IV y el Príncipe Fernando en Bayona y en presencia de Napoleón, entra de lleno en los sucesos del Dos de Mayo y subsiguiente levantamiento general de los españoles, en la forma siguiente:

«Murat, que sin cesar alimentaba la secreta esperanza de fundar en España una dinastía, se había instalado en Madrid dándose aires de conquistador. Persuadido de que un oportuno motín popular fácil de reprimir le allanaría el camino del trono, se propuso exasperar á los madrileños con sus pretensiones y sus genialidades. La noticia de los sucesos de Bayona aumentó la efervescencia, y cuando se supo que Murat se preparaba á enviar á Francia á los individuos de la Familia Real que aún permanecían en Madrid, gran muchedumbre se reunió en la plaza del Palacio real, firmemente decidida á oponerse á la marcha. Las tropas que fueron encargadas de disolver los grupos hicieron fuego sobre la desarmada multitud, y entonces estalló la insurrección. La única resistencia seria fué la de una compañía de artillería mandada por Velarde y por Daoíz, que se hicieron matar heroicamente, pues la lucha era demasiado desigual para que pudiera prolongarse, y en cuanto las principales calles fueron barridas por nuestros cañones, la caballería de la Guardia, los lanceros polacos y los mamelucos acuchillaron sin piedad á los madrileños, que en número de ochocientos pagaron con sus vidas el honor de haber sido los primeros que levantaron la bandera de la independencia nacional. Murat fué implacable en la represión, hasta el punto de hacer fusilar más de cien patriotas, cuyo único crimen había sido combatir por el honor nacional.

»La insurrección del 2 de Mayo de 1808 había sido ahogada en sangre; pero resonó en toda España como un llamamiento á las armas. Napoleón lo creyó todo terminado, cuando apenas había comenzado la resistencia. Carlos IV, incitado por el Emperador, hizo venir á su lado á su hijo el

Príncipe Fernando y le acusó de haber sido el promovedor de la insurrección, preguntándole con tono severo (según Savary, testigo presencial): «¿Tienes noticias de Madrid? ¿No? Pues yo voy á dártelas.» Y le contó lo que había pasado. «¿Pretendes convencerme de que tú y los que te aconsejan no habéis tenido parte en la semejante revuelta? ¿Es que te has dado prisa á destronarme para concluir con mis súbditos? ¿Crees que con tales artes vas á reinar mucho tiempo? ¿Quién te ha aconsejado tal monstruosidad? ¿No tienes otra gloria que adquirir que la de un asesino? Contesta.»

»El Emperador, que asistía á esta entrevista terrible, tomó entonces la palabra y anunció á Fernando que él solo había adquirido compromisos con el Rey su padre, al que estaba pronto á hacer volver á Madrid. Carlos IV replicó con viveza: «De ningún modo. ¿Qué iría yo á hacer á un país en que mi hijo ha encendido contra mí todas las pasiones y donde no encontraré más que súbditos rebeldes por todas partes? Después de haber tenido la suerte de atravesar sin menoscabo el completo trastorno de toda Europa, ¿iría á deshonrar mis canas haciendo la guerra á las provincias que he tenido la dicha de conservar? No, no lo quiero.» Aterrorizado el Príncipe, cedió al fin y redactó dos renunciaciones: la primera el 6 de Mayo en favor de su padre como Rey de hecho, y la segunda el 10 en favor de Napoleón como heredero de la corona, recibiendo como indemnización el castillo de Navarra y una renta de un millón de francos. Carlos IV no había aguardado á estos dos actos para abandonar en manos del Emperador todos sus derechos sobre España y las Indias, mediante el castillo de Compiègne, el de Chambord y una renta de 30 millones de reales.

»Napoleón se hizo así dueño de España á costa de una traición de que la historia ofrece pocos ejemplos, atrayendo á toda la Familia Real española á Bayona, donde tenía preparada la emboscada y donde á fuerza de amenazas, de intimidación y de cansancio arrancó al anciano Rey y al joven Soberano su renuncia al trono. Las tropas francesas ocupaban á la sazón las principales ciudades, y Murat se había instalado en la capital imponiéndose por el terror. «Creo

que lo más difícil está hecho, escribía Napoleón el 6 de Mayo; quizá se produzcan algunas revueltas, pero la dura lección que acaban de recibir los madrileños ha de decidir necesaria y rápidamente las cosas.» «La opinión de España se doblega forzosamente á mis deseos, escribía á Cambaceres el 14 del mismo mes.» «Los asuntos de España marchan bien, escribía dos días después á Talleyrand, y en breve quedarán terminados.» Napoleón se engañaba: los asuntos de España estaban apenas en su principio, y él, el todopoderoso Emperador, el dueño de tantos reinos, el General temido de tantos soldados, iba á estrellarse y hacerse añicos contra una nación sin jefes, sin ejército, casi sin recursos, aislada de sus aliados y á merced de las legiones nunca vencidas que la habían conquistado sin combate, pero que se sublevaba ante la iniquidad que con ella se había cometido, y que alimentaba la esperanza de recobrar su libertad y vengar á la patria.

»Al estruendo de los fusilamientos de Madrid los españoles todos se estremecieron de indignación, y la noticia del atentado de Bayona acabó de exasperarlos. Un prolongado grito de furor y de exterminio resonó por todos los ámbitos de la Península. En un momento, y sin haberse previamente puesto de acuerdo, todos los españoles se alzaron en armas, prontos á arrostrar la muerte por la patria. Simultáneamente en todas partes los aldeanos y los obreros, capitaneados por sus curas y sus señores, se reunieron en las ciudades, pusieron á las autoridades que aún vacilaban, organizaron Juntas de salvación, se apoderaron de los arsenales y se precipitaron sobre nuestros soldados. El heroico pueblo de Asturias, cuyos antepasados habían sido en otro tiempo los últimos defensores del cristianismo en la invasión de los árabes, fué el que dió la señal. El 9 de Mayo estalló la sublevación en Oviedo, y las masas populares, después de haber desarmado un destacamento francés, se hicieron dueñas de un arsenal en que había cien mil fusiles depositados, y reunida acto continuo la Junta provincial, fué decretado el levantamiento general y se declaró con toda solemnidad la guerra á Napoleón.

» Al mismo tiempo se sublevaban los habitantes de Cartagena é impedían que el Almirante Salcedo llevase á Tolón una escuadra que Napoleón había ordenado se dirigiera á dicho puerto (22 y 23 de Mayo).

» Murcia y Valencia secundaban el movimiento y se sublevaban al grito de ¡Viva Fernando! ¡Mueran los franceses! Y esto no era vana amenaza, porque el pueblo de Valencia, excitado por un fanático, el canónigo Calvo, pasó á cuchillo á los franceses que residían en la ciudad y que habían creído hallar seguro refugio en la Ciudadela. Á la insurrección de Asturias siguió muy pronto la de Galicia; el Ferrol y la Coruña, cuyos arsenales codiciaba Napoleón, cayeron en manos de los insurrectos. Los aragoneses se levantaron á su vez, eligiendo por jefe á un héroe, D. José Palafox. Castilla la Vieja, la Mancha, Extremadura y Cataluña se fueron sublevando una tras otra, y Andalucía fué rápidamente invadida por el fuego de la insurrección, organizándose en Sevilla una Junta que se dió el título de Suprema de España y de las Indias. Jaén, Córdoba y Granada se unieron al movimiento, y en Cádiz el General Rosily se vió obligado á situar los restos de la armada de Trafalgar en el fondo de la rada, fuera del alcance de los cañones de la plaza para poder salvarlos. Tan sólo las Provincias Vascongadas, que se hallaban inundadas de soldados franceses, permanecieron pacíficas, aunque la provincia de Santander se declaró en insurrección amenazando nuestras comunicaciones con los Pirineos. No había transcurrido un mes desde la entrevista de Bayona, y la España entera estaba ya en pie, temblando de cólera y pronta á la lucha. Muy pronto se había creído Napoleón dueño de España, cuando realmente no poseía más territorio que el que pisaban sus soldados.»

ADOLFO DE MOTTA.

*(Se continuará.)*



# LOS PRÍNCIPES DE LA POESÍA ESPAÑOLA

POR DON JUAN PÉREZ DE GUZMAN

---

CONTINUACIÓN (I)

DEL MISMO MARQUÉS DE ALCAÑICES

D. ÁLVARO ENRÍQUEZ DE ALMANSA

---

SONETOS

I

EN ELOGIO DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA  
POR SUS «NOVELAS EJEMPLARES»

Si en el moral ejemplo y dulce aviso,  
Cervantes, de la diestra grave lira,  
En doctas frases el concepto mira  
El lector retratado un paraíso;

Mira mejor que con el arte quiso  
Vuestro ingenio sacar de la mentira  
La verdad, cuya llama sólo aspira  
Á lo que es voluntario hacer preciso.

Al asunto ofrecidas las memorias  
Dedica el tiempo, que en tan breve suma  
Cabén todos sucintos los extremos;

---

(1) Véase la pág. 432 de este tomo.

Y es noble calidad de vuestras glorias  
Que el uno se le debe á vuestra pluma,  
Y el otro á las grandezas del de Lemos.

## II

AL TORO QUE MATÓ EL REY FELIPE IV DE UN ARCABUZAZO EN  
LAS FIESTAS AGONALES DEL PRÍNCIPE D. BALTASAR CARLOS

*(13 de Octubre de 1631)*

No es la que muerta yace humana fiera,  
Que pudo sólo fallecer de vana,  
Pues ansia de morir tan soberana  
En un mortal instinto no cupiera;  
Estrella es alta que dejó la esfera  
Por huir en la arena castellana,  
Y embozando lo sacra en lo tirana  
Disfrazó lo divina en lo severa.

No contenta de ser allá en el cielo  
Luciente bruto y monstruo esclarecido,  
Mayor se intentó hacer acá en el suelo;  
Halló lo soberano en lo atrevido,  
Y aunque parece que murió en el duelo,  
Muerte no fué lo que mejora ha sido.

DE D. JUAN DE ZÚÑIGA CÓRDOBA Y PIMENTEL

MARQUÉS DEL VILLAR

VIRREY DEL PERÚ, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE FELIPE IV

## DÉCIMA

EN ELOGIO DE ANTONIO BALVÁS BARONA  
POR SU «POETA CASTELLANO»

Éste es un jardín de Apolo  
Del culto Antonio Balvás,  
En cuyas flores verás  
Ser su ingenio único y solo.

Ya el sacro Eresma es Pactolo;  
 Segovia un Hibla eminente;  
 Argos su famosa puente,  
 Que en guardia y custodia está  
 Del jardín que al autor da  
 Guirnaldas para su frente.

## DEL REY DON FELIPE IV <sup>(1)</sup>

### AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Pielago hermoso de luces,  
 Mares inmensos de soles,  
 Breve nube nos recata,  
 Tormenta la nube corre.  
 Si un Mongibelo divino  
 Cifra en cristales ardores,  
 ¿Qué albedrío se defiende  
 De fuego que nieve esconde?  
 Cándida llama conspira  
 Bella deidad, si se encoge;

(1) Como D. Alfonso *el Sabio* en el siglo XIII, y D. Juan II en el XV, Felipe IV goza en el Parnaso español el título de Rey poeta. Sin embargo, pocas quedan de sus obras, de manera que nunca será posible formar un libro como el de las *Cántigas*, que acaba de editar la Real Academia Española, ni un *Cancionero* como el del Rey D. Dionisio de Portugal (*Cancioneiro d'el Rey don Dioniz, pela primeira vez impresso sobre o manuscrito de la Vaticana, com algumas notas illustrativas e uma prefacção leteraria pelo Dr. Caetano Lopez de Moura*. París, chez J. P. Aillaud, 1847); como las *Poesías* de Francisco I de Francia (*Poesies du Roi François I, de Louise de Savoie, Duchesse d'Angulême, de Marguerite, Reine de Navarre..... recoueilles et publiées par Aimé Champollion-Figeac*. París, Impr. Royal, 1847), ni como las de Carlos I de Inglaterra (*Charles I King of Great Britain: Reliquiæ sacræ Carilinae, or the works of King Charles I*. Hagæ, by Sam. Broome, 1651.—*The works of King Charles the Martyr*..... London, 1662). Las comedias de Felipe IV, si no se han perdido, permanecen desconocidas entre el sinnúmero de las anónimas. Sus versos sueltos son muy difíciles de hallar. Alfay publicó el romance al Sacramento. En varios certámenes de su tiempo tomó parte con el debido recato usando nombres supuestos, y entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, en un tomo de poesías varias del siglo XVII, en que se contienen casi todas las

Donde el agua alienta al fuego  
Remedio es morir de amores.

Todo me abrazan finezas;  
Todo me allegan temores;  
Donde el culto y el cariño  
Que tuve, quiere que adore.

Que reverente en las aras  
Miro el incendio más noble  
Donde solo en holocausto  
Se admiten los corazones.  
Fuego divino que el hielo  
Vence del pecho del hombre,  
Arde activo, pues del alma  
Suspiros del alma rompen.

## DEL MISMO REY D. FELIPE IV EL GRANDE

### SONETO

#### Á LA MUERTE

Es la muerte un efecto poderoso,  
Firme su proceder mal entendido,

---

obras de los Argensolas, al terminar una página par, se lee la cabeza de una de sus composiciones, que allí se le atribuye *nominatim*, pero la siguiente no es continuación de la anterior, y la poesía resulta perdida. Las que aquí inserto todas son conocidas.

No quiero cerrar esta nota sin advertir que son varios los Príncipes de las casas reales de España á quienes se les han reconocido disposiciones poéticas. De la Infanta D.<sup>a</sup> Catalina de Aragón, desdichada esposa de Enrique VIII de Inglaterra, mi excelente amigo el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro ha encontrado unos versos en inglés. Supónese que en los breves días en que aquel Rey mostró afecto á la hija ilustre de los Reyes Católicos, la ofreció un libro de horas, en cuya guarda primera había el Rey escrito la declaración de sentimientos galantes. D.<sup>a</sup> Catalina respondió escribiendo de su mano bajo la miniatura de Santa Margarita:

*By dayrly probe you shail me fynde  
To be to you both loving and Kynde,*

que el mismo Sr. Fernández Duro traduce así:

*En la prueba del tiempo, á cada instante  
Me encontraréis solícita y amante.*

Amada de Mitrídates vencido,  
 Temida de Pompeyo victorioso;  
 Es la muerte un antídoto dudoso  
 Al veneno del mísero rendido,  
 Que de propias desdichas sacudido  
 Libra en eterno sueño su reposo;  
 Puesto donde la nave combatida  
 De la saña del mar contrario y fuerte  
 Piensa tener propicia la acogida;  
 Es un bien no estimado, de tal suerte  
 Que todo lo que vale nuestra vida  
 Es porque tiene necesaria muerte.

## DEL MISMO REY D. FELIPE IV

---

### DÉCIMAS CON TÍTULOS DE COMEDIAS

#### Á LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL DE BORBÓN

¡Murió la Reinal! ¡Oh, pesar!  
 ¿Cómo no acabáis mi vida,  
 Si no al golpe de la herida,  
 De mi tormento al penar?  
 Sin duda me quieres dar  
 Á entender, que, aunque en el suelo  
 Sin alma quede y consuelo,  
 Tengo vida que vivir,  
 Porque llegue á discurrir  
*Lo que son juicios del cielo* (1).  
 Si gozas eterna vida  
 Con aumento de más gloria,  
 No atormente mi memoria  
 De tu ausencia la partida.  
 En calma esté suspendida  
 Mi pena, sin exhalarse;

---

(1) Del Dr. D. Juan Pérez de Montalbán.

Cobre para mitigarse  
Mi pasión alivio, pues  
Falta á mis ojos es  
*Mudarse por mejorarse* (1).

Que he verte lo afianza  
La fe, que nunca depongo,  
Porque, católico, pongo  
Sólo en Dios la confianza.  
No pierde, no, la esperanza  
Mi amor de que su desvelo  
Amante logre su anhelo,  
Porque vivo confiado  
Que hemos de ser, lado á lado,  
*Los dos amantes del cielo* (2).

Para después de la muerte  
Tengo amor que dedicarte;  
Que no me obliga á olvidarte  
Lo que me obligó á quererte.  
Leal siempre he de quererte  
Sintiendo el golpe fatal,  
Que fué la causa total  
De tu ausencia, con que doy  
Bastante indicio que soy  
*El amante más leal* (3).

Abismo es mi corazón  
Entre el amar y el sentir,  
Sin que morir ó vivir  
Pueda de una ó de otra acción.  
El sentir me dé ocasión  
Para vencerme á mí mismo;  
El amor del paroxismo  
Me vuelve, y consuélame  
Ver en tanto abismo, que  
*También se ama en el abismo* (4).

Sentir y amar se ha de ver  
En mi incesante porfía,

---

(1) De D. Juan Ruiz de Alarcón.

(2) De D. Pedro Calderón de la Barca.

(3) De Felipe IV.

(4) De D. Agustín de Salazar y Torres.

Porque firme la fe mía  
Á uno y otro ha de atender.  
Al llanto no ha de exceder  
Mi amor las demostraciones,  
Porque saben mis pasiones,  
Amando y sintiendo igual,  
Dividido en cada cual  
*Cumplir dos obligaciones (1).*

Antorcha mi amor constante  
Siempre á tu vista lució,  
Porque tu forma le dió  
Materia á la luz bastante:  
Tanto que, aunque estás distante,  
En mí brilla su fulgor,  
Sin eclipsar el rigor  
Del riesgo en que me quedé,  
Á mi firme amor, porque  
*En riesgo luce el amor (2).*

En mi pecho has de reinar,  
Continuamente asistiendo:  
Y cuanto fueres pidiendo  
Al punto he de ejecutar;  
Que, aunque en distinto lugar,  
Mi bien, te veo asistir,  
Mandar puedes y pedir  
Á tu anhelar y querer:  
Que en tí solo se ha de ver  
*Reina después de morir (3).*

Mas témplese ya el disgusto  
Que á todas horas me aqueja;  
Que no halla alivio la queja  
Adonde no encuentra el gusto.  
Con la voluntad me ajusto  
De Dios sin formar querellas;  
Gocen de él tus luces bellas  
Y cesen mis ojos ya:

---

(1) De Luis Vélez de Guevara.

(2) De Luis Bermúdez de Belmonte.

(3) De Luis Vélez de Guevara.

Que, si porfío, será  
*Oponerse á las estrellas* (1).

Pero imposible es, Dios mío,  
 Que la parte de mortal  
 Deje de sentir el mal  
 Que me causó su desvío.  
 Si no es que tú, en quien confío,  
 Antídoto superior,  
 Le das remedio al rigor  
 Que hace mi pena insufrible,  
 Porque sólo á ti es posible  
*Hacer remedio el dolor* (2).

Depongan la seriedad  
 Mis sentidos en tal caso,  
 Llorando en fúnebre ocaso  
 De mi esposa la beldad.  
 No use de la majestad  
 Mi pecho en pena tan dura:  
 Todo se haga á la ternura;  
 Que fué mi esposa querida,  
 Y es prenda para sentida  
*La más hidalga hermosura* (3).

## DE S. A. R. EL INFANTE D. CARLOS DE AUSTRIA

HIJO DE FELIPE III

### SONETOS

#### I

Á SU HERMANO EL REY DON FELIPE IV  
 POR LA FIERA QUE MATÓ DE UN ARCABUZAZO

De horror armado, de furor ceñido,  
 Valiente lidia á más victoria atento  
 El bruto victorioso, cuyo intento  
 De más alto poder fué resistido.

(1) De D. Juan Matos Fregoso, D. Antonio Martínez y D. Agustín Moreto.

(2) De D. Jerónimo de Cáncer, D. Juan de Matos Fregoso y D. Agustín Moreto.

(3) De D. Francisco Rojas Zorrilla.

Feroz en la campaña es ya temido,  
 Á toda fiera alcanza el escarmiento;  
 Mayor aplauso debe al vencimiento,  
 Pues fué la causa de quedar vencido.

Los postreros amagos de la vida  
 Se vieron antes, que la ardiente llama  
 Ejecutase el golpe de la herida;

Creció la admiración, creció la fama,  
 Y el aplauso común en voz debida  
 Deidad te adora, vencedor te aclama.

## II

Á D.<sup>a</sup> ANA DE SANDE, MENINA DE LA REINA D.<sup>a</sup> ISABEL DE BORBÓN

¡Oh! Rompa ya el silencio el dolor mío,  
 Y salga de este pecho desatado,  
 Que sufrir los rigores de callado  
 No cabe en lo que siento, aunque porfío.

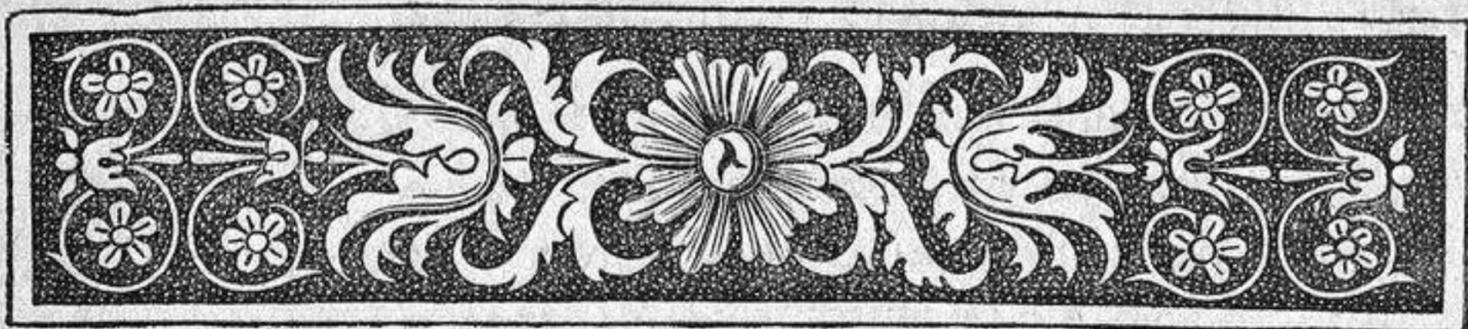
De obedecerte, Anarda, desconfío;  
 Muero de confusión desesperado;  
 Ni quieres que sea tuyo mi cuidado,  
 Ni dejas que yo tenga mi albedrío.

Mas ya tanto la pena me maltrata,  
 Que vence al sufrimiento; ya no espero  
 Vivir alegre; el llanto se desata;

Y otra vez de la vida desespero;  
 Pues, si me quejo, tu rigor me mata,  
 Y si callo mi mal, dos veces muero.

*(Se continuará.)*





## PALABRAS Y PLUMAS

---

**RAFAEL ABARCA, novela de J. García Nieto.**



DESDE la hora menguada en que, acosado por un deseo irresistible, por una inclinación tenaz, tuve la osadía de cortar mi pluma y aplicarme al oficio de crítico, juzgador, ó como quiera se llame, analizar, desmenuzándolas ó interpretándolas, obras ajenas y dar mi opinión al público, que no me la pedía; desde entonces, repito, nunca como en esta ocasión me he dolido tanto de que mi corta carrera literaria y mis cortísimos merecimientos no me proporcionen autoridad suficiente para ser escuchado y atendido y para que mis apreciaciones puedan influir directa y profundamente en el juicio del público, excitando la curiosidad de los indiferentes.

Un crítico casi novel sale hablando de un autor ya famoso con ínfulas de prohombre, trae al egregio de la mano, mientras se agarra de un faldón de su levita y con disimulo en él se apoya y es leído acaso gracias á las gracias de su compañero..... Pero ese mismo desdichado trata de presentar á un desconocido, y el público, refractario á lo que ignora, sin fe en el que apenas conoce, y dudando de cuanto la fama no pregona (la vieja fama que confianza inspira), el público no atiende, no se para, no se fija, y ante un montón de nombres

desconocidos pasa sonriente..... con esa sonrisa desdeñosa que siempre hiere y á veces mata.

Todas estas reflexiones me ocurren y aminoran mi entusiasmo y abaten mi espíritu cuando después de llegar á la última página del libro del Sr. Nieto, aún con lágrimas en los ojos, arrancadas por aquella hermosa ficción tan llena de triste realidad, me propongo dar á conocer á *Rafael Abarca*, que ayer fué para mí un indiferente á quien conocía como á muchos transeuntes con los cuales muchas veces me codeo en la calle, y hoy es un amigo del corazón.

*¡Rafael Abarca!* La cubierta del libro en que se cuenta su historia lamentable ofrece la misma helada indiferencia que la sociedad en que vivía el pobre joven y que le dejó morir abatido y miserable. *¡Rafael Abarca!* Esas letras rojas destacadas sobre un fondo pajizo, nada tienen del calor, de la vida, del entusiasmo, al fin aniquilado, que tras ellas palpitan; como el nombre grabado sobre una losa sepulcral, no mueve la curiosidad ni aviva el deseo de conocer quién habita debajo, cómo y cuándo vivió y cuál fué su suerte.

Pero la casualidad abre un día el libro á nuestros ojos y dirigimos á él una mirada, nos interesamos en su lectura y curiosos de conocer la dolorosa historia, sin vacilar un momento llegamos al fin, con el corazón palpitante y las mejillas humedecidas..... Y tenemos un amigo más, porque un libro puede serlo, y muy útil á veces, y celebramos el talento de un hombre de quien hasta entonces nada supimos, de un hombre que no vivía para nosotros y, sin embargo, sentía, pensaba, escribía correctamente (cosa que hacen pocos), y por esa magia inexplicable del arte era capaz de transmitirnos con sus pensamientos sus sensaciones.

No haré aquí, porque el espacio me falta, un estudio detenido ni un análisis minucioso de la novela de García Nieto. *Rafael Abarca* es un hombre á quien todos conocemos, á quien todos olvidamos aún compadeciéndole y con quien todos tenemos alguna semejanza.

No es el ser abatido, humillado en quien se cebe la fortuna, sobre quien lluevan las desdichas y que vea un camino siempre sembrado de insoportables contratiempos; no es el

bohemio moribundo ni el atleta que lucha con fuerzas colosales y enemigas, ni el visionario cuyas ideas buenas ó malas son rechazadas porque repugnan ó hieren á la sociedad más ó menos pervertida en que se siente lanzado; no: él busca en el mundo un lugar que le corresponde, por el camino recto, sin algazara ni murmullos apenas; nadie le contraría, nadie le derriba, nadie le aplasta, pero nadie tampoco le mira, nadie le atiende, nadie le escucha. Á nadie estorba, y le dejan vivir; pero á nadie es necesario, y no se acercan á ensalzarle.

Hé aquí el problema: tiene recursos bastantes para subir, pero ni puede ofrecer sus hombros para apoyar á muchos, ni posee suficientes mañas para derribar á otros; y en la escala de la vida sólo así se ganan lugares, construyendo por abajo una columna que á su vez sirve de pedestal, y apartando de arriba cuanto estorba, interponiéndose entre la tierra que se pisa y el cielo que se escala.

Rafael llega, como todos, á Madrid, buscando más ancho campo y anheloso de alcanzar fortuna; su madre y su hermana no le abandonan y desde las primeras horas de constante trabajo se encuentra estimulado y sostenido por sus amorosos desvelos. Tiene un amigo y á él se acerca y de él recibe apoyo; contrae nuevas amistades con hombres honrados que le aconsejan y aleccionan; pero sus esperanzas no se realizan. Quería ser catedrático, y las plazas no salen á oposición, se proveen por concurso ó no hay vacantes. Quería ejercer de abogado y trabaja en el despacho de uno famoso, pero éste tiene ya bastantes subalternos y no puede remunerar su trabajo, no hay vacantes. Quería ser escritor público, pero las revistas pagan poco y *no necesitan nada*, tienen sobrados redactores, no hay vacantes.

Escribe un libro que á duras penas publica; á los editores *no les faltan* negocios, y según parece, el público *no necesita* para su ilustración obras nuevas. Antes de que atravesase por su imaginación la idea de fundar un colegio, sabe que hay ya *bastantes* colegios en Madrid. ¡Todo lleno, colmado; el mundo rebosa carne! ¿De qué le vale su actividad al hombre, si no tiene lugar ni tiempo en que emplearla? Rafael vive

modestamente, de un modesto trabajo inferior al que podría con su talento realizar; pero vive y espera.

¡Doce años esperando sin lograr más de lo que logran el menestral, el empleado y el obrero, vegetar! Y para eso tanto estudio y tanta tortura y tantas preocupaciones que agobian y tantos pensamientos que producen fiebre y acortan la vida.

¡La vida! Pronto se pierde. ¿Y se perderán con ella todas las perfecciones, todos los adelantos y los estudios de la inteligencia?

Rafael muere y es acompañado al cementerio por algunos amigos que costean su entierro; su nombre será olvidado, porque murió joven y en la oscuridad; salió para siempre de un mundo que no se había detenido á contemplarle, que aun no le comprendía. Pero aquel otro mundo que él llevaba en la cabeza, ¿habrá terminado con él, se habrá deshecho como la materia que le formara, habrá desaparecido como su nombre, se habrá borrado para siempre de lo que existe, de lo que es, no influirá poco ni mucho en lo que ha de ser?

El autor lo espera, cree que en este mundo transcurre sólo un pequeño tránsito de la vida, y aun enuncia por boca de su personaje principal una teoría graciosa: el mundo es una cátedra; los que salen de él á tiempo van instruídos de muchas cosas y preparados para otros estudios; los que se malogran antes de que el espíritu alcance su razón, nada aprueban, nada adelantan; éstos no hacen más que sufrir un *traslado de matrícula*.

Seríamos injustos si admirando perfecciones calláramos defectos que *Rafael Abarca* tiene, como toda obra humana, como toda obra de quien, dotado de inspiración y talento, aún no maneja con soltura, por falta de práctica, el *mecanismo* del oficio. En varias ocasiones el autor se *personaliza* sin necesidad alguna, diciendo por ejemplo: «Mientras ellos hacen la travesía, diremos algo nosotros acerca de tal persona.» Mayor relieve, mayor elegancia adquiere el cuadro cuando el autor se oculta por completo á lo largo de su narración.

Algo podríamos decir también acerca de la presentación de cada personaje. Cuando por primera vez se escribe el nombre de alguno, aparece á continuación su retrato de cuerpo entero: «Era D. Fulano, etc.»

Esto es hasta cierto punto una falta de realidad. Cada cual debe irse mostrando en el curso de su vida ó de un asunto cualquiera en que tome parte, por sus acciones, por sus palabras, por sus ideas y aun por los movimientos y actitudes de su cuerpo.

Y doy fin á este artículo, que, sin pretensiones de estudio psicológico, puede considerarse como una advertencia hecha al público ilustrado que desea conocer nuestra literatura contemporánea, y un cariñoso aplauso dirigido al Sr. García Nieto.

Decimos, pues, que el número de buenas novelas españolas ha sido aumentado en una unidad.

Y tal vez muy pronto no vacilemos en afirmar que lo mismo ha sucedido al número de novelistas de quien nos prometemos obras famosas.

---

### Obras completas de Silverio Lanza.

Desde 1882 al 83 diéronse á luz los primeros tomos, rotulados *El año triste* y *Mala cuna y mala fosa*. Tenían 100 páginas el primero y 76 el segundo, y en cada página 45 renglones de 50 letras; el precio de cada tomo era dos reales, pero á pesar de su abundante lectura, de su reducido coste y de su forma popular, no se vendieron como el editor sin duda esperaba, ni fijaron las atenciones de la crítica y del público en el nombre, hasta entonces ignorado y desde entonces oscuro, de Silverio Lanza, cuyas restantes obras no se dieron á luz, deshechas las ilusiones por el desaire de que fueron objeto sus hermanas.

Sólo cinco años más tarde volvióse á pronunciar el nombre de Silverio, esta vez acompañado del de su testamento D. Juan B. Amorós, que al frente de los *Cuentecitos sin importancia* escribía lo que sigue, á guisa de prefacio:

«¡Cuánto trabajo he perdido en coleccionar los cuentos de Silverio Lanza! ¿Y para qué?....

»Luchando heroicamente con mi pobreza, he logrado de ella algunas pesetas con que publicar este tomo.

»¡Quizá no publique otro!

»Por eso he reunido en él cuentos de casi todas las colecciones, no los mejores ni los más malos (que yo no sé distinguir en estas cosas), sino aquellos que, á mi juicio, sintetizan mejor el carácter de cada colección.

»Sentiré haberme equivocado.—J. B. A.»

Estas iniciales, que algunos años antes, impresas en las advertencias de los tomos primero y segundo, habían sido tan indiferentes á la curiosidad pública como la memoria del muerto, en 1888 fueron interpretadas por muchos que debajo del nombre de Silverio Lanza imaginariamente leían el de Juan B. Amorós, quien ya no era el último llegado ni el más desconocido; pero si su reputación literaria iba en aumento, á sus nuevas obras no les cabía mejor suerte que á las publicadas desde 1882 á 83.

El 89, casi del todo desesperanzado, encabezaba sus *Noticias biográficas acerca del Excmo. Sr. Marqués del Mantillo* con un proemio del que copio los párrafos que dicen:

«En ocho meses, he vendido ocho ejemplares» (de *Cuentecitos sin importancia*). «Los tres tomos que llevo editados han sufrido la misma suerte.»

«No es posible dudar aún: la opinión pública rechaza las obras de Silverio Lanza.»

«Ningún periódico me ha dado sitio en sus columnas para publicar los escritos de Silverio.»

«He dicho que Lanza es *el más fecundo y original de nuestros escritores contemporáneos*, y, aunque lo segundo es difícil probarlo, la demostración de lo primero es facilísima: es cuestión de dinero.»

Subrayo una frase demasiado atrevida, pero de la cual

prescindiré, pues de mi estudio, y no de los deseos de un hombre que se declara inepto para juzgar estas cosas (en el prefacio de *Cuentecitos sin importancia*), he de sacar mis afirmaciones.

*Ni en la vida ni en la muerte* y los *Cuentos políticos* han aparecido recientemente, ocasionando la primera de dichas obras al testamentario de Silverio Lanza gastos, molestias y angustias, con cierta filosofía sobrellevadas.

De los volúmenes que hasta el día se dieron á luz, nada más los dos primeros llevan en su portada el número de orden; aun el *tercero* (que ya no se lo llama explícitamente) conserva el título general (*Obras completas*, etc.) y la clase del papel de los anteriores, cambiando la tipografía y el precio (cuesta 2 pesetas). Los demás aparecen independientes y en forma distinta, pero copiando siempre con fidelidad la lista de obras próximas á publicarse.

Doy todas estas noticias, que parecerán tal vez triviales á determinados lectores, para que algunos, á quienes averiguarlas interesa, imaginen las dificultades que se oponen á un desconocido, por muchos que sean sus méritos y sus medios, cuando pretende que lea el *público* sus obras. Las de Silverio—dignas de atención, interesantes y agradables—no lograron vencer la indiferencia de los lectores, ni en edición popular, ni en forma corriente, ni acompañadas de ciertos atavíos, que ya se codean con el excesivo lujo.

Después de ocho años, durante los cuales el testamentario de Lanza no vió más positivos resultados de su empeño que gastos insoportables y fatigas sin cuento, dícenme que ha logrado hacer segunda tirada (lo cual representa por lo menos 1.000 ejemplares vendidos) de una obra del difunto (sin duda el tomo tercero).

¡Loado sea Dios! La constancia es un gran resorte cuando la fuerza da el primer impulso; y la fuerza para los artistas y los literatos incipientes, muchas veces no es más que la *resistencia*,—el talento imprescindible aparte, como alma y ser—un puñado de plata.

Al testamentario de Silverio no le faltaría, pues resistió; ahora ya bulle la memoria del muerto, gracias á la testaru-

dez aragonesa del vivo; tratemos de averiguar qué papel representa Silverio Lanza entre la pléyade fecunda de novelistas españoles, y á qué distancia le colocan sus inspiraciones de las modernas corrientes, que todo lo invaden y todo lo dominan.

La nota peculiar de Silverio Lanza no es decisiva ni basta para juzgarle hasta hoy, en que sólo han aparecido cinco de sus múltiples obras. El prologuista lo decía ya en el primer volumen: «Sólo podrá formarse idea de Silverio Lanza como literato cuando se haya publicado la colección completa de sus escritos;» y decía muy bien. Lanza se nos ofrece como un pensador, un hombre de ideas, casi como un filósofo, y las *ideas* esparcidas, por muy brillantes que sean, poco indican, porque—según la opinión de un ilustre publicista, que no publicó nada—en este siglo se roban más ideas que pañuelos; y el filósofo sólo aparece cuando del ciclo de sus obras puede fácilmente desprenderse una filosofía, y por ahora, de los cinco volúmenes de Silverio que conozco, es difícil entresacar nada que sea definitivo.

Desde luego afirmo que todas las novelitas de Lanza podrían encerrarse bajo un título general: *Cuentos del delirio*; en todas entra la imaginación más que la observación; los procedimientos empleados para construirlas, apartándolas con frecuencia de la realidad sensible, hieren á la imaginación con más poderosa energía que al entendimiento. Lanza puede hacer pensar, pero no hacer sentir; de sus delirios brota más fácilmente una idea que una lágrima.

Emplea pocas descripciones y usa casi en todos los cuentos que hasta hoy lleva escritos el diálogo rápido y contundente, sin cotas y sin referencias que nos aclaren la interesante actitud de las figuras; el *cuadro* se muestra borroso y el pensamiento reina. Lo que aprende un ciego escuchando una representación dramática, deduce un lector de cualquier libro de Silverio: la idea, la frase desnuda, el diálogo seco, sin luz, sin aroma, sin movimientos expresivos; una tempestad donde sólo se perciben los rugidos del trueno, el azote del granizo y la violencia del viento. Basta hojear cualquier tomo de los publicados por J. B. A.: la mayor

parte de los renglones empiezan por un guión y una mayúscula, y cuando así no sucede, podrían ponerse los párrafos nutridos de letra en semejante forma; copiemos uno cualquiera:

«LAS olas que buscan el cielo me ocultan la tierra. LA »suerte ha pescado hoy conmigo. Estos peces brillan como »la plata que me producirá su venta. ESTOY alegre y nos- »otros pensamos cuando nos va bien. MIS pensamientos son »tristes como las iglesias que hay en los campos. LA soledad »nace vestida de luto,» etc., etc. (*Cuen. s. imp.*, pág. 133.)

Pero como esto lo reflexiona un personaje, veamos cuando habla el autor:

«VENANCIA, la gordinflona, y Celestina están sentadas alrededor de la estufa. SU actitud es perezosa. DUERMEN ó meditan. LA mayor parte,» etc., etc. (*Mala cuna y mala fosa*, página 52.)

Así como Salvador Rueda pinta elipses y parábolas para mostrarnos la luz ó el perfume, Silverio las describe para patentizar un pensamiento; pero así como aquél no siempre logra su deseo, confundiéndose muchas veces en un laberinto de líneas quebradas y arcos variados, más oscuro que una noche sin luna, éste no siempre halla la feliz expresión que desea, retorciéndose dolorido como si le oprimieran la médula con unas tenazas.

Véase, por ejemplo:

«Érase una mujer..... Blanca, rubia, hermosa. Como la primera materia produciendo la atracción única, en fuerza que no se descompone.» (*Cuen s. imp.*, pág. 129.) «Y así era la luz de la idea y el calor del movimiento. Y era el amor, que es luz y calor á un tiempo mismo.» (Ídem.)

Pero muchas veces atina cuando más ligera y sencillamente razona:

«Dejé los muertos sin luz y los vivos ciegos de asombro.» (Ídem, pág. 154.)

«El robo es un delito. Yo lo creo así porque me lo ha dicho un pobre: los ricos no entienden de estas cosas.» (Ídem, página 165.)

Como en el diálogo de los personajes, en la concepción y el

desarrollo de los asuntos, y en la forma literaria que viste sus ideas, no hay una sola nota personal, característica, nada que determine, nada que convenza; ni costumbres, ni tipos nacionales, ni siquiera una fantasía independiente ni una sintaxis atrevida; los mejores cuentos de Silverio—y los hay muy hermosos—podrían traducirse al inglés ó al ruso, sin llevar el más pequeño rastro de su jerarquía española. Esto, que para la traducción podría ser una ventaja, en el original es un defecto, porque le hace asemejarse á una traducción.

Si ya no estuviese muerto Silverio Lanza, sería prudente aconsejarle que se fijara un poco más en la lectura de sus autores favoritos, entre los cuales figuraron, sin duda, Poe y Hugo, para que comprendiese de qué modo, aun lanzados en los delirios más inverosímiles de la fantasía, conservan un sello de *patria*, una nota característica que imprime á sus personajes más ideales un tipo marcado de nacionalidad; y en qué forma, dejando siempre al pensamiento la supremacía, saben cubrirlo con elegante ropaje, no de confección difícil y estudiada, sino de culta, briosa y espléndida hermosura.

Lástima inspiran las desnudeces y los andrajos literarios con que se presentan muchas veces en las obras de Lanza pensamientos dignos de mejor fortuna.

Si el *difunto* hubiese procurado hacer más *literaria* su expresión, ¡cuánto más relieve alcanzara su filosofía!

Quizá en las obras que aún se conservan inéditas esté previsto y curado este descuido.

Perdóneme la sombra de Silverio y perdone su editor, que tanto le ama y con tal benevolencia le juzga, este juicio, acerbo y duro por tratarse de un muerto.

¿Mi sinceridad puede servir de algo todavía?

Creo que sí; con esta confianza me tranquilizo, porque siempre me ocasiona zozobra decir verdades amargas.

PALMERÍN DE OLIVA.



## LA CALLE DE LA ALAMEDA

### I

En los tiempos de privanza  
Del Conde-Duque de Lerma,  
Tiempos que á España le dieron  
Más desdoro que grandeza,  
Y en los que con vana pompa  
Se disfrazó la miseria,  
Era el sitio predilecto  
De las damas madrileñas  
Un paseo que nombraban  
Paseo de la Alameda.  
Hallábase el tal paseo  
Donde hoy la calle que lleva  
Aquel título, y del Prado  
En la inmediación se encuentra.  
Formábale una explanada  
Con mal piso y buena cuesta,  
Tan ancha para ser calle  
Como para plaza estrecha.  
Especie de corralón,  
Enclavado entre las cercas  
Del jardín del Conde-Duque

Y las que, de aquél fronteras,  
Doña Francisca Romero  
Puso después á su huerta,  
No ostentaba más ornato  
Que hiciese su estancia amena  
Sino unos álamos viejos,  
De ancho tronco y copa escueta,  
Que contaban buenamente  
Menos hojas que goteras,  
Y unos bancos de ladrillo  
Festonados por la yerba,  
Desgastados por el uso  
Y empotrados en la tierra.  
No faltó en el Mentidero  
Quien mostrase su extrañeza  
De que tan pobre paseo  
Tan en boga estar pudiera,  
Ni tampoco algún hidalgo,  
De mal genio y peor lengua,  
Que entre mil votos dijere  
Ser ya caso de vergüenza  
Que el favor del favorito  
Alcanzase á la plazuela,  
Y lo mejor de la villa,  
Su más ínclita nobleza,  
Haciendo de su buen nombre  
Y de su propio honor mengua,  
Se rebajase hasta el punto  
De ilustrar con su presencia  
Sitio tal, digno tan sólo  
De rufianes y mancebas.  
Mas fuese por lo que fuese,  
Que esto al caso no interesa,  
Es lo cierto que era entonces  
La favorita alameda  
Palenque de la hermosura  
Y albergue de gentileza,  
Que allí á diario acudían

Las más preciadas bellezas,  
Los más apuestos galanes,  
Los más insignes poetas,  
Próceres, covachuelistas  
Y, en suma, cuantos pudieran,  
Por la cuna ó el talento,  
El valor ó la riqueza,  
Ser orgullo de la corte  
Y de su cultura emblema.  
Y era asombro y maravilla  
Ver la mezquina plazuela,  
Con sus derruídos bancos  
Y sus desconchadas cercas,  
Con sus álamos caducos,  
Su mal piso y buena cuesta,  
Alojar en su recinto  
Tanto boato y grandeza,  
Ahogo de su estrechez  
Y escarnio de su miseria.  
Tantas damas y galanes,  
Barbilindos y doncellas,  
Ornados de plata y oro  
De diamantes y de perlas,  
Desde el chapín al tocado  
Y del sombrero á la espuela,  
Formando allí vasto mar  
De gasas, plumas y sedas,  
Ormesíes y brocados,  
Brazaletes y diademas.  
Mar revuelto en que flotaban  
Bulliciosas y traviesas  
Las tentadoras tapadas,  
Que al amparo de sus dueñas  
Daban al amor antojos  
Y ocasión á mil pependencias.  
Y no era extraño en verdad  
Que á tal sitio concurrieran  
Las damas y los galanes,

Barbilindos y doncellas,  
Si en tal sitio siempre hallaban  
Cumplimiento las promesas,  
Dulces miradas las ansias,  
Correspondencia las señas,  
Alicientes el deseo  
Y satisfacción las quejas.  
Que allí en diálogos festivos,  
Entre celos y ternezas,  
Entre juro y reproches  
Y desdenes y querellas,  
La culta galantería,  
De aquella edad ley suprema,  
Prodigaba sus donaires,  
Discreteos y agudezas,  
Por más que allí muchas veces,  
Trocando en duelo la fiesta,  
Se oyesen votos y pesies  
É imprecaciones tremendas  
Al chocar de los aceros,  
Y tras confusión inmensa,  
Tras los sustos y sollozos  
De las damas y las dueñas,  
Entre el bullir de los pajes,  
Rodrigones y literas,  
Apareciese tendido  
Algún galán yerto en tierra,  
Que así era en aquellos tiempos  
De fiebre caballeresca  
Tal cual vez el desenlace  
De las galantes empresas.

## II

Tal de la Alameda dicen  
Las crónicas de aquel tiempo,  
Tan copioso de valientes

Como fecundo en ingenios,  
No menos que en aventuras,  
Intrigas y galanteos.  
Tiempo en que andaba el amor  
Tan osado y desenvuelto  
Que, al abrigo de las sombras  
Y á la sombra del misterio  
Que á sus ardidés brindaban  
Los mantos y ferreruelos,  
Se explayaba al aire libre,  
Sin otro amparo que el cielo.  
Tiempo, en fin, al que carácter  
Y especial renombre dieron  
Aquellos nobles galanes,  
Aquellos bravos mancebos  
Que asombro fueron al mundo  
Por sus galas y sus fieros,  
Y en cuyas alegres fiestas  
Y amorosos devaneos  
Era un azar cada paso  
Y cada paso un tropiezo,  
Cada tropiezo una riña  
Y cada riña era un duelo.  
.....  
.....  
Hoy tan sólo queda el nombre  
De una calle que el recuerdo  
Conserve de tan antiguo  
Y celebrado paseo,  
Que debió al favor su vida  
Y al favor sucumbió luego,  
Al terminar el reinado  
Del Rey Felipe tercero.

MARIANO GALLEGO.



## RELACIÓN

QUE HIZO DE SU VIAJE POR ESPAÑA LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN 1679

*Continuación (1)*

Volviendo á tratar de lo que se hace por lo común en tales ocasiones, veréme obligada á decir que cuando los disciplinantes, que de tal modo se sacrifican por Dios, vuelven á sus casas, espérales una magnífica cena preparada con todo género de manjares, y esto sucede con frecuencia en un viernes de Semana Santa. Sin duda, luego de realizar una penitencia tan difícil, júzgase con derecho á dejarse vencer un poco por el pecado. Primeramente, hácese frotar las espaldas el disciplinante con esponjas impregnadas de vinagre y sal para que las heridas no se enconen; luego siéntase á la mesa con sus amigos y recibe de todos las alabanzas y los aplausos que juzga bien merecidos. Cada uno á su vez le dice que no hay memoria de hombre que más gallardamente se disciplinara; exagéranse los gestos ponderando con exceso las actitudes, y más que nada, la dicha de la señora por quien se realizó semejante galantería. Transcurre toda la noche muy divertida entre aquellos manjares deliciosos y estos cuentos exagerados, y algunas veces el que tan bien se ha sacudido queda enfermo hasta el punto de no poder asistir á la misa el día de Pascua. No creáis que añado poco ni

---

(1) Véase la pág. 402 de este tomo.

mucho á la verdad en esta relación que os hago. Cuanto digo es tan cierto que puede tomarse al pie de la letra, y en caso de duda no sería difícil comprobarlo, pues nadie que haya estado en Madrid lo ignora.

También hay verdaderos penitentes que inspiran verdadera compasión; la túnica sólo les cubre desde la cintura y llevan arrollada en el desnudo cuerpo y en los brazos una cuerda de esparto, cuyas vueltas oprimen de tal modo la carne que toda la piel se pone amoratada y sanguinolenta. En la espalda llevan siete espadas metidas cuero adentro, produciéndoles nuevas y más dolorosas heridas á cada paso que dan, y como además llevan los pies desnudos y las piedras de la calle son puntiagudas, cáense con frecuencia los infelices. Otros no llevan espadas, cargando sobre sus hombros una pesadísima cruz, y tanto éstos como aquéllos, no son hombres vulgares acostumbrados al duro sufrimiento, sino personas de mucha calidad que van acompañados por varios pajes vestidos con túnicas y con la cara cubierta para que nadie los conozca, y éstos llevan vinagre, vino y otras cosas para ofrecerlas de cuando en cuando á su señor, que á veces cae rendido, casi muerto por los dolores agudos y la fatiga insoportable. Tan difíciles penitencias ya no son voluntarias galanterías; impónenlas ciertos confesores, y el que las realiza, pocas veces puede librarse de la muerte que le condena en breve plazo. Monseñor el Nuncio de Su Santidad me ha dicho que había prohibido á todos los confesores que aconsejaran penitencias tales; pero yo he presenciado muchas todavía; bien que ahora se supone la devoción de cada penitente como única inspiradora de tan rudos trabajos.

Desde el domingo de Ramos hasta el domingo de Pascua no se puede salir á la calle sin tropezar con penitentes de todas clases, y el día de Viernes Santo se reúnen todos formando parte de la única procesión que recorre las calles de la Villa, y á la cual asisten todas las parroquias y todas las órdenes. En aquel día vístense más las damas que en el de sus bodas; asómanse á los balcones, adornados con ricos tapices y colgaduras, y apíñanse á veces más de cien en una

sola casa. La procesión sale á las cuatro, y á las ocho muchas veces no ha terminado aun; imposible me sería citar á las innumerables personas que vi en ella, empezando por el Rey, D. Juan de Austria, los Cardenales, los Embajadores, los Grandes, los cortesanos, y todo el mundo de la Corte y de la Villa. Cada uno lleva un cirio en la mano y acompañándole, muchos de sus criados con antorchas; todos los estandartes y todas las cruces van cubiertos con una gasa negra; multitud de tambores, también enlutados, redoblan tristemente; las trompetas repiten ecos lastimeros. La Guardia real, compuesta por cuatro compañías de diferentes naciones, á saber, Españoles, Borgoñeses, Alemanes y de la Lancilla, llevan sus armas enlutadas y abatidas hasta el suelo. Hay grupos de imágenes que representan los *misterios* de la vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Las figuras son bastante malas y están mal vestidas; pero son tan pesadas que á veces no bastan cien hombres para llevar una peana sobre la cual se ostenta un *misterio*, y el número de peanas es muy crecido, porque cada parroquia tiene bastantes y salen todas. Recuerdo que uno de tales *misterios* representa la huída á Egipto; la Virgen va montada sobre un pollino muy bien enjaezado, cuyos arreos están cuajados de bellísimas perlas.

Es aquí obligatoria la comunión pascual; un cura de cada parroquia recorre todas las casas enterándose de cuántos individuos han de cumplir el precepto de la Iglesia y tomando sus notas en un registro. Al hacer la comunión, el cura da una cédula que justifica el acto verificado, y al domingo siguiente otro cura, recorriendo nuevamente las casas de los vecinos, cerciórase de cuáles adquirieron cédula y cuántos carecen del comprobante que acredita su buena conducta religiosa. Cada enfermo, que no pudo asistir á la parroquia, pone una colgadura en su puerta y recibe la comunión en su casa, con gran pompa, pues un lucido y devoto acompañamiento va por las calles custodiando á la Divina Forma.

Desde que llegué á Madrid, apenas he visto entierros verdaderamente suntuosos, exceptuando el de una hija del Duque de Medinaceli. Su ataúd, construído con preciosa madera

de las Indias, estaba cubierto por una funda de terciopelo azul atada con cintas de plata que terminaban en borlas del mismo metal. Iba en una carroza forrada de terciopelo blanco, con ramos y coronas de flores artificiales alrededor. Llevábanla de tal modo á Medinaceli, cabeza del ducado de este nombre. Ordinariamente se viste á los muertos con el hábito de alguna orden religiosa, y se les conduce con la cara descubierta hasta la iglesia donde van á ser enterrados. Á los cadáveres de las mujeres se les pone hábito carmelita, cuya orden inspira gran respeto, porque á su retiro se acogen las Princesas de sangre real, y hasta las Reinas cuando enviudan pasan en un convento del Carmen el resto de su vida, si el difunto Rey no les deja ordenada otra cosa, como lo hizo Felipe IV en favor de María Ana de Austria. Cuando una Reina es repudiada también se hace monja, porque no se le concede el derecho de volverse á casar. Los Reyes de España, creyéndose muy superiores á todos los Reyes del mundo, no aguantan que una Princesa sea esposa de otro después de haberlo sido suya.

Una hija natural que tiene D. Juan de Austria es carmelita en Madrid. Su belleza es admirable, y se cuenta que no ha sentido nunca deseos de tomar el velo; pero era éste su destino, como el de otras muchas jóvenes de su alcurnia no más contentas en su obligado encierro.

Estas religiosas llámanse Descalzas Reales, y á su retiro acógense también las damas del Rey, ya sean solteras ó viudas, las cuales forzosamente se amparan en la religión cuando el Monarca las abandona.

Hé admirado algunos manuscritos de Santa Teresa de Jesús, cuyo carácter de letra es legible, grande y regularmente bello. Doña Beatriz de Carrillo, su sobrina, los guarda cuidadosamente y me los ha enseñado. La mayoría son cartas con esmero recogidas y nunca impresas. Parecióronme gallardamente redactadas, y en todas ellas descubrí ciertas notas alegres y dulces, que caracterizan las obras de esta santa.

Durante la Cuaresma y en otras épocas del año, encuéntranse predicadores callejeros que, arrimados á una esquina,

pronuncian discursos tan mal aprendidos como poco fructuosos, pero satisfacen su buen celo y su deseo de sermonear. Sus más fieles oyentes con frecuencia son los ciegos, que representan aquí el papel de nuestros copleros del Pont-Neuf.

Cada ciego, guiado por un perrillo, va por las calles cantando romances y jácaras (hechos con viejas historias ó sucesos nuevos que afanoso el pueblo corre á escuchar); llevan un tamboril y una flauta que tocan á ratos. Con frecuencia relatan las desdichas del Rey Francisco I:

*Quand le roi partit de France,  
A malheur il en partit,*

que todo el mundo conoce. Esta historia la cantan en francés insoportable gentes que no saben una palabra de nuestro idioma; de lo que dicen los versos sólo entienden que el Rey fué prisionero de los españoles, y considerando muy gloriosa esta victoria, quieren popularizar su recuerdo. En el aposento donde vivió encerrado el Rey de Francia luce una flor de lis dorada, y es preciso confesar que le dieron por cárcel uno de los más hermosos edificios de Madrid, cuyas grandes ventanas, aunque tienen rejas de hierro, presentan los barrotes á tal distancia unos de otros, y con tal primor dorados, que nadie podría sospechar que allí estuvieran para impedir la fuga del cautivo. Sorprendióme la fastuosidad aparente de una casa que hacía las veces de calabozo, y supuse que sin duda quisieron desmentir en España aquel proverbio francés: «No hay prisión hermosa ni amores feos.»

Los muebles que aquí he visto son muy lujosos, pero no tan bien labrados como los nuestros; abundan los brillantes tapices, las ricas sillerías, las artísticas pinturas, los grandes espejos y las vajillas de plata; los Virreyes de Nápoles y los Gobernadores de Milán han traído de Italia muy buenos cuadros, los Gobernadores de los Países Bajos excelentes tapices, los Virreyes de Sicilia y Cerdeña bordados admirables y primorosas estatuas, los de las Indias piedras preciosas y finos metales; así, regresando con frecuencia todos, cargados con las riquezas de un reino, han inundado la villa y la corte con multitud de valiosos objetos.

Los muebles de las habitaciones se cambian dos ó tres veces al año. Las camas de invierno están forradas de terciopelo guarnecido de oro, pero son tan bajas y en cambio las colgaduras tan amplias, que se queda como enterrado el que se acuesta en ellas. En verano ni cortinas ni nada que la oculte se pone alrededor de la cama, lo cual hace muy feo; sólo alguna vez se la cubre con una mosquitera.

Mientras hace frío habítanse los aposentos altos, á veces hasta los cuartos pisos, y cuando aprieta el calor recógense las familias en los más bajos, que por cierto son bastante incómodos. Todas las casas tienen doce ó quince salas y dormitorios en su planta baja; estas piezas, por lo común, son más largas que anchas; los techos no están pintados ni dorados y son de yeso, lisos, tan blancos que ofenden á la vista, porque todos los años los limpian y blanquean de nuevo, haciendo lo mismo con las paredes, que brillan como si fueran de mármol. El suelo de las habitaciones de verano está construído de manera que absorbe mucho el agua, ofreciendo luego una frescura por demás agradable. Cada mañana se riega todo y luego se tiende una esterilla de paja muy fina pintada de variados colores. Las paredes por su parte inferior cúbrese también con esterilla de la misma clase para que su frescura no incomode á los que se arrimen á ellas; cuélganse de su parte superior cuadros y espejos; los almohadones de brocado se colocan sobre la estera, lo mismo que algunas mesitas y escaparates muy hermosos, entre tios de plata donde se arraigan naranjos y jazmines. Durante el día las cortinas cubriendo las ventanas libran del sol, y al anochecer salen las gentes á pasearse por los jardines, que son magníficos en algunas casas, adornados con multitud de grutas y fuentes; el agua es aquí muy abundante y muy buena. Entre los principales cuéntanse los del Duque de Osuna, del Almirante de Castilla, del Condestable y de la Condesa de Oñate; pero vanamente pretendo especificar, porque son muy numerosos los que reúnen mil atractivos.

Creo que con las precauciones que aquí se toman, por muy excesivo que sea el calor, no puede incomodar mucho. Desde las familias de los grandes personajes hasta las de

más humilde nacimiento, no hay ninguna que deje de ocupar en verano un piso bajo proporcionado con sus medios; los que no pueden hacer más, habitan de buena gana cualquier insignificante bodega. Hay pocos obreros y no mucho comercio en Madrid, donde apenas se ven más que personas de calidad y los criados de éstas. Exceptuando siete ú ocho calles donde abunda el comercio, no se ven por la villa otras tiendas que aquellas en que se despachan confituras, licores, aguas heladas y pasteles.

No quiero pasar por alto una noticia: muchas personas, sin contar los Príncipes, los Duques y los titulados (aquí muy numerosos), usan en sus casas doseles; aunque tengan treinta ó más habitaciones, en cada una ponen su dosel. Mi parienta en su casa tiene veinte (ya dije que la hizo el Rey Marquesa de Castilla). Admiro mi propia gravedad cuando me veo debajo de un dosel, sobre todo mientras me sirven de rodillas el chocolate dos ó tres pajes vestidos de negro como verdaderos notarios. Es una costumbre á la cual no me puedo acostumbrar, porque me parece que tanto respeto sólo debe exigirse para servir á Dios; pero aquí es de uso tan corriente que hasta el aprendiz de un zapatero, para presentar un zapato á su maestro, hinca la rodilla en el suelo.

Pocos alcanzan á tener en Francia un mobiliario tan espléndido como usan aquí las personas de posición elevada. Es necesario verlo para juzgar de una diferencia tan grande. Nunca se hace uso de vajillas estañadas, y sólo las de plata y las de porcelana sirven en las mesas, y hay que tener presente que un plato aquí no es menos pesado que una fuente en Francia, porque se requiere una solidez extraordinaria como condición esencial de tales objetos.

El Duque de Alburquerque, muerto hace algún tiempo, había empleado mes y medio para pesar al inventariarla su vajilla de oro y plata, compuesta, entre otras muchas cosas, por mil cuatrocientas docenas de platos, cincuenta docenas de fuentes y setecientas bandejas; el resto del servicio estaba en la misma proporción, y además tenía cuarenta escalones de plata para llegar á lo más alto de su aparador, formado por gradas como un altar y ocupando una sala inmensa.

Cuando me hablaron de tanta opulencia, creyendo que se burlaban de mí, pregunté á D. Antonio de Toledo, hijo del Duque de Alba, si era cierto aquello, y me aseguró que su hermano, sin considerarse rico en vajilla de plata, poseía seiscientas docenas de platos y ochocientas fuentes. Tan espléndido servicio no se hace necesario más que en convites de grandes bodas, donde abunda en todo la magnificencia. El motivo de esa riqueza consiste en que las vajillas de plata vienen ya labradas de las Indias y no pagan derechos reales. Su hechura es bastante tosca, como la de las monedas que se acuñan en los galeones mientras éstos regresan de aquel país.

Es cosa digna de compasión el mal arreglo en las casas de los magnates, muchos de los cuales no quieren ir á sus estados (así llaman á las tierras, villas y castillos de su propiedad) y pasan la vida en Madrid, poniendo todos sus bienes en manos de un administrador que finge mucho interés hacia su dueño y sólo por su particular provecho se afana, mientras el magnate no se digna siquiera enterarse de si le dice verdad ó mentira; descender á tal información sería para su altivez una ruindad. Esto me parece un abandono muy grande, y juzgo un defecto no menor adquirir tal profusión de vajilla para comer de ordinario un par de huevos y un pollo.

Pero no sólo en estas cosas yerran; en otras muchas también suelen descuidarse, y no es lo mejor atendido cuanto se refiere al gasto cotidiano de la casa. Nadie hace provisiones de nada, y todos los días es preciso comprar á fiado lo que hace falta de la panadería, de la carnicería, de la pastelería y de todas partes, ignorando siempre lo que los vendedores apuntan en sus libros y no rectificando nunca sus cuentas, con frecuencia exageradas y mentirosas.

Muchas veces cincuenta caballos en una cuadra, no teniendo paja ni cebada, muérense de hambre; y, cuando alguna persona, sea cual fuere su condición, después de acostarse necesita cualquier cosa, vese obligada seguramente á prescindir de lo que desea durante toda la noche, porque no ha quedado nunca en la casa ni vino, ni agua, ni pan, ni carne,

ni carbón, ni velas, nada enteramente, pues aunque todo se comprara muy abundante, los criados tienen la costumbre de llevárselo todo al retirarse, y así cada día es necesario hacer las mismas provisiones. En general se desprecia tanto el comercio, que no se hallaría hidalgo pretencioso (aun entre aquellos cuyos recursos escasos les obligan á sobrellevar una dura existencia) capaz de regatear una tela, una puntilla ó una joya, ni de recoger la vuelta cuando el tendero se la ofrece porque el valor de las monedas desembolsadas exceda al precio de las mercancías; como si eso no fuera bastante todavía, ofrecen al vendedor por el trabajo de haberles complacido una cantidad más grande á veces que la representada por los objetos comprados. Así, cuando alguien adquiere las cosas á precio justo, débelo á la conciencia del comerciante, que no quiso abusar de las ventajas que le ofrece un orgullo tan exagerado, y como son muchos los que toman á cuenta cuanto necesitan, sosteniendo algunas veces créditos de diez años, no son pocos los que se hallan al fin agobiados por las deudas.

Raras veces dan ocasión los que así obran á que intervenga en sus asuntos la justicia, y espontáneamente reparten sus bienes para evitarse un proceso; reuniendo á sus acreedores, les ofrecen una parte de sus tierras para que, gozándolas un cierto número de años, salden sus deudas, ó se las ceden por completo, reservándose sólo una renta vitalicia que no puede ser nunca reclamada por los nuevos acreedores que más adelante presten algo al arruinado caballero. Para que nadie pueda engañarse, publíquense los tratos hechos por el señor con sus prestamistas. Todo el papel de oficio está sellado y cuesta bastante. En cierta época se distribuyen los procesos que ya se han instruido en Madrid sin resolver gran cosa; métense dentro de un saco los documentos de una parte, dentro de otro los de la otra, y los que abarca la instrucción en un tercero. Al llegar el tiempo elegido envíanse á los tribunales más lejanos, y como se guarda con mucho secreto un registro en el cual se inscriben los lugares adonde los procesos fueron enviados, nadie sabe nada del suyo hasta que se decreta la sentencia. Esto evita

recomendaciones y solicitudes, que deben siempre ser prohibidas.

En cuanto á los asuntos que sin salir de Madrid se ventilan, sea en la corte, sea en la villa, suelen arruinar á los interesados por su mortal duración.

Los escribanos españoles son muy tunantes y explotan lindamente su oficio.

Hay varios tribunales, distintos siempre, compuestos por personas de alta calidad y en su mayoría organizados militarmente. El primero es el Consejo de Estado, y los otros llámanse Consejo Supremo de Guerra, Consejo Real de Castilla, Consejo de la Santa Inquisición, Alcaldía de Corte, Consejo de las Órdenes Militares, Consejo Sagrado Supremo y Real de Aragón, Consejo Real de las Indias, Cortes de Castilla, Consejo de Italia, Consejo de la Santa Cruzada, Consejo de Flandes, etc., etc.

Utilízase tan poco el producto del capital y se le descuida tanto, que cuando un padre muere dejando su fortuna en metálico y alguna hija soltera, guárdase todo el dinero en un fuerte cofre, despreciando el interés que podía producir. Por ejemplo, el Duque de Frías dejó al morir, á sus tres hijas, seiscientos mil escudos contantes y sonantes, que fueron encerrados en tres cofres.

La mayor de las niñas no tenía entonces siete años; ahora se ha casado en Flandes, y los tutores que guardaban las llaves de los cofres han abierto uno que constituía el dote de la novia.

El palacio real de Madrid está situado sobre una colina cuya falda bordea el río Manzanares. Desde sus ventanas puede tenderse la vista por una extensa llanura, que ofrece un panorama muy agradable. Á palacio se va desde el centro de Madrid por la calle Mayor, que verdaderamente es muy larga y bastante ancha, estando formada por casas de buen aspecto. La puerta principal del palacio se abre sobre anchurosa plaza, y por muy alta que sea la condición de los personajes que asisten á la corte, vense obligados á dejar sus carrozas antes de llegar al patio principal, exceptuando aquellos días en que se celebran en el patio fuegos artificiales ó

fiestas de máscaras. Unos cuantos alabarderos hacen guardia en la puerta, y como al verlo por primera vez me pareciese cosa rara que á un rey tan poderoso custodiara tan escasa gente, díjome un español:—¡Como! Señora, ¿no estamos aquí todos para guardarle? El Monarca reina de tal modo en el corazón de los súbditos, que no abriga temores ni desconfianzas.

El palacio está situado en un extremo de la villa, hacia el Mediodía, y es de piedra y ladrillo; su fachada principal presenta un aspecto bastante regular, cosa que no sucede con el resto. Dentro hay dos patios cuadrados; el primero tiene dos grandes terrazas sostenidas por pilares que forman arcos elevados. La balaustrada es de mármol y también lo son los bustos que la adornan, y me ha parecido cosa muy singular que los de mujeres lleven colorete en las mejillas y en los hombros. Éntrase por unos hermosos pórticos que terminan al pie de la escalera, la cual es bastante ancha y conduce á varias habitaciones llenas de preciosos cuadros, tapices admirables, estatuas excelentes, muebles magníficos, en una palabra, todo lo que conviene á un palacio real. Pero éste tiene muchos aposentos oscuros que no reciben luz más que por la puerta, porque carecen de ventanas, y los que las tienen tampoco están muy claros, porque sus aberturas son mezquinas. Dicen los españoles que hacen esto para evitar el sol, pues los calores son aquí extraordinarios; pero puede atribuirse tal costumbre á la escasez y subido precio del cristal. Hasta en palacio, como en otras casas, hay muchas ventanas sin cristales. Esta carencia no aparece al exterior, porque la encubren las celosías; y, cuando se quiere alabar una casa para indicar que reúne toda clase de condiciones, dícese aquí: En una palabra, tiene hasta cristales. Los balcones del palacio real están dorados, y esto lo hermosea mucho.

Muchos creen que *Le Chateau de Madrid* que Francisco I mandó construir cerca del bosque de Boulogne se hizo tomando por modelo el palacio del Rey de España, pero esto es un error, pues nada se parece menos. Los jardines no responden á la magnificencia de este lugar, no siendo espaciosos ni estando tan bien cultivados como debieran; extién-

dense hasta el borde del Manzanares y están rodeados por un muro, pero si ofrecen alguna hermosura, débensela solamente á la naturaleza. Ahora se trabaja con afán preparando las habitaciones que han de servir á la nueva Reina; todo su servicio está nombrado, y el Rey la espera con gran ansiedad.

El Buen Retiro es una residencia real situada junto á una de las puertas de la villa. Primero el Conde-Duque hizo construir un pequeño edificio que llamó la Gallinera, con objeto de guardar allí algunas aves raras que le habían regalado, y como iba con mucha frecuencia á verlas, la situación de aquel lugar, sumamente agradable, le indujo á levantar allí un pequeño palacio de forma cuadrangular, formado por cuatro pabellones. En medio hay un jardín lleno de flores y un surtidor que arrojando con fuerza el agua sirve para regar las plantas. La parte construída tiene poca elevación, y esto me parece un defecto; sus habitaciones son anchurosas, magníficas y adornadas con bellas pinturas. En todas partes lucen el oro y los colores vivos.

En una extensa galería vi un cuadro que representaba la entrada de la Reina Isabel á caballo y vestida de blanco, luciendo un sombrerillo guarnecido con piedras preciosas, plumas y una garzota; parece algo gruesa, de blanca piel y muy simpática; sus ojos son hermosos; su semblante, dulce y espiritual. El salón en donde se representan las comedias, de una forma muy conveniente y de bastante capacidad, está hermoseado por estatuas y bellas pinturas. Con mucho desahogo pueden estar quince personas en cada uno de los aposentos, que todos tienen celosías, y en el que ocupa el Rey son doradas; no hay orquesta ni anfiteatro, y el público se sienta en largos bancos. Junto á la terraza vese la estatua ecuestre de Felipe II fundida en bronce, cuyo valor es grande; los curiosos entretiénense copiando el caballo. La valla que cierra el Retiro tiene una legua de extensión, y esparcidos por los jardines, en varios lugares, hállanse algunos pabellones muy bonitos y bastante grandes para ofrecer un cómodo alojamiento. Son excesivos los gastos que ocasiona la conducción de agua para el riego y para llenar

un hermoso estanque donde navegan pequeñas góndolas pintadas y doradas que pertenecen al Rey, el cual pasa los fuertes calores del estío retirado en aquellos lugares, donde las fuentes, los árboles y las praderas, refrescando el ambiente, hacen la estancia muy agradable.

La Casa de Campo no es muy grande, pero está bien situada cerca del Manzanares; los árboles son allí muy altos y ofrecen agradable sombra; el agua no escasea y corre apaciblemente hasta llegar á un estanque rodeado por grandes encinas. La estatua de Felipe IV está colocada en el jardín; este lugar, bastante abandonado, tiene casa de fieras, donde he visto leones, osos, tigres y otros animales feroces que se aclimatan bien en España. Van á pasearse por la Casa de Campo los señadores de oficio y las damas que desean andar por lugares escasamente concurridos.

El Manzanares es un río que no entra en la Villa, y en ciertas épocas no parece arroyo siquiera, ofreciendo su cauce seco, pero en otras engruesa rápidamente y se sale de madre, arrastrando cuanto á su paso encuentra. Durante el estío sirve de paseo para los coches, y en invierno inunda todos los campos vecinos. Esto es ocasionado por el deshielo de las nieves que cubren las montañas y se precipitan en poderosas torrentes hasta el Manzanares, por encima del cual hizo construir Felipe II el puente llamado de Segovia, más hermoso acaso, ó tanto por lo menos, que *Le Pont-Neuf* tendido sobre el Sena en París. Cuando los viajeros llegan al puente de Segovia suelen reirse mucho, pareciéndoles ridículo que se haya construído un puente tan hermoso y tan largo sobre un cauce sin agua, y alguno ha dicho con gracia que aconsejaría la venta del puente para comprar agua con el producto.

La Florida es una residencia muy agradable, cuyos jardines me han gustado mucho; vi en ellos estatuas de Italia esculpidas por la mano de los mejores maestros, aguas corrientes que producen agradable murmullo, flores hermosas cuyo aroma encanta los sentidos, pues allí se cultivan cuidadosamente las más raras y las más odoríferas. Desde la Florida puede bajarse al Prado Nuevo, donde hay surtidores y

árboles muy elevados; es un paseo en extremo agradable, y aunque no es llano el terreno, la cuesta se hace tan dulce que no produce ningún cansancio.

Más allá encuéntrase todavía la Carzuela, donde se gozan bellezas verdaderamente campestres y donde hay algunas habitaciones bastante frescas para que descansen los Reyes cuando regresan de una cacería.

El primer día de Mayo hubo fiestas fuera de la puerta de Toledo, en un lugar llamado el Sotillo, y allí acudieron todos los habitantes de la corte y de la villa. Yo fui también, más para ver que para ser vista, aunque mis vestidos á la francesa, distinguiéndome de las demás, dieron ocasión á que todos repararan en mí.

Las mujeres de nobles familias no concurren á los paseos públicos más que en el día de su boda, y aun aquel día van solas en el coche con su esposo, muy compuestas y atildadas.

Es cosa de ver el efecto que producen dos figuras así, una frente á otra, tiasas como cirios y que se miran sin decir en una hora una sola palabra.

En días determinados todo Madrid se pasea por los sitios preferidos, exceptuando el Rey, que va raras veces, y al pequeño número de personas que le hacen la corte. Resulta muy incómodo el uso de los tiros largos, porque hacen que los caballos ocupen mucho sitio, estorbándose unos á otros; las damas que no pertenecen á la primera nobleza van á los paseos en coche, llevando las cortinillas cerradas y mirando al exterior por pequeños cristales colocados en el testero de la carroza. Al anochecer salen cubiertas y de *incógnito* muchas damas que gozan yendo al Prado á pie, con sus mantillas blancas bordadas en negro, bajo las cuales ocultan el rostro. Solamente las mujeres vulgares y las aventureras usan tales mantillas, pero algunas veces, como he dicho, verdaderas damas de la corte se presentan con tales atavíos. Los caballeros, apeándose al verlas, les dedican frases galantes y donosas; pero si ellos atacan bien, ellas no se defienden peor.

El Conde de Berka, Embajador alemán, me ha relatado que mientras cenaba el otro día con las ventanas cerradas á causa del frío, sintió que golpeaban las celosías de la sala,

y mandando á un criado para que averiguase lo que pasaba, supo que tres mujeres envueltas en sus mantillas iban á rogarle que abriese las ventanas para poder verle. El Conde las invitó á entrar diciendo que en la sala estarían más cómodas, y ellas accedieron, sin descubrirse, quedando de pie arrimadas á un rincón mientras él estuvo sentado á la mesa. En vano les rogó que tomaran sillas y comieran dulces, porque no quisieron aceptar ningún obsequio, y después de haberle dado muchas bromas donde lucieron la viveza de su ingenio en cultas y brillantes expresiones, retiráronse; pero el Embajador las había conocido: eran las Duquesas de Medinaceli, de Osuna y de Uceda; pero queriendo cerciorarse mejor que por sencillas presunciones, las mandó seguir, y el criado que las escoltaba viólas entrar en su palacio por una puerta falsa donde varias doncellas las recibieron. Estas diabluras no siempre se hacen con la misma inocencia.

Cuando llega la noche, los hombres que se pasean en el Prado á pie, acércanse á las carrozas donde ven damas, y arrójanles flores y aguas perfumadas; si se les permite, entran en la carroza con ellas.

Refiriéndome nuevamente al paseo del primer día de Mayo, diré que me parece muy agradable ver á las gentes acomodadas y á las del pueblo descansando en los trigos ó en la ribera del Manzanares, unos á la sombra, otros tomando el sol; unos con sus mujeres y sus hijos, otros con sus amigos ó sus novias; unos comiendo ensaladas de ajos y cebollas, otros huevos duros, otros jamón y hasta *gallinas de leche*. Todos beben agua solamente, y tocan la guitarra y el arpa. El Rey asistió á la fiesta, acompañado por D. Juan de Austria, el Duque de Medinaceli, el Condestable de Castilla y el Duque de Pastrana. Yo solamente vi su carroza recubierta de hule verde, tirada por seis caballos de los más hermosos del universo enjaezados con cascabeles de oro y lazos encarnados. Las cortinas de la carroza eran de damasco verde con una franja de oro, pero iban tan bien cerradas que no se veía lo más mínimo.

Es costumbre que cuando pasa el Rey paren los paseantes sus coches y bajen las cortinas en señal de respeto, pero nos-

otras, siguiendo la costumbre francesa, dejamos abiertas las nuestras contentándonos con hacer un profundo saludo. El Rey notó que yo llevaba un perro faldero que la Marquesa de Alhuye, señora muy amable, me había rogado llevar á la esposa del Condestable Colona, y como yo quería mucho al animalito, esta última me lo enviaba con frecuencia. El Rey me pidió el perro por conducto del Conde de los Arcos, capitán de la guardia española, que aquel día iba, montado, al estribo de la real carroza, y en cuanto le cogió en brazos acaricióle, admirando el hermoso collar de cascabeles y las campanillas que llevaba el animal en el cuello y en las orejas. El Rey tiene una perra llamada Daraxa, á la que quiere mucho, y para ésta me pidió aquellos adornos. Excusado es decir cuál fué mi respuesta, y cuando el Conde de los Arcos me devolvió el perro faldero sin collar y sin campanillas, trájome también una caja de oro llena de dulces, rogándome que como recuerdo la admitiese. No es mucho el valor de tal joya, pero la estimo por venir de quien viene.

Fué sin duda D. Juan, uno de los amigos de mi parienta, quien había hecho notar al Rey que yo estaba en Madrid, porque yo hasta entonces no había tenido el honor de verle.

Dos días después, cuando yo estaba sola en mi aposento ocupada con mi labor, vi entrar á un hombre desconocido, pero cuya presencia y agradable fisonomía me hicieron juzgarle persona de calidad; díjome que, no habiendo encontrado á mi parienta, había resuelto esperar á que regresara, porque le traía una carta. Después de hablar un rato, hizo recaer la conversación acerca de D. Juan, dándome á entender que se figuraba que yo le veía con frecuencia. Repliquéle que, después de mi llegada, el Príncipe había visitado á mi parienta, pero sin preguntar por mí.—Sin duda estaríais enferma en aquella ocasión—dijo el desconocido.—Ni un día estuve enferma desde que llegué á la corte—respondíle,—y siento no haber conocido á D. Juan, porque deseo verle y oírle, ya que tanto bien y tanto mal se dice de su conducta, y querría juzgar en lo que se le hace justicia ó agravio. Mi parienta, á quien yo he confiado estos pensamientos, me ha dicho que no había medio de realizarlos, porque don

Juan es devoto excesivamente y no quiere ni hablar á ninguna dama.—¿Será posible—dijo el desconocido sonriendo—que la devoción le haya puesto en tal estado? Puedo asegurar que un día preguntó por vos y le dijeron que teníais fiebre.

Mi parienta, entrando en aquel momento, quedó muy sorprendida de ver á D. Juan conmigo, y mi sorpresa no fué pequeña cuando descubrí el nombre de aquel personaje. Hablando los dos, él le dijo que no podía perdonarle la idea que de su carácter le había hecho formar, pues ni era beato ni creía que la devoción hiciera salvajes á las gentes.

Parecióme D. Juan un hombre bien portado, galante, de maneras extremadamente delicadas y de un ingenio admirable. Como mi parienta no es lerda, defendióse muy bien contra los reproches que se le hacían; pero cuando salió D. Juan de mi aposento, reprendióme por haberle dicho que yo no había estado enferma. Excuséme diciéndole que yo no sabía lo que ella dijo ni pude adivinarlo, y me contestó que en la corte era necesario adivinar, á menos de aparecer con gusto como un personaje imbécil. Hablando con el Príncipe de los asuntos reales, mi parienta le había preguntado si era cierto que la Reina madre pidió al Rey una entrevista y que éste se la negó. D. Juan de Austria dijo que sólo esta razón privaba á S. M. de ir á Aranjuez, por miedo de que allí fuera á buscarlo la Reina, á pesar de que le estaba prohibido salir de Toledo.—¿Cómo, señor!—dije yo,—¿el Rey no quiere ver á su madre?—Decid más bien—replicóme—si la política del Estado exige tales cosas, prohibiendo á los Soberanos que sigan sus inclinaciones personales, cuando éstas no concuerdan con el bien público. En el Consejo de Estado consultamos siempre para seguir su criterio el espíritu del gran Carlos V en todos los negocios difíciles; examinamos lo que él hubiera hecho en tal ó cual ocasión y tratamos de hacer lo mismo. Yo creo, y son muchos los que piensan como yo, que nuestro gran Emperador no hubiera vuelto á ver á su madre, después de dar ella ocasión para que se la desterrara, y el Rey está persuadido de que esto es también lo que debe hacer.

No me disgustó saber que D. Juan acomoda el genio de Carlos V á su propio criterio.

El Rey ha ido al Buen Retiro, donde he tenido el honor de verle por primera vez en la Comedia, porque abrió las celosías de su aposento para mirar al nuestro al saber que íbamos vestidas á la francesa. La esposa del Embajador de Dinamarca estaba con nosotras vestida del mismo modo, y el Rey le dijo al Príncipe de Monteleón que todas le gustábamos, pero que le pareceríamos mejor si fuéramos vestidas á la española, porque á medida que se fijaba más en los trajes de las damas francesas, más chocantes le parecían, mientras los de los hombres no le disgustaban. Representóse la ópera de Alcina, á la que atendí poco, porque no dejé de mirar al Rey, deseosa de recordar su expresión y sus facciones. Su rostro es pálido y alargado, su frente ancha, sus ojos hermosos y dulces, sus labios gruesos como todos los de la Casa de Austria, su boca grande, la nariz extremadamente aguileña, la barba puntiaguda y levantada, su cabello rubio, lacio y abundante, su cuerpo erguido y brioso y sus piernas cortas. Es bondadoso por carácter, inclinándose siempre á la clemencia; cuando toma varios consejos, sigue aquel que considera más útil á sus pueblos, á los que ama con pasión. No es vengativo, y en cambio es muy sobrio, espléndido y piadoso, siempre inclinado al bien y de fácil acceso para el que lo necesita. Aunque no ha tenido la educación que sirve para formar el espíritu de los Reyes, aprendió lo bastante para cumplir con su deber; en apoyo de este aserto voy á referir algunas cosas que me han contado, y aunque no son muy importantes, agradecerá conocerlas.

*(Se continuará.)*





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR

**V**IVIMOS en santa calma, políticamente hablando, desde que á dirigir los destinos de España fueron llamados otros hombres que no son fusionistas y otro partido que no reconoce la jefatura del señor Sagasta. Todas aquellas negras predicciones de inmediatos cataclismos, y todos aquellos anuncios de que el firmamento había de hundirse al realizarse la subida de los conservadores, resultan ya voces aisladas y perdidas, de algunos contrariados que así manifestaban su despecho, persuadidos quizás de que sus exageraciones y destemplanzas podrían tener influencia bastante para impedir la marcha natural, la marcha forzosa de los sucesos que particularmente no les convenían.

La nueva situación ha comenzado á desarrollarse en medio de la calma propia de la estación de los calores, calma que se hace sentir más ó menos siempre entre nosotros, y que este año era realmente más necesaria todavía, ya para conveniente estudio de trabajos administrativos futuros, ya como preparación de la gran lucha electoral que se aproxima, y en la que han de manifestarse todas las fuerzas vivas, políticas y sociales que entre nosotros tienen vida y consiguen desarrollo.

Puede ya asegurarse que las costumbres políticas han dado en nuestra patria pasos de gigante, de algunos años á esta parte, por el camino de las mejoras. Y claro es que, al hablar de costumbres públicas, hemos de referirnos á las de esa masa de ciudadanos que viven y pretenden vivir de la política, á la sombra del presupuesto, pues no falta ahora ni faltará nunca otra gran parte del país casi indiferente á los movimientos y muy poco preocupada por los sucesos que sólo á alteraciones de nóminas afecten.

Es muy cierto que un cambio de política significaba hace algunos años no solamente un completo trastorno en los procedimientos administrativos y en las miras gubernamentales, sino también una mudanza inmediata de funcionarios de todas clases, desde los que ocupan las altas poltronas hasta los más humildes empleados de oficina subalterna. Las cosas han mejorado así grandemente, y quizás llegue día en que el empleo resulte, en general, una carrera, y el empleado sea realmente un servidor de la administración, ocupado siempre en cumplimentar las órdenes de su jefe, ya sea éste de un partido ó del opuesto. La inamovilidad ó casi inamovilidad en ciertos cargos puede tender á la reducción cuando menos de esa empleomanía que tantas y tan grandes desdichas produce.

No quiere esto decir que cada Gobierno renuncie á tener fisonomía propia y carácter distinto en su funcionamiento, pues un simple cambio de nombres de Ministros, Directores generales y Gobernadores no vendría entonces á satisfacer más que vanidades personales ó concupiscencias ilegítimas ó mal fundadas.

Cada crisis, no ya política, sino simplemente ministerial, presupone en buena lógica una mejora en la administración, un progreso histórico en la satisfacción de las necesidades públicas, al propio tiempo que la realización de aspiraciones concretas y perfectamente definidas.

Á todo esto tenderán, sin duda alguna, los estudios y las disposiciones de los gobernantes de ahora.

\*  
\* \*

No es aún tiempo de examinar actos, prodigando á deshora aplausos ó buscando extemporáneas censuras. El Gabinete presidido por el perspicuo estadista Sr. Cánovas del Castillo se ha limitado á gobernar y satisfacer necesidades eventuales, consiguiendo en esta tarea el éxito que el país esperaba. El orden público está asegurado, las cuestiones entre el capital y el trabajo presentan mejor cariz y los beneficios de una absoluta confianza en la paz permitirán el desarrollo de la riqueza.

Pero hemos de limitarnos á esperanzas, y nuestra tarea de cronistas es reducida aún en el terreno de las originales iniciativas. No puede ser otra cosa; ni el tiempo permite hechos, ni era lícito esperar soluciones que exigen gran estudio. Acreditada tienen su idoneidad y eximia competencia la mayor parte de los Consejeros de la Corona, y es seguro que nuevamente han de demostrarla, en Gobernación como en Gracia y Justicia, en Guerra como en Marina, en Fomento como en Ultramar. La solución de nuestros conflictos con Marruecos ha exigido ya del Ministro de Estado pruebas de actividad, energía, patriotismo y acierto que le honran en sus recientes gestiones diplomáticas.

Generalmente hablando, se nota en la prensa conservadora ciertas tendencias de verdadero liberalismo pacífico, si así puede clasificarse, en contraposición al ruidoso y bullanguero de otras épocas, y estas tendencias son acogidas y han empezado ya á ser traducidas en la práctica en algunos departamentos, y sobre todo en alguno donde menos era de esperar: en el Ministerio de Fomento.

Siempre hemos sentido que las gravísimas cuestiones de instrucción pública se hayan tratado de antiguo con una ligereza que, en muy diversas épocas, ha levantado inútilmente sentidos clamores; pero la causa de semejante fenómeno no se oculta á nadie. Todos reconocen la hoy trascendental importancia de las disposiciones que se rozan con la organización profesional y con la manera de ser de la enseñanza, pero muy pocos los que hablan con verdadero conocimiento de las nimias causas capaces de modificar los más ocultos resortes.

Aspiraciones puramente personales, ó un capricho de escuela, puso en la mano la pluma al Sr. Montero Ríos, y quiso crear una especie de escuela politécnica, bautizada luego con el nombre de Academia general preparatoria para el ingreso en las escuelas especiales de ingenieros y arquitectos. Ya nos manifestamos en su día francamente adversarios de una preparación general que, sobre ser costosa, resulta arbitraria y absurda, no siendo ésta la ocasión de volver á argumentos trillados.

Nuestra opinión, como la de la mayoría de personas competentes, es que cada escuela especial necesita una preparación especial también y distinta, resultando ahora que la preparación general y uniforme que quiso confiarse al Estado con la mira, se dijo, de proporcionar economía á las familias, ahorrando los gastos de preparación en academias privadas, no sólo no ha proporcionado aquellas mal prometidas economías, sino que produce gastos incomparablemente mayores, obligando á los alumnos á prepararse particularmente para entrar en la Academia donde prepara, según se dice, el Estado. Tales contrasentidos no son nuevos, y nosotros, sin prejuicio alguno ni pretensiones de infalibilidad, estamos dispuestos á respetar toda opinión distinta, con tal que esa opinión parta de un criterio fijo y constante en todos casos análogos que ocurran.

El fondo del decreto que establece en Barcelona los estudios preparatorios para el ingreso en las escuelas de ingenieros industriales y de arquitectos merece, pues, nuestros más sinceros aplausos, por más que, en algunos detalles y en la forma misma, hubieran podido efectivamente evitarse algunas confusiones de lenguaje que desaparecerán, sin duda alguna, en los reglamentos complementarios del Real decreto.

Vemos también, por más que resulte en gran manera sensible, que la ley de Presupuestos obliga á considerar derogadas las buenas disposiciones del Sr. Conde de Xiquena sobre exámenes de alumnos de enseñanza libre, y á restablecer los pujos liberalísimos del Sr. Montero. Nadie puede, con espíritu de imparcialidad y de justicia, oponerse á una

amplia libertad de enseñanza; pero nuestra opinión es que no cabe nunca favorecer más á los alumnos libres que á los alumnos oficiales, y esta opinión está basada en intereses que afectan también al respetable profesorado de colegios oficiales, en lo tocante á segunda enseñanza. Son tan complejos todos estos asuntos, que lo que á primera vista pudiera parecer insignificante, resulta gravísimo y perjudicial en extremo. De esperar es, sin embargo, que el mal, ocasionado por la ley de Presupuestos, sea sólo un pequeño paréntesis en el triunfo definitivo de la rectitud y de la justicia.

Por otra parte, muchas derogaciones y reformas reclaman la actividad y la reconocida competencia de los Sres. Ministro de Fomento y Director general de Instrucción pública. No faltan decretos publicados con espíritu estrecho y miras contraproducentes que exigen una atención viva; no faltan males que es necesario extirpar, y se extirparán á no dudarlo, si se examinan á la luz de la conveniencia pública y no de los afectos personales. Cátedras vacantes, interinidades sostenidas por el nepotismo, tribunales de oposición formados caprichosamente por el Consejero que los preside, incompetencias visibles, irregularidades morales, imposiciones de criterio absurdo, etc., etc., de mucho puede hablarse, existiendo en la legislación un verdadero caos, que autoriza todos los errores y hasta todas las inconveniencias y todos los desmanes. Aficionados somos á esta clase de observaciones, y prometemos tener al corriente á nuestros lectores de todo lo que en tan descuidado ramo se haga ó se proyecte.

\*  
\* \*

La misión del Gobierno conservador significa la política de la realidad y de los hechos, en oposición con la de los nombres y las palabras; de él esperan el labrador en los campos, el obrero en las ciudades, ser el objetivo de los trabajos del Gabinete y de las Cortes, alivio á su miseria, justicia á sus reclamaciones. Mientras esa bandera esté en el aire, todo partido, en lo que tenga de español y de patriota, hallará un norte, una guía segura para sus trabajos, sin que

tenga que renunciar á sus antecedentes ni violentar las simpatías que en su retraimiento de los asuntos públicos haya contraído.

El Ministro de Ultramar, Sr. Fabié, se ocupa en San Sebastián, lejos de los pretendientes y aprovechando las vacaciones parlamentarias, en dar la última mano á diversos proyectos de reformas en nuestra administración ultramarina, y señaladamente en un proyecto de reorganización de la administración civil en Cuba y en reconstituir, bajo bases menos anómalas y raquíticas que las que el Sr. Becerra le dió al suprimir el Consejo de Ultramar, el actual Consejo de Filipinas. Habiendo llegado el Sr. Fabié al Ministerio que le ha sido confiado con una larga preparación, y teniendo, como manifestó en sus discursos del Senado, ideas propias sobre el gobierno y administración de las provincias de Ultramar, nos prometemos que sus reformas han de revestir carácter práctico y han de responder plenamente á las necesidades de aquéllas.

En los últimos cinco años (de los cuales corresponden cuatro y medio á la administración fusionista) se han gastado en Filipinas la miseria de 300.000 pesos en obras públicas, y se han pagado por sueldos, dietas é indemnizaciones de los ingenieros 800.000 pesos. ¡QUINIENTOS MIL PESOS más los sueldos del personal que el importe de las obras! Tales son los frutos de la asimilación en el Archipiélago. Y aun parece que una parte considerable de dichos 300.000 pesos se gastó en recomponer y techar las Casas Tribunales y las de los nuevos Gobernadores. Ni una sola carretera, ni un muelle, ni un solo puente de alguna importancia se construyó por el ramo de Fomento.

Mucho hay que hacer también en Ultramar, y sobre todo en Filipinas. Hay necesidad de atender á la instrucción primaria y á la profesional, organizando Escuelas Normales de maestros y maestras y de Artes, Oficios y Comercio, pero no bajo el plan del Sr. Becerra, que llevó á la materia exceso de política y de desconfianza. Hay que resolver la cuestión de la inmigración china, la todavía más grave y urgente de la crisis monetaria, que está arruinando á aquel

comercio; hay que decidirse por un sistema menos empírico, tímido y vulgar que el iniciado por el Gobierno fusionista, para organizar en Luzón y Visayas instrumentos de administración y progreso tan necesarios como las Provincias y Ayuntamientos, sin olvidar que la Sociedad malayo-tagala es de constitución aristocrática, ni que de ese hecho han sacado los holandeses en Java gran partido, convirtiendo á los *principales* en intermediarios entre el europeo y el indígena.

En una palabra, y para concluir, los partidos que, como el liberal-conservador, llegan al poder con un programa político-administrativo y económico serio, formal y de todos conocido, y que tienen soluciones para todos los problemas, fundadas en el conocimiento de las verdaderas necesidades del país, pueden en poco tiempo plantearlas desde las altas regiones del Poder. Y así sucede que los Ministros, tan pronto como han organizado los centros superiores y los de las provincias, dedícense á coordinar en sus respectivos departamentos las cuestiones prácticas de la administración, dotándola de elementos que les ayuden en la realización de la gran obra regeneradora de que el país está tan necesitado. Allí donde no hay administración, donde las ruedas todas de la gran máquina gubernativa no marchan al unísono, no es posible que los pueblos obtengan lo que tienen perfecto derecho á exigir de los poderes públicos. Y es difícil hacer administración y realizar obra alguna de importancia si todos no secundan los planes y las órdenes del poder ejecutivo.

Las cuestiones de personal, no por lo que puedan afectar á los interesados mismos, sino atendiendo á más altos intereses, constituyen la base esencialísima de la realización de los problemas políticos, administrativos y económicos.

\*  
\* \*

La batalla entre fusionistas y republicanos era inevitable, dado que fué ley el sufragio universal; porque si bien ambas agrupaciones se forjan una ilusión y caminan á un desengaño al imaginar que disponen de la masa popular, no

cabe duda en que la menos popular de ellas, la que no dispone sino de un inmenso estado mayor y de gran número de absorbentes y desacreditados caciques, es la fusionista. Y hé ahí la razón por la cual se esfuerza tanto en adornarse con las apariencias de la popularidad, organizando espectáculos teatrales en honor del Sr. Sagasta, é intentando persuadir á la opinión de que el jefe de una situación que acaba de caer conserva un crédito y un ascendiente sobre todas las clases sociales que le hacen fuerte y temible. Como la prensa radical no se presta á secundar el engaño, sino que, por el contrario, aspira resueltamente á probar hasta qué punto el sufragio universal favorece á su partido, y como aquel silencio y esta aspiración contrarían gravísimamente las de los fusionistas, de aquí la indignación de los últimos y de sus auxiliares y simpatizadores, los amigos del Sr. Castelar, quien, no obstante el protectorado que dispensó al sufragio universal, está condenado á sumarse con elementos extraños y padecer no pocas tribulaciones antes de recoger el fruto.

En tal actitud nada influyen los conservadores; es un resultado lógico é inevitable de la gran reforma electoral que el partido fusionista ha llevado á cabo, cediendo á exigencias democráticas, pues algo barruntaba acerca de los peligros que corría al verificarla. Contaba, sin duda, el fusionismo para afrontar esos peligros con su continuación en el poder; ó, de no, con la coalición con los elementos radicales, como en 1879 y en 1885. Lo primero hubiese sido el falseamiento más completo de la nueva institución, porque aspirando á eternizarse en el mando el fusionismo, no hubiese reparado en abusar de su fuerza, para producir una manifestación artificial de la opinión. Lo segundo no ha podido ser, á causa de las esperanzas que cada una de las agrupaciones radicales funda en el sufragio universal; y de ahí la pugna entre los zorrillistas y fusionistas, las lamentaciones de los últimos y de los posibilistas, que hicieron causa común con ellos.

\*  
\* \*

La política formalista y personal que hasta aquí practicaron nuestros partidos políticos fué causa de que el interés de productores y obreros quedase con frecuencia relegado al segundo término. Mas las reformas puramente políticas están agotadas: hoy no cabe entre los partidos monárquicos y liberales otra diferencia más que la que elocuentemente expresaba la circular á los Gobernadores civiles del Ministro de la Gobernación, Sr. Silvela, ó sea la que existe entre los que aceptan la legalidad vigente, incluso el sufragio universal, como término de la evolución política, y los que pretenden que no sea más que un punto de partida para incesantes y peligrosas transformaciones. El Sr. Cánovas del Castillo, digan lo que dijeren los que le temen, tiene indudable autoridad y competencia para ocuparse en cuanto interesa á los productores y á los obreros españoles. Como presidente de la Junta de reformas sociales, ha estudiado á fondo la legislación comparada de Europa y América relativa á la industria fabril, á la situación y necesidades de las clases que en la misma se emplean. Como escritor filosófico, ha abordado esos problemas desde hace muchos años, ahondando en ellos con análisis imparcial y elevado en multitud de estudios bien conocidos de cuantos en España cultivan la ciencia.

En el elocuente discurso, aplaudido con verdadero entusiasmo, que pronunció hace pocos días en la Granja-modelo de Álava, se manifestó opuesto al individualismo económico, que calificó propiamente de cruel; censuró los males de la ilimitada concurrencia, reconociendo que no es suficiente la acción individual para remediarlos, sino que se hace preciso para el mismo fin el concurso del Estado, y advirtiéndole que por las corrientes que prevalecen en Europa es posible que ese concurso sea simultáneo é internacional, como se necesita para que sea eficaz. Trazó la órbita de los deberes del Gobierno, expresando que está obligado á estimular á los obreros al trabajo, así como á respetar las huelgas cuando sean pacíficas y no haya podido evitarlas agotando los medios de avenencia; pero que nunca debe consentir en que labren su propio daño tratando de imponerse al obrero pacífico ó neutral y perturbando el orden público.

Juzga el Sr. Cánovas que el salario actual sometido á la ley de la concurrencia pocas veces permite el ahorro y que la sociedad y el Gobierno deben corregir en lo posible esa insuficiencia, fomentando las instituciones de beneficencia y de previsión.

\*  
\* \*

Nuestras cordiales relaciones, nuestra amistosa intimidad con Portugal, nos obligan á decir dos palabras acerca de la situación del reino vecino.

Hace pocos días que en Oporto se había organizado por el Sr. Oliveira Martins, el Dr. Paes Pinto, abad de San Nicolás, y otros, un gran *meeting*, en el salón del Príncipe Real, que presidió el escritor Sr. José Joaquín Rodrigues de Freitas, y en el que tenían pedida la palabra para pronunciar discursos el poeta Guerra Junqueiro, el redactor de *O Jornal da Mancha* Luis de Magalhaes, el Presidente del Municipio portugués, Oliveira Monteiro, el Conde de Samodães, el Dr. Antonio Pinto de Mesquita y el mencionado párroco de San Nicolás, promovedor principal del acto. El objeto de este *meeting* era hacer una protesta vigorosa contra el tratado anglo-lusitano, y se esperaban mensajes de adhesión y aun delegaciones numerosas de Braga y Vianna y otras ciudades del Norte. El *meeting* de Oporto debía considerarse como el primer movimiento de resistencia contra la aprobación del tratado, que en breve debe ser presentado á la deliberación de las Cámaras; y para exaltar los ánimos y preparar el estallido popular, á que el telégrafo, en Madrid y en Londres, torpemente se ha adelantado, la prensa de la capital, lo mismo que la de provincias, estaba haciendo esa campaña de descrédito contra todo y contra todos, que habría justificado aparentemente cualquier clase de turbulencias, si éstas se hubiesen pronunciado por la causa de la revolución, que es el alma verdadera de estas ruidosas manifestaciones.

Si el cambio de institución fuera posible en Portugal, en esta guerra contra la Monarquía, que todavía llegará á extremarse más luego que se presente á las Cámaras la aproba-

ción del tratado, y á la electricidad de los periódicos y de los *meetings* se añada la electricidad de las discusiones parlamentarias, ¿se habría con eso mejorado la situación de las cosas respecto al hecho substancial que sirve de pretexto para estos furores contra el Trono, la Dinastía, los Ministros y el Parlamento? ¿Entienden los republicanos de Portugal que el Gobierno de la Reina Victoria se dejaría imponer por las alharacas de Lisboa? ¿Sería más piadoso con una situación republicana que lo ha sido con una Monarquía, que secularmente ha girado en la órbita de los intereses británicos?

Es de esperar que, restablecido el Rey de su enfermedad, su voluntad enérgica y el apoyo que le prestan todas las clases directivas en que se apoya el Gobierno, con el tacto y la moderación de que está dando tan plausibles ejemplos en medio de crisis violenta, dominará las asperezas de una situación en que, teniendo por base un verdadero infortunio para el orgullo nacional, nadie como el propio Monarca siente la intensidad de estos dolores. La posesión y conservación de las colonias forman parte del prestigio secular de aquella Corona, que ha sido la primera protectora de todas las empresas en que fueron adquiridas; pero Portugal no tiene fuerzas con que imponerse á Inglaterra.

No es que Inglaterra no tenga á su vez otros asuntos muy serios en que pensar. Allí preocupa extraordinariamente en estos momentos la cuestión social. Hasta aquí, en la lucha entre el capital y el trabajo, los obreros han sabido aprovechar con fortuna las ventajas de la asociación. Merced á ella han podido sostener las huelgas que con tanta frecuencia vienen produciéndose, y han logrado á veces imponer sus exigencias, apoyándolas en la fuerza incontrastable que dan la unión y el número. Si el socialismo se ha presentado como un factor poderoso y ha podido ostentar su fuerza á la luz del día, como lo hizo en las manifestaciones del 1.º de Mayo, débelo también á este principio y á la cohesión y disciplina de sus huestes. Pero para los capitalistas no han sido perdidas las lecciones que de este hecho se deducen, y de Inglaterra, donde la huelga de los Docks demostró la fuerza que da la unión á los trabajadores, ha partido la ini-

ciativa de la asociación de los empresarios, que se aprestan á combatir á los obreros con las mismas armas que éstos han empleado con éxito hasta ahora.

En las próximas etapas de la contienda, las armas serán iguales en uno y otro campo, y es fácil que si la lucha se mantiene en el terreno pacífico, la victoria sea por el momento del capital, que podrá resistir más largo tiempo.

Sea esto como quiera, la irritación de los espíritus, provocada por la cuestión social, toma en la Gran Bretaña caracteres alarmantes; pero esto no será nunca obstáculo para que manifieste siempre su codiciosa política colonial en el exterior y en todas ocasiones sus miras absorbentes é insaciables.

A.





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

---

*La grande névrose, por el DR. J. GÉRARD. Ilustrado por José Roy.—París, C. Marpon et E. Flammarion, editores.—En 8.º, VI-518 páginas: 5 pesetas.*

No cabe poner en duda que las generaciones actuales, por exceso de trabajo intelectual y por el desmedido afán de goces, tienen los nervios en tensión continua. De aquí resultan extravíos mentales, alucinaciones y enfermedades que destruyen el organismo humano. Pocas serán las personas que se libren de la *neurosis*, achaque que caracteriza á los hijos del postrer tercio de este alborotado y proceloso siglo XIX. Por eso es de interés tan general la obra instructiva y muy amena que ha escrito el inteligente Dr. J. Gérard. Como éste dice, las neurosis, cuya historia traza admirablemente, no han nacido ayer; han existido en todos los tiempos y lugares, si no en todos los medios; pero, hay que confesarlo, son un producto de las civilizaciones refinadas, y por eso ahora se paga mayor tributo á ese terrible minotauro.

El autor pasa revista á todas las etapas de esa *gran neurosis* que nos aprisiona en sus tremendas garras; explica su génesis á fin de que se tomen medidas para ponerse á cubierto de sus ataques; demuestra con mucho método que

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

quien se empeña en salir de su esfera social, falto de los elementos indispensables, pierde el equilibrio vital y es víctima de las tormentas que se desencadenan en su cerebro.

Roy, que es un artista de singular mérito y osadía, ha ilustrado el volumen con dibujos preciosos y originales, que aumentan considerablemente el atractivo del texto, que ya de por sí es mucho.

---

Los mismos editores y el mismo autor han publicado otra obra, no menos bella y artísticamente adornada por el lápiz de José Roy, que se titula *Nouvelles causes de sterilité dans le deux sexes*. El Dr. Gérard no sólo estudia este punto importante, sino que desarrolla—con agudo ingenio y habilidad suma, en verdad—el controvertido tema de la fecundación artificial como último medio de tratamiento. Cuando se ocupan en estas difíciles cuestiones personas de la instrucción y buen deseo del sabio Dr. Gérard, se acierta á salvar los escollos que ofrecen, como lo consigue aquél presentando sus opiniones de un modo intachable.

M.

\*  
\* \*

*Leçons sur l'électricité, explicadas en el Instituto Electrotécnico Montefiore por ERIC GÉRARD, director del mismo.—París, Gauthier-Villars é hijos, editores, 1890.—En 4.º, dos tomos de 558 y 406 páginas, con 246 y 142 figuras respectivamente, intercaladas en el texto: 20 pesetas.*

Puede asegurarse que esta obra es el tratado de electricidad más completo, tanto desde el punto de vista técnico como desde el práctico, que hasta ahora ha salido á luz. Los principios, los teoremas generales y las teorías que sirven de base á las aplicaciones de la electricidad, los expone el autor de una manera sucinta á la vez que completa. Resume además con acierto los trabajos más recientes, tales como los de Sir William Thomson, Hertz y Lodge.

Ya en el primer tomo aborda el ilustre director del Instituto Montefiore las aplicaciones industriales de la electrici-

dad, y trata de las pilas termoeléctricas, de las pilas primarias y de las secundarias; describe sus diversos tipos, calcula su rendimiento y determina el coste de la energía que proporcionan. Por último, explica con la mayor claridad la teoría de la construcción de las máquinas dinamos y de los transformadores.

Contiene el segundo tomo todo lo que se refiere á la distribución de la energía eléctrica, las canalizaciones, el alumbrado, los motores eléctricos y sus aplicaciones á la tracción y á las transmisiones de fuerza, los procedimientos de electrometalurgia, etc.

Todos los electricistas han tributado entusiastas aplausos á la notable obra de Mr. Gérard, á la cual tienen por código admirable en el que hallan las leyes teóricas y prácticas más modernas de la ciencia de la electricidad y cuantas aplicaciones ha ofrecido ésta hasta el día. Bien acreedor es Mr. Gérard á los unánimes elogios que ha obtenido de la prensa científica de Europa y América.

\*  
\* \*

*Les volcans et les tremblements de terre, por K. FUCHS, profesor de la Universidad de Heidelberg.—París, Félix Alcan, editor.—En 4<sup>o</sup>, 279 páginas, con 36 figuras intercaladas en el texto y un mapa de colores. Encuadernado en tela: 6 pesetas.*

Pocas cuestiones hay en geología que inspiren interés tan universal como los volcanes y los fenómenos volcánicos; pocos asuntos se prestan tanto á ser generalizados entre las diversas clases de la sociedad. Estas circunstancias sugirieron la idea al sabio Dr. Fuchs de resumir en un libro sus continuadas observaciones de muchos años. En él explica, con la precisión científica necesaria, toda la parte de la geología que se relaciona con los volcanes, y de un modo tan sencillo como ameno. Además ha tenido el acierto de colocarse en un punto de vista tan real como es posible; hablara rara vez de hipótesis, y aun en este caso cuida de separar los hechos científicos comprobados de las hipótesis que se fundan en su mayor ó menor posibilidad. Como para no in-

terrumpir el curso de la exposición se concreta á citar pocos ejemplos para explicar los volcanes, añade una descripción geográfica de éstos independientemente de los fenómenos que presentan. Comprende dicha parte, en forma abreviada, la enumeración más completa de los volcanes y se incluyen en ella multitud de curiosas noticias.

La obra del profesor Fuchs, que pertenece á la notable *Biblioteca científica contemporánea*, hace que el estudio de los volcanes sea accesible á todas las personas instruídas, y merece que la conozcan hasta los geólogos de profesión.

\*  
\* \*

*Traité encyclopédique de photographie, por CARLOS FABRE, doctor en Ciencias y catedrático de la Universidad de Tolosa.—París, Gauthier-Villars é hijos, impresores-editores, 1890. Tomo tercero. Décimoquinto fascículo.*

Completa este cuaderno el tomo III y termina en el estudio de la *Fototipografía* (procedimiento de grabado en relieve por la intervención de la luz, permitiendo el empleo de la tipografía). La *Fotogliptografía* (conjunto de los procedimientos de grabado en hueco por la intervención de la luz), la *Fotoplastografía*, la *Fotogalvanografía* en relieve y en hueco, la *Fotocromografía*, los *esmaltes fotográficos* y el *grabado sobre cristal* son también objeto de capítulos muy interesantes. Toda la obra, que constará de cuatro tomos, cuesta 40 pesetas.

\*  
\* \*

*La Révue Indépendante.—París, Alberto Savine, editor.*

Publicación de lectura sumamente variada y deleitable, que se publica todos los meses en cuadernos de 140 páginas, y cuesta, en el extranjero, 17 pesetas al año la suscripción. La dirige con especial acierto Mr. François de Nion. El último número contiene, aparte de otros trabajos, *Un parisien se de otro tiempo*, por Gabriel Ferry; *Los inseparables*, por Raoul Sertat; *La torre de marfil*, por Gaston Moreilhon; *El miedo á la muerte*, por F. de Nion; *Canciones amorosas*

árabes; *Sonetos*, por E. Michelet; *Bibliografía*, por Bonnamour, etc., etc.—Las oficinas se hallan establecidas en la calle de las Pirámides, 12.

\*  
\* \*

*La generación humana*, por G.-J. WITKOWSKI, doctor en Medicina de la Facultad de París. Ilustrada con 260 grabados intercalados en el texto y 3 láminas cromolitografiadas.—Versión española de la sexta edición francesa por el doctor don Luis Marco.—Madrid, Carlos Bailly-Baillièrè, editor.

Se han repartido las entregas 17 á 24 de este notable libro, escrito por un hombre de ciencia, moralidad y buen gusto literario, dedicado no solamente al público médico, sino también á las personas cultas no versadas en estas materias especiales. La edición española, correctamente traducida, la estampa con pulcritud y esmero el acreditado editor Sr. Bailly-Baillièrè.

A.

